

---

# LA PROVINCIA

## DE AVILA

---

■

Libro de lectura  
para las escuelas  
de la provincia

por

Quiliano Blanco

■

Geografía  
Historia  
Hombres  
Monumentos  
Leyendas  
Paisajes  
Canciones  
populares

---



DGCL

QUILIANO BLANCO HERNANDEZ  
A

# LA PROVINCIA DE AVILA

GEOGRAFIA - HISTORIA -  
HOMBRES - MONUMENTOS -  
LEYENDAS Y PAISAJES

LIBRO DE LECTURA PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS  
DE LA PROVINCIA

1945



t. 145131

C. 1182212

1945

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN DE MEXICO  
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN, M.





QUILIANO BLANCO HERNANDO

# LA PROVINCIA DE AVILA

-:- GEOGRAFÍA -:- HISTORIA -:-  
HOMBRES -:- MONUMENTOS  
-:- LEYENDAS Y PAISAJES -:-

LIBRO DE LECTURA PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS  
DE LA PROVINCIA



AVILA  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NICASIO MEDRANO  
REYES CATÓLICOS, 38

1935

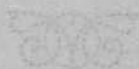
QUILAND DE ANDO HERMANA

# LA PROVINCIA DE AVIL

ES PROPIEDAD

--- GEOGRAFIA -- HISTORIA --  
--- HOMBRRES -- MONUMENTOS  
--- LEYENDAS Y RAISAJES ---

LIBRO DE LECTURA PARA LAS ESCUELAS PRIMARIAS  
DE LA PROVINCIA



DEPARTAMENT D'ENSENYAMENT I INVESTIGACIÓ  
DE LA GENERALITAT DE CATALUNYA



R.110044

# OBRAS CONSULTADAS

J. PALAU YOLA.—Geografía de España y Portugal.

J. MARTÍN ECHEBARRÍA.—Geografía de España.

ARZOBISPO DE TÓRTOVA.—Cronica geográfica-histórica de la provincia de

---

---

## DEDICATORIA:

A mis compañeros, los maestros de la provincia de Avila, con cariño fraterno.

EL AUTOR.

---

---

## OBRAS CONSULTADAS

---

- J. PALAU VERA.—**Geografía de España y Portugal.**
- L. MARTÍN ECHEVARRÍA.—**Geografía de España.**
- ABELARDO S. RIVERA.—**Guía geográfico-histórica de la provincia de Avila y La Andalucía de Avila.**
- ISIDORO MUÑOZ MATEOS.—**Riquezas patrias.**
- NICOLÁS DE LA FUENTE ARRIMADAS.—**Fisiografía e historia del Barco de Avila.**
- JESÚS LUNAS ALMEIDA.—**Historia del Señorío de Valdecorneja en la parte referente a Piedrahita.**
- SALVADOR G. DACARRETE.—**Cosas de Avila.**
- ABELARDO MERINO ALVAREZ.—**La sociedad abulense durante el siglo XVI.—La nobleza.**
- JOSÉ F. ZABALA.—**Gredos.**
- VARIOS.—**Crónica general de las provincias de España.**
- CARRAMOLINO.—**Historia de Avila.**
-

# PREFACIO

---

*No es ésta la obra del investigador, sino el libro del pedagogo. Siguiendo las nuevas orientaciones metodológicas, se estudia la geografía provincial por regiones naturales y se completa este estudio con lecturas que son relatos vivos de escritores y viajeros. Por la misma causa, la historia se da fragmentada en hechos episódicos, en biografías, en leyendas y tradiciones y en las manifestaciones artísticas.*

*No es, repito, un libro de erudición. Destinado para servir de lectura en las escuelas de la provincia, es ésto: un libro cálido. Que quiere crear en los niños —y en los hombres abulenses luego— un poco de emoción y de cariño por esta tierra maravillosa que es páramo y vergel y cumbre... En manos de mis amigos, los maestros, espero que ha de conseguir su aspiración.*

QUILIANO BLANCO.

Burgohondo, vacaciones estivales de 1934.





## La Meseta Central

**La Provincia de Avila y su emplazamiento.**—Mira ese mapa de España que tienes a la vista. En él aparecen delimitadas las cuarenta y siete provincias que se reparten el territorio español peninsular. Tú ya sabes que las provincias de España no son cuarenta y siete, sino cincuenta; pero no habrás olvidado que, de éstas, tres son insulares por estar formadas por las islas Baleares—una provincia—, y las islas Canarias—hoy dos provincias—.

Vuelve otra vez a fijarte en el mapa y observa hacia el centro una provincia manchada de negro. Seguramente sabrás cómo se llama. Es Avila, la provincia en la que tú has nacido o en la que ahora vives. Tienes el deber de conocerla bien, porque de tal conocimiento brotará en tu corazón un gran amor por ella, y este amor te incitará a trabajar para engrandecerla. Escucha estas sabias palabras del maestro Azorin: «Saber geografía, saber historia; conocer la fauna y la flora; leer los escritores clásicos: ésta es la base indispensable, ineludible, del patriotismo. Sin esta base, sin todos estos conocimientos, ¿qué será de una nación? ¿En qué se convertirá para un patriota la imagen de una nación? ¿De qué modo podremos imaginar una nación, y quererla, y amarla apasionadamente, con sinceridad, con fervor,

si no conocemos su suelo, sus moradores, su fauna, su flora, su historia, sus escritores, sus artistas? ¿No se resolverá el patriotismo de quienes tales cosas ignoren en una vana, vacía, estéril, redundante palabrería?»

Avila es tu patria chica; tu cercana nación. Para que bien la conozcas han puesto en tus manos este libro, que también es fruto de cariño de un hombre que en ella vive y tiene sus afectos. Conocida y amada tu patria chica, encontrarás facilidad y placer en conocer tu patria grande, la nación que te cobija, España. Y del amor de la una ascenderás al amor de la otra; amor apasionado y fervoroso, como ella se merece y necesita.

**Avila y la Meseta Central.**—Nuestra provincia no es una unidad geográfica con caracteres propios. Esto sucede en general a todas las provincias españolas. La actual división de España en provincias es antinatural, pues no se funda en los caracteres geográficos del suelo; y así tenemos incluídas en una misma provincia—Avila es ejemplo de ello—zonas muy distintas por su clima, por su vegetación, por su naturaleza y por su aspecto.

De aquí que el relieve, el clima, los ríos y los pueblos, la flora y la fauna de nuestras provincias estén determinadas por las condiciones especiales de la región natural en que se encuentran emplazadas. Así en Avila. Todos sus hechos geográficos encuentran clara explicación cuando se hace un estudio perfecto de la Meseta Central, a la que pertenece.

Seguro estoy de que el nombre te es familiar y de que por las explicaciones de tus maestros conoces a la perfección todas las particularidades de ésta gran región natural española. Sin embargo, vamos ahora a recordarnos ligeramente para refrescar tu memoria y fijarlas mejor.

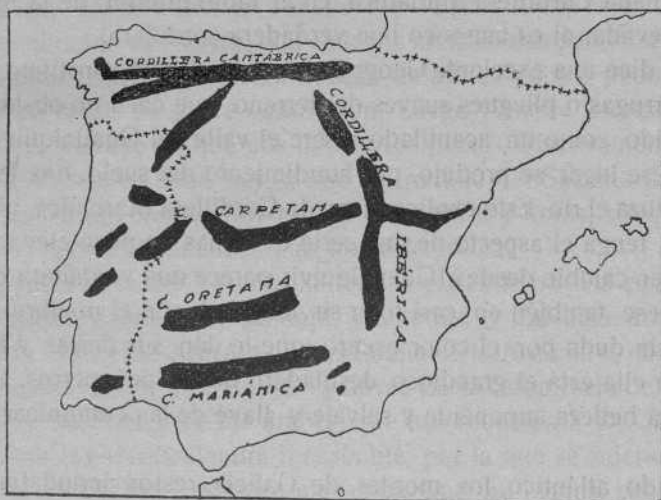
**Fisiografía de la Meseta.**—Las tierras llanas y elevadas, que, por su emplazamiento en el corazón de la Península Ibérica, reciben la denominación de Meseta Central, fueron las primeras del solar ibérico que emergieron del mar en una remotísima época geológica—la primaria—cuando los Continentes estaban muy lejos de adoptar su actual configuración.

A esta Meseta se soldaron posteriormente las otras tierras que, juntamente con aquellas primitivas, constituyen ahora España y Portugal. Fueron, en la hora de los grandes plegamientos de la época terciaria, los Pirineos y la Cordillera Penibética; y después—aunque en la misma época—las depresiones, por hundimiento, del Ebro y del Guadalquivir.



No fué en su principio la Meseta Central sino un amplio macizo montañoso de ingentes cimas y abruptas cordilleras. Pero una constante erosión durante millares y millares de años ha ido lentamente limando y destruyendo la mayoría de las antiguas cordilleras y reduciendo en gran parte todo aquel ingente macizo a su presente estado de penillanura.

«Constituye, pues, la Meseta, según expresión sintética de un geólogo, el firme de la edificación peninsular, de cuya superficie la mitad pertenece a ella. Forma una altiplanicie dulcemente inclinada hacia Occidente y Mediodía y aprisionada entre un cinturón de montañas que hacia ella bajan suavemente, pero que se hunden con agreste brusquedad en la vertiente opuesta».



Cordilleras que limitan y cruzan la Meseta Central.

**El cinturón de montañas.**—En cada uno de los labios de la Meseta, se yergue un sistema montañoso que vamos a estudiar ligeramente.

Es al N. la Cordillera Cantábrica, paralela y cercana al mar Cantábrico, del cual toma el nombre. Es un enorme murallón de 2.000 m. de altitud media. Enlaza con los Pirineos por las montañas de la depresión vasca y tiene su término apenas pisa las primeras tierras gallegas. Sus mayores alturas están en los Picos de Europa—2.700 m.—perpétuamente coronados de nieve. Y los dos más importantes puertos, por los cuales difícilmente puede Castilla—la ardiente—asomarse hasta el mar, son el de Pajares—1.363 m.—y el de Reinosa.

El sistema Ibérico, adosado al borde oriental de la Meseta, no es propiamente una cordillera, sino una serie irregular de nudos montañosos — «una triple falla en gradería» — cuyo enlace es casi siempre imperceptible. Arranca este sistema de Peña Labra, en la Cordillera Cantábrica, y termina en el Júcar, allí donde el río forma un codo brusco para marchar hacia el Mediterráneo.

Tres verdaderos macizos del sistema Ibérico, en cuyas cumbres la nieve blanquea gran parte del año, son: la Sierra de la Demanda, Sierra Cebollera—con su pico de Urbión—Sierra del Moncayo, cuyo pico de 2.315 m. —el más alto del sistema,— visto desde lo profundo del valle del Ebro, parece escalar audazmente el cielo.

La llamada Cordillera Mariánica, en el labio inferior de la Meseta, no es muy elevada, ni es tampoco una verdadera cordillera.

Como dice una excelente Geografía elemental, está constituida por una serie de arrugas o pliegues suaves del terreno, que caen no obstante de un modo rápido, como un acantilado, sobre el valle del Guadalquivir, debido a que en ese lugar se produjo, por hundimiento del suelo, una falla por la que hoy cruza el río. Esto explica el que la Cordillera Mariánica, vista desde la Meseta, tenga el aspecto de una serie de lomas de poca elevación; contemplada en cambio desde el Guadalquivir, parece una verdadera cordillera.

Conócese también en casi toda su longitud con el nombre de Sierra Morena, sin duda por el color oscuro que le dán sus tierras y la vegetación; y en ella está el grandioso desfiladero de Despeñaperros, ancha brecha de una belleza imponente y salvaje y llave de las comunicaciones con Andalucía.

Del lado atlántico, los montes de Galicia, restos indudables de las primeras tierras ibéricas, avanzan hasta el Duero. Entre éste y el Tajo, las montañas portuguesas, y algunas otras que pertenecen a los sistemas centrales de la Meseta, continúan haciendo abrupto el reborde occidental. Pero, a partir del Tajo, la Meseta desciende con suavidad por un pliegue en flexión hasta las tierras bajas de Portugal bañadas por el Atlántico.

**Una columna vertebral.**—Así llama el sabio geólogo Macpherson a la cordillera Carpeto Vetónica, más propiamente denominada por otros Sistema Central o Cordillera divisoria de ambas Castillas. El nombre que le da Macpherson le cuadra a maravilla. Ella divide a la Meseta en dos escalones—dos submesetas—de desigual elevación, aunque de extensión aproximada y geográficamente de gran analogía. La submeseta del

Norte, con una altura media de 700 m. sobre el nivel del mar, comprende dos regiones históricas: León, con sus cinco provincias (León, Zamora, Salamanca, Palencia y Valladolid), y Castilla la Vieja, no completa, pues Santander pertenece a la región Septentrional, Logroño y parte de Burgos al Valle del Ebro, y una pequeña porción de Avila a la Submeseta del Sur. En este escalón inferior de la Meseta, de 600 m. de elevación media, están enclavadas también otras dos regiones históricas: Castilla la Nueva y Extremadura, más una parte considerable de Albacete que, como sabes, pertenece al antiguo reino de Murcia.

**Los lagos hipotéticos.**—Todas estas cordilleras—la que la parte en dos, y las que se levantan en sus bordes—bajan hacia el interior de la Meseta, quebrando sus tierras, con cadenas montañosas paralelas a las principales; montañas que van disminuyendo de altitud poco a poco, hasta desaparecer en lomas de suave ondulación. Luego viene la llanura sin fin, el llano austero y grave de que nos hablan los poetas. Efectivamente, aunque no toda la Meseta es llana, hay, a uno y otro lado del Sistema Central, dos extensos llanos por los que hoy el tren corre horas y horas, sin que oponga a su paso ninguna dificultad la más humilde colina.

En la Submeseta del Norte la llanura se extiende por las provincias de Avila, Segovia, Salamanca, Zamora, Valladolid y Palencia, tomando los nombres de «tierra de Arévalo», «la Moraña», «la Armuña», «tierra del vino y del pan», «tierra de Campos» y otros. En la Submeseta del Sur es «la Mancha», o tierra seca de los árabes, que nos recuerda a D. Quijote y sus disparatadas aventuras; llanura inacabable, por la que se adentra un poco una cadena montañosa de poca elevación, que no hemos citado aun, la Cordillera Oretana, conocida más comunmente con el nombre de Montes de Toledo.

Algunos geólogos, queriendo buscar una explicación científica a estas llanuras, suponen que son el fondo de antiquísimos lagos, en los cuales se fueron sedimentando en capas horizontales los materiales acarreados, hasta cegar—igualándolo todo—los valles del primitivo macizo ibérico. Estos lagos hipotéticos, a favor de algún movimiento geológico, se vaciaron luego por las brechas del reborde portugués, que hoy aprovechan los ríos de la Meseta para llegarse hasta el Atlántico.

Parece que esta teoría se va abandonando ahora por los hombres de ciencia, que explican la existencia de las llanuras castellanas por la acción erosiva pertinaz del agua y del viento sobre montañas de mayor elevación

que las que ahora existen cercando la Meseta—y muchísimo más antiguas que ellas—y por el constante trabajo de erosión, acarreo y sedimentación de los innumerables ríos que a la Meseta bajan desde las montañas.

**Tierra fría, tierra ardiente.**—A medida que te elevas en la atmósfera la temperatura del aire va descendiendo. Es fácil observar que en los valles hace menos frío que en las montañas que les circundan. Y para tí es frecuente el espectáculo de las sierras coronadas de nieve, cuando hace muchos días que tú ya no la pisas.

Por cada 150 m. que se asciende, baja el termómetro aproximadamente un grado.

Situadas las tierras de la Meseta, según has visto, a setecientos, ochocientos y aún más metros sobre el nivel del mar, su temperatura diferirá en cinco o seis grados de la temperatura de las regiones costeras.

Pero hay otras causas que contribuyen a aumentar esta diferencia. Tal la falta de lluvias y la sequedad del aire.

Las orlas montañosas que encuadran la Meseta condensan en sus alturas el vapor acuoso de que van cargados los vientos marinos, sustrayéndola de este modo a la benéfica influencia del mar.

He aquí cómo se verifica el hecho.

Los vientos dominantes en la Península, como los de toda Europa occidental, son los del O. y S. O. Al pasar sobre el Atlántico, estos vientos se cargan de vapor acuoso y a tal circunstancia se debe la humedad que modera las temperaturas de Francia, Inglaterra y Portugal. Sin embargo, estos mismos vientos soplan completamente secos sobre la Meseta, porque al chocar con los macizos montañosos de su borde atlántico—montes de Galicia y cadenas portuguesas—se resuelven totalmente en lluvia o nieve; pues es preciso recordar que las altas sierras, por su más baja temperatura, son unos potentes condensadores de la humedad atmosférica.

La escasez de lluvias, y como consecuencia «la gran sequedad de las Mesetas Castellanas, contribuyen a dar a su clima un carácter continental, es decir, un clima con grandes extremos de temperatura. Los fríos del invierno son muy rigurosos allí, los veranos ardientes, y las temperaturas reales se ven agravadas todavía en uno y otro sentido por los vientos que soplan libremente por las grandes llanuras desamparadas. En invierno el viento del Norte—el cierzo—que acaba de pasar por las nieves de los Pirineos, de las Sierras de Urbión, del Moncayo, del Guadarrama, silba a través de la maleza y penetra por todas las rendijas en las tristes moradas de

los labriegos. En verano, el viento contrario—el terrible solano que sopla de Africa —, atraviesa a veces el Estrecho y, ganando la Meseta por las brechas de Sierra Nevada y Sierra Morena, envuelve a la naturaleza en una atmósfera pesada que abraza la vegetación».

**Los ríos.**—A merced del suave declive de la Meseta hacia occidente y mediodía, sus tres ríos principales—el Duero, el Tajo y el Guadiana—, discurren paralelos en esas mismas direcciones hasta entregar el tributo de sus aguas al Atlántico.

Nacen estos ríos en los altos macizos del Sistema Ibérico. Por esta causa durante los primeros kilómetros de su curso corren todos entre ásperas gargantas y comarcas fragosas, despeñándose de cascada en cascada hasta alcanzar la llanura, la cual atraviesan ahora casi remansados por lo imperceptible de la pendiente.

Llegan así hasta el labio occidental. Aquí se vuelve a acentuar su desnivel y se abren paso por desfiladeros profundos y estrechas ranuras en las rocas graníticas, descendiendo a las tierras bajas de Portugal por sucesivos saltos, algunos de ellos, como el Salto del Gitano en el Duero y el Salto del Lobo del Guadiana, de una soberbia belleza salvaje.

El trabajo de excavación en la roca viva, para labrarse estos ríos sus actuales lechos, ha debido ser realmente titánico; y todavía no ha cesado un solo momento la actividad de su erosión. Por eso, aún en los mismos llanos, sus cauces son en general hondos—valles de erosión—y sus orillas escarpadas y abruptas. Sólo de tarde en tarde el valle se ensancha; y entonces el Duero fertiliza en Zamora la feráz tierra del vino y de los frutales; el Tajo, las huertas de Colmenar, Aranjuez y Talavera de la Reina; y en Badajoz, el Guadiana, los fértiles campos de «La Serena».

Se vé, pues, que las condiciones impuestas a estos ríos por la naturaleza hacen imposible el intento de utilizarlos para la navegación y aún en larguísimos trechos para el riego; pero estas mismas condiciones les convierten en preciosos manantiales de energía, especialmente en los tramos de su nacimiento y aquéllos en que abandona la Meseta para irrumpir en Portugal, en los cuales los «saltos» ofrecen un gran porvenir industrial.

El Duero, el Tajo y el Guadiana son, con el Ebro, los ríos más largos de España, por nacer los tres en el borde ibérico, el más distante del Atlántico, en donde desembocan. Y sin embargo, el caudal de sus aguas es irregular y escaso. Débese este hecho a la falta de lluvias de la Meseta, al carácter torrencial de ellas, y a la extraordinaria sequedad del ambiente.



Durante el invierno y principios de primavera, la nieve, que cae en los mázicos montañosos que limitan sus cuencas, alimenta su caudal; más este régimen de alimentación no es constante; y por otra parte la sequedad del aire evapora grandes cantidades de agua con increíble rapidez. La evaporación aumenta con los calores estivales, y aunque en esta estación los ríos principales aún corren, alimentados por las reservas subterráneas acumuladas en invierno, muchos se hacen fácilmente vadeables, y otros vienen a quedar reducidos a humildes regatuelos; y aún los hay que acaban en simples torrenteras con el cauce completamente seco.

**El odio al árbol.**—«Al ver la triste desnudez de la mayor parte de las llanuras castellanas, escribe un geógrafo eminente, parece imposible que la Meseta fuese en el siglo XIV un bosque casi continuo, en el que eran más los osos, los ciervos y los jabalíes que los hombres. Los campesinos sienten un prejuicio, casi un odio, contra el árbol. Detestan el follaje que sirve de refugio al pájaro, ladrón del grano».

«Quien tiene el árbol, tiene el pájaro»—dice un refrán—y para exterminar los pájaros (exceptuando las golondrinas) se han encarnizado en la destrucción de los bosques. En ciertas comarcas no quedan árboles más que en las soledades, lejos de toda vivienda. En otras puede caminarsé días enteros sin ver uno sólo. El campo está reducido a tal desnudez, que, como dice el refrán, «la golondrina para atravesar las Castillas necesita llevar con ella su provisión de grano». Aun en los campos cultivados cree uno estar en un desierto después de la siega».

Estas palabras, a pesar de su dureza, encierran una gran verdad. La maldad, o la ignorancia, y en la mayoría de las veces la avaricia, han ido entregando al hacha del leñador uno tras otro bosques inmensos.

Ya sólo quedan restos de ellos en las faldas de algunas montañas, como los Montes de León, Sierra de la Demanda, Serranía de Cuenca, Guadarrama y vertiente meridional de Gredos.

Las demás tierras quebradas de la Meseta, perdido el bosque, se han revestido de una vegetación enana—espliegos, romero, tomillo, jaras, brezos—que da a muchas extensiones un aspecto uniforme y desolado.

Se impone en los habitantes de la Meseta una reacción de fervor hacia el árbol. Repoblar las sierras y los terrenos no cultivables debe ser en lo futuro su anhelo más constante y enconado. Aunque muchos lo niegan, quizás los árboles, modificando el régimen de lluvias, dulcificaran la dureza del clima. Por lo menos, aquéllas no tendrían su actual caracter torren-

cial, el suelo ahora estéril daría materias primas para una floreciente industria maderera, y el pájaro—su calumniado compañero—libraria a los hombres y a los cultivos de las plagas de insectos y microbios perjudiciales que ahora les destruyen.

**Granero y bodega.**—Cada clima tiene sus cultivos propios, porque cada cultivo exige el clima y las tierras que le son necesarios.

El clima duro de la Meseta—frío y ardiente, pero seco,—el curso especial de los ríos que apenas si permite aprovechar sus aguas para el riego, y la pobreza de sus tierras, con una capa laborable de escasa profundidad, son factores que determinan aquí dos cultivos característicos; los cereales—trigo, cebada, centeno,—y la vid.

Estas plantas no necesitan para desarrollarse tierras profundas, ni muy ricas, ni húmedas, y se conforman con algunas lluvias de primavera, que les ayuden a desarrollarse en breve tiempo, y con los fuertes calores de verano que les son imprescindibles para madurar.

La Meseta, pues, granero y bodega. Granero—trigo, cebada—, en todas las tierras llanas, y especialmente en la «Tierra de Campos» y llanuras circundantes, que evocan los «mares de enceradas mieses» que cantaba en sus versos el poeta de Castilla, José María Gabriel y Galán.

Granero—centeno—en las faldas de las sierras colindantes con las llanuras.

Y bodega en la tierra del vino, en Zamora; en la ribera burgalesa del Duero; en torno a Medina del Campo; en las tierras de Madrid y de Toledo. Pero sobre todo, bodega en la Mancha—mar anchuroso y verde de viñedos—y en cuya zona, Valdepeñas monopoliza la fama de sus vinos finos de mesa.

**Un desierto de Europa.**—Esta tierra pobre y fría, de entrañas estériles, seco corazón y regazo duro, ahuyenta al hombre de su seno. La Meseta es uno de los países menos poblados de Europa. Si exceptuamos Madrid, las otras ciudades de la Meseta quedan reducidas, por el número de habitantes, a grandes pueblos. Los campos son verdaderos desiertos. Con ser España país poco poblado, aun llega a tener una densidad media de población de 45 habitantes por kilómetro cuadrado. Pero aquí, en la Meseta, esta densidad queda reducida casi a la mitad, pues solo alcanza 27 habitantes por cada kilómetro cuadrado.



## PUEBLOS Y CIUDADES DE LA MESETA

### PUEBLOS

El valle del Duero, dedicado en su mayor parte al cultivo de cereales, agrupa la población en pueblos pequeños, de 500 a 1.000 habitantes, situados en el centro de las tierras labrantías del término, ordinariamente de no mucha extensión. Las casas son de arcilla, por lo general, con un aspecto miserable. Buscan las corrientes de agua como necesidad primordial, extendiéndose a lo largo de los ríos en general, y donde faltan las aguas corrientes hacen una cavidad en el centro mismo del pueblo, «la charca», que se llena durante las lluvias invernales y sirve en la temporada de sequía para abreviar el ganado de labor y otros usos indispensables.

«El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente demarcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se aprestaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje. Así es que los lugareños tienen que recorrer a las veces en su mula no chico trecho hasta llegar a su labranza, donde trabajan, unos aquí, otro allá, aislados, y los gañanes no pueden hasta la noche volver a casa, a dormir el reconfortante sueño del trabajo sobre el escaño duro de la cocina. Y ¡qué triste es verlos a la caída de la tarde, bajo el cielo blanco, dibujando en él sus siluetas, montados en sus mulas, dando al aire sutil sus cantares entos, monótonos y tristes, que se pierden en la infinita inmensidad del campo lleno de surcos!» (1)

En los valles del Tajo y del Guadiana, los pueblos son de gran vecindario, con términos municipales extensos. Es región de gran propiedad, y se acumula la población obrera, que no posee otro patrimonio que el esfuerzo de sus brazos, en los centros habitados, formándose de este modo

(1) Unamuno.



lugares de cinco, diez y quince mil habitantes, sobre todo en la Mancha y Extremadura. Dada la escasa densidad de la región, los pueblos se encuentran a gran distancia, pudiéndose atravesar hasta dos y tres leguas sin encontrar un solo grupo de casas. Como la cal abunda, las gentes blanquean las fachadas de sus viviendas, heridas vivamente por el sol abrasador. Las «charcas» son indispensables en casi todos los pueblos, haciéndose focos de paludismo. Los cultivos no pueden realizarse de un modo perfecto porque concurren la despoblación y concentración, existiendo terrenos yermos, dehesas y montes bajos de jara, donde la caza abunda. Escasean los árboles, y las llanuras cultivadas se presentan, más aun que en el valle del Duero, uniformes, monótonas, peladas, sin una nota de verdura en el paisaje.

## CIUDADES

Cada región española tiene un tipo de ciudad y cada ciudad ha tenido su época...

En el valle del Duero, las ciudades están construidas en puntos estratégicos, para guardar el territorio cuando fué recobrado a los invasores africanos y árabes. En primera línea, Astorga, Benavente, Carrión, Palencia, Briviesca. Miranda defendía los pasos de la Rioja y la salida al país vasco. Cuando las armas cristianas llegaron a las orillas del río, se formó una segunda línea con Zamora, Toro, Valladolid. Convertida la parte central del valle en dominios firmes y seguros, prosperan Cigales, Simancas, Tordesillas, Olmedo, las dos Medinas y se traslada la línea de defensa a la cordillera que separa las dos Castillas. Aparecen entonces Salamanca, para vigilar la brecha que abre el Alagón; Avila y Segovia, centinelas de los desfiladeros del Guadarrama; Soria, avanzada hacia la tierra llana de Aragón.

Pasada ya la sierra, la Reconquista gana las cuencas del Tajo y del Guadiana. «En los llanos de Castilla la Nueva, se hallaban Talavera, que cerraba la comunicación con Extremadura; Toledo, los pasos procedentes de Avila; Sigüenza, los de Aragón y Soria; Almansa, los de Alicante; Alcazar, los de Murcia, aunque a distancia, y el nacimiento del Guadalquivir; Almagro, los de Sierra Morena, y, por último, Consuegra los del intermedio del Tajo y del Guadiana.» Uclés alcanzó una efímera importancia y más tarde Ciudad Real, fundación de Alfonso el Sabio. Todas las ciudades de la Meseta conocieron una época de prosperidad después de la Recon-

quística y comienzos de la Edad Moderna. En el reinado de los Reyes Católicos eran poblaciones grandes, ricas e industriales, pero se acusa ya su decadencia dentro del siglo XVI, llegando al mayor extremo en el triste reinado del infeliz Carlos II, a fines del siglo XVII, sin que todavía se hayan repuesto de aquel golpe. La mayor parte no tienen otra importancia que sus recuerdos del pasado, los monumentos de su buena época, que los convierten en museos del arte español y archivos de la gloria de la raza. Algunas, poco a poco, como perezosamente, tratan de resurgir a la nueva vida. Todas tienen el mismo aspecto. Edificadas sobre una altura, conservan trozos de sus murallas; en el centro de la ciudad, y en su parte más alta, como dominándola y amparándola a la vez con su enorme masa de piedra, la catedral, románica o gótica. De ella parten en todas direcciones callejuelas tortuosas y mal empedradas, donde se alinean las iglesias, conventos y casas solariegas, que son muchas veces palacios maravillosos. Ordinariamente, cerca de la catedral, la típica plaza cerrada castellana. Fuera del recinto de la ciudad, en la vega o al otro lado del río, los arrabales. Así son Toledo, Burgos, Cuenca, Segovia, Avila, Soria, Salamanca, Zamora. Así son todas las ciudades castellanas. La vida moderna ha modificado muchos detalles, derribando casi siempre; pero no ha conseguido alterar esencialmente su carácter y su fisonomía.

L. MARTIN ECHEVARRÍA.

# La Provincia de Avila

## REGIONES NATURALES.—LA SIERRA

Viste antes que la provincia está emplazada hacia el centro de la Península Ibérica. Su exacta situación geográfica está entre los  $40^{\circ}7'30''$  y  $41^{\circ}13'$ , de latitud N., y los  $0^{\circ}28'30''$  y  $0^{\circ}2'2''$  de longitud O., tomando como término para medir las longitudes el meridiano de Madrid.

Limita la provincia al N. con la de Valladolid; al E., con las de Segovia y Madrid; al S., con las de Toledo y Cáceres y al O., con la de Salamanca.

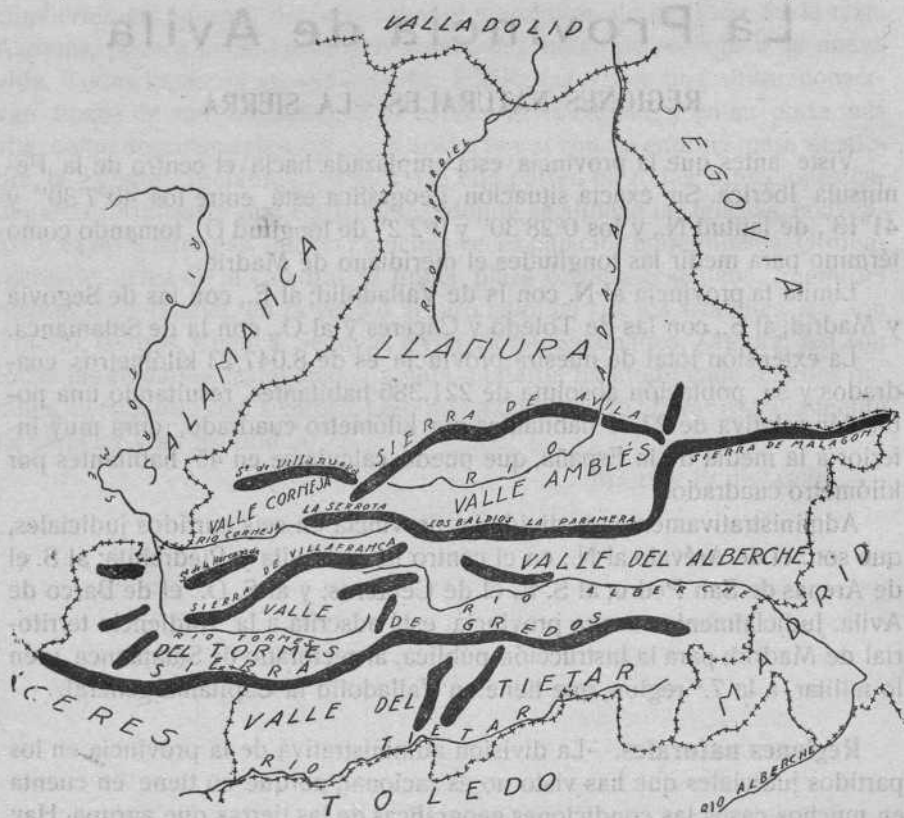
La extensión total de nuestra provincia es de 8.047,23 kilómetros cuadrados y su población absoluta de 221.386 habitantes, resultando una población relativa de 27,51 habitantes por kilómetro cuadrado, cifra muy inferior a la media de la España, que puede calcularse en 45 habitantes por kilómetro cuadrado.

Administrativamente se divide la provincia en seis partidos judiciales, que son: el de Arévalo al N.; en el centro los de Avila y Piedrahita; al S. el de Arenas de San Pedro; al S. E. el de Cebreros; y al S. O. el de Barco de Avila. Judicialmente nuestra provincia está adscrita a la Audiencia territorial de Madrid; para la Instrucción pública, al rectorado de Salamanca, y en lo militar, a la 7.<sup>a</sup> región, que tiene en Valladolid la Capitanía general.

**Regiones naturales.**—La división administrativa de la provincia en los partidos judiciales que has visto no es racional, porque no tiene en cuenta en muchos casos las condiciones geográficas de las tierras que agrupa. Hay pueblos que para concurrir a la cabeza del partido tienen necesidad de salvar los obstáculos difíciles de las sierras que los cercan; y hasta pueblos hay que quedan aislados en medio de un partido judicial perteneciendo a otro. Por esta causa nosotros no vamos a estudiar la provincia de Avila por sus partidos judiciales, sino por sus regiones geográficas naturales, perfectamente delimitadas, según puedes comprobar mirando el mapa de la provincia. Estas regiones naturales son dos: la *Llanura* al N., llana, arenosa

y seca, de 2.000 kilómetros cuadrados de extensión superficial, y la Sierra al S., de terreno quebradísimo, rica en pastos y con valles fértiles.

**La Sierra.**—La sierra es un macizo montañoso que forma parte de la Cordillera Carpeto Vetónica o Sistema Central Ibérico. Arranca esta cordillera, como sabes, del Sistema Ibérico, en el nudo de Albarracín, y tiene su



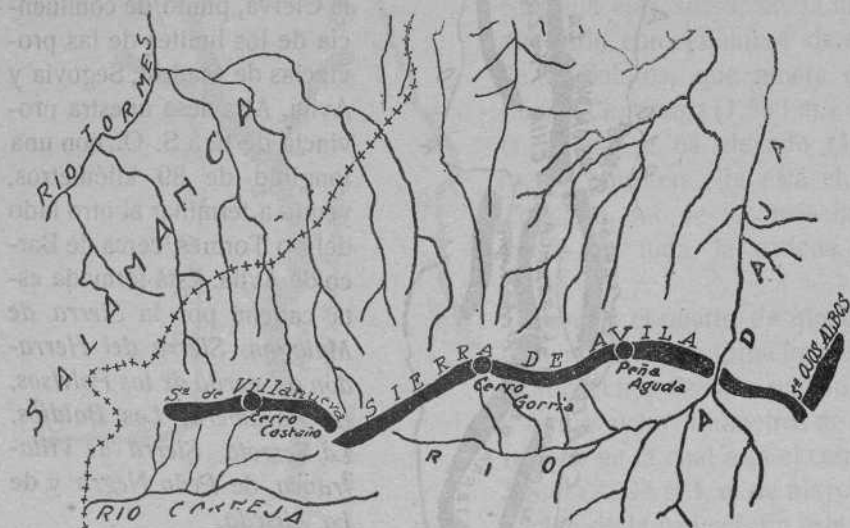
Mapa de la provincia de Avila.

término en las costas atlánticas, cerca de Lisboa. Sus comienzos son modestos macizos, como la Sierra Ministra y la de Ayllón en la provincia de Segovia. Seguidamente, y en la misma provincia, el sistema se eleva en la sierra de Somosierra, culminando la elevación en la sierra del Guadarrama, cuyos picos más importantes son el de Peñalara y el de Sietepicos, el primero con 2.430 metros y el segundo con 2.203. Se continúa el siste-

ma con la sierra de Malagón, al término de la cual entra en nuestra provincia, ensanchándose mucho y quebrando toda la parte S. de ella. De aquí pasa a la provincia de Salamanca, torciendo luego hacia el N. por intermedio de la sierra de Béjar; y ya en la provincia de Cáceres forma las sierras de la Peña de Francia y de Gata, adentrándose en Portugal, donde forma la sierra de la Estrella, para desvanecerse después en alturas de poca elevación cerca de Lisboa.

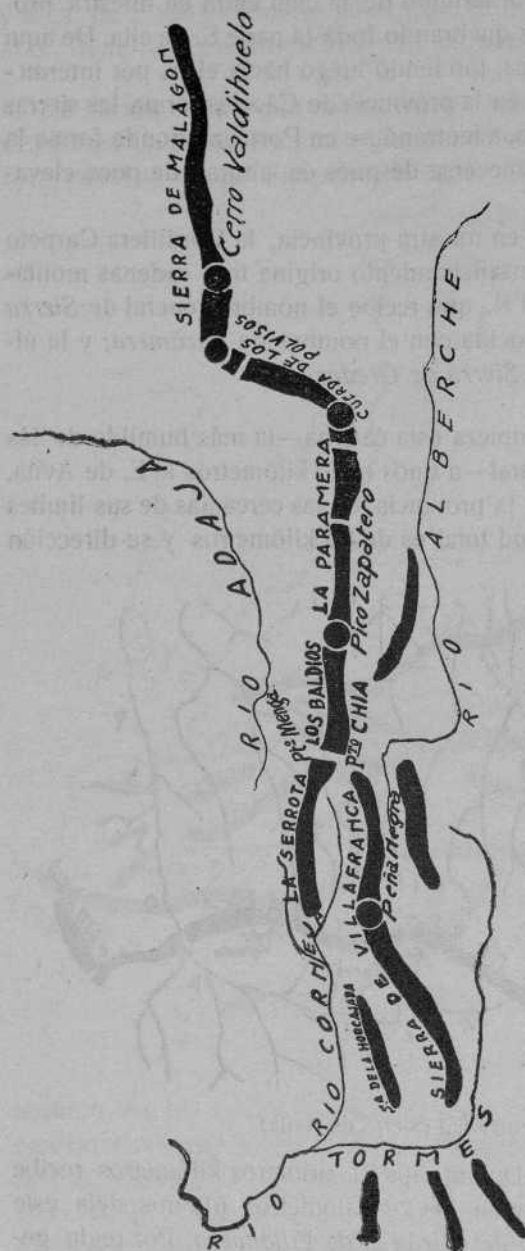
Hemos dicho que, al entrar en nuestra provincia, la Cordillera Carpeto Vetónica se ensancha, y este ensanchamiento origina tres cadenas montañosas de dirección clara: una al N., que recibe el nombre general de *Sierra de Avila*; otra en el centro, conocida con el nombre de *Paramera*; y la última, al mediodía, denominada *Sierra de Gredos*.

**Cadena Septentrional.**—Empieza esta cadena—la más humilde de las que aquí forma el Sistema Central—a unos ocho kilómetros al E. de Avila, y va a terminar, por el S. O. de la provincia, en las cercanías de sus límites con la de Salamanca. Su longitud total es de 83 kilómetros y su dirección



Cadena septentrional (Sierra de Avila).

dominante la de N. E. a S. O. Durante los 61 primeros kilómetros recibe el nombre de *Sierra de Avila*; y en los 22 kilómetros últimos deja este nombre para tomar el de *Sierra del Mirón* o de *Villanueva*. Por regla general esta sierra no se eleva mucho sobre los terrenos que cruza, y sus ma-



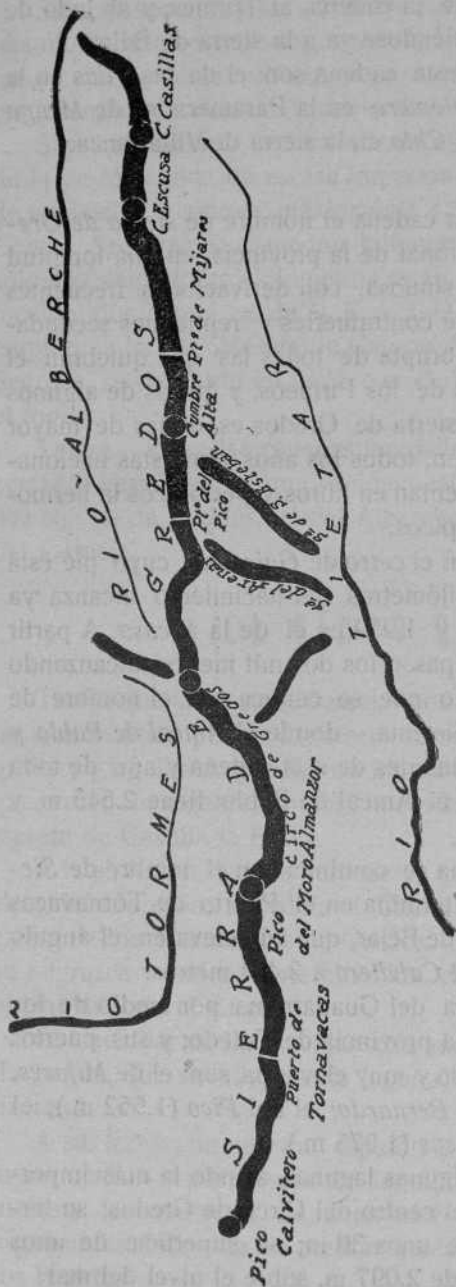
Cadena Central (Paramera).

yores alturas, en el primer tramo, son: *Peña Aguda* (1 350 m.), *Cerro de Gorrita* (1.288 m.), y *Cerro de las Tres Rayas* (1.518 m.). En la sierra del Mirón se destaca *Cerro Castaño* (1.522 m.), el más elevado de toda esta cadena, la cual, por su poca altura, se salva con facilidad.

**Cadena Central.** — Es esta cadena como una continuación de la sierra de Guadarrama, que viene de Segovia, y nace, pasado el puerto de Guadarrama, en el cerro de la Cierva, punto de confluencia de los límites de las provincias de Madrid, Segovia y Avila. Atraviesa nuestra provincia de E. a S. O., con una longitud de 89 kilómetros, yendo a terminar al otro lado del río Tormes, cerca de Barco de Avila. Está formada esta cadena por la *Sierra de Malagón*, *Sierra del Herra-dón* o *Cuerda de los Polvisos*, *La Paramera*, *Los Baldíos*, *La Serrota*, *Sierra de Villafranca*, de *Peña Negra* y de *La Aliseda*.

La sierra de Malagón es de gran anchura y escasa elevación; y sus alturas principales son: *Cerro de la Cierva* (1.533 m.) y *Cerro Valdihuelo*





Cadena Meridional (Sierra de Gredos).

(1.531 m.). La sierra del Herradón o Cuerda de los Polvisos sigue a la anterior, yendo de N. a S., y tiene una longitud de 15 kilómetros. Aquí están las mínimas anchuras del sistema, con 5 kilómetros; y no hay en ella otra elevación, digna de ser mencionada, que el *Cerro de los Vientos* (1.604 m.), en el cual finaliza.

La Paramera, cuyo nombre toma en general toda la cadena que estudiamos, es una sierra que va de E. a O., elevándose lentamente durante sus 16 kilómetros de longitud: alcanza su mayor altura en la *Cruz de la Salve* (1.470 m.). Se continúa esta sierra, en la misma dirección, con el nombre de sierra de los Baldíos, que muere en el Puerto de Menga (1.500 m.). Aquí la cadena se ha elevado rápidamente, pues en ella está el *Pico Zapatero*, uno de los más importantes de toda la cadena, con 2.105 m.

Pasado el puerto de Menga, la cadena Central se torna francamente brava en la *Serrota*, que no tiene más que ocho kilómetros de recorrido; y en la cual está el cerro del *Santo* (2.294 m.), el de mayor elevación de la cadena. En este cerro se bifurca y forma dos ramales: uno al N., de 14 kilómetros de longitud, que avanza hacia el valle del Corneja; y otro al S., de 36 kilómetros, que recibe los nombres de *sierra de*

*Villafranca y Peña Negra*. Desciende la cadena al Tormes, y al lado de allá forma la *sierra del Tremedal*, uniéndose ya a la sierra de Béjar.

Los puertos más importantes de esta cadena son: el de las *Pilas* en la Cuerda de los Polvisos; el de la *Palomera* en la Paramera; el de *Menga* entre la Serrota y los Baldíos y el de *Chía* en la sierra de Villafranca.

**Cadena Meridional.**—Recibe esta cadena el nombre de *sierra de Gredos* y se extiende por la parte meridional de la provincia, en una longitud de 100 kilómetros. Forma una línea sinuosa, con derivaciones frecuentes de su dirección general, por medio de contrafuertes y repliegues secundarios; y es la sierra más elevada y abrupta de todas las que quiebran el suelo de nuestra provincia. Después de los Pirineos, y quizás de algunos trechos de los Picos de Europa, la sierra de Gredos es de las de mayor belleza y grandiosidad; y a ella acuden, todos los años, alpinistas nacionales y extranjeros, que admiran y comentan en libros y periódicos la hermosura y grandiosidad de sus elevados picos.

Comienza la sierra de Gredos con el cerro de *Guisando*, cuyo pié está a 620 m. de altitud; pero a pocos kilómetros del nacimiento alcanza ya 1.761 metros en el cerro de *Casillas*, y 1.959 en el de la *Escusa*. A partir de aquí, las alturas principales sobrepasan los dos mil metros, alcanzando las mayores elevaciones en el macizo que se conoce con el nombre de *Circo de Gredos*—último tercio del Sistema,—donde el *Ameal de Pablo* y el *Almanzor* marcan los puntos culminantes de esta cadena y aún de toda la cordillera Carpeto Vetónica, pues el *Ameal de Pablo* tiene 2.545 m. y el *Almanzor* 2.661 m.

Pasado este gran macizo, la cadena se continúa con el nombre de *Sierra Llana*, ya en franco descenso, y termina en el Puerto de Tornavacas (1.275 m.). Luego comienza la sierra de Béjar, que aún eleva en el ángulo S. O. de nuestra provincia el *Pico del Calvítero* a 2.401 metros.

Se enlaza esta cadena con la sierra del Guadarrama por medio de los cerros de Cadalso y Cenicientos, en la provincia de Toledo; y sus puertos principales, casi todos de difícil acceso y muy elevados, son: el de *Mijares*, (1.570 m.); el de *Serranillos y Pedro Bernardo*; el del *Pico* (1.552 m.); el del *Peón* (1.801 m.), y el de *Tornavacas* (1.275 m.).

Existen en la sierra de Gredos algunas lagunas, siendo la más importante la llamada laguna Grande, en el centro del Circo de Gredos; su forma es arrañada; su profundidad de unos 30 m; su superficie de unos 1.935 m.; y está situada a una altura de 2.097 m. sobre el nivel del mar.



**Sierras secundarias.**—Hay en nuestra provincia, además de las cadenas montañosas estudiadas, otras sierras secundarias, algunas independientes de ellas y otras que sirven para enlazar las cadenas descritas, como, por ejemplo, la sierra del puerto de Villatoro y la Loma de Cañada Alta.

Sierra secundaria independiente es la de Ojos-Albos, al N. y no lejos de la de Malagón; de escasa importancia, apenas si tiene diez kilómetros de extensión y alturas máximas de 1.500 m. en los cerros del *Calvario* y *Campo Azálvaro*. Durante tres kilómetros es límite entre Avila y Segovia; y sólo sus siete últimos kilómetros están dentro de nuestra provincia. La dirección dominante es de N. E. a S. O., y entre ella y la de Malagón está emplazada la alta Meseta de Campo Azálvaro, la cual, en la provincia de Segovia, se convierte en valle con el río Moros, feudatario del Eresma, en el fondo.

**Valles.**—Entre las cadenas montañosas que hemos descrito quedan encerrados varios valles que vamos a estudiar ahora uno por uno; éstos valles son: el de Amblés, el del Alberche, el del Tiétar, el del Tormes y el del Corneja.

## EL CIRCO DE GREDOS

Toda aquella cresteria semeja una triunfante catedral gótica, con agujas que admiran por su equilibrio; torres de portentosa idealidad, estatuas, grifos y gárgolas de prodigiosa filigrana... Una hermosa sinfonía de piedra que, como un gigante, domina la quietud y el silencio secular de la austera meseta de Castilla la Brava.

A la siniestra de este belvedere, comienza el desfile de riscos y picachos del Morezón; sucedéle el Cuchillar de la Ventana, y tras él la triple cresta de los Hermanitos de Gredos. El Casquerazo avanza hacia el cielo su negruzca y amenazante pirámide, circuida la base por las más afiladas agujas de todo el Circo.

El Cuchillar de las Navajas alza aún más su perfil dentellado; en aquella ladera, que se refleja en la laguna, cobijase la nieve eterna de un ventisquero.

A su frente, un enorme espolón se lanza hasta bañar su falda en las aguas mansas y misteriosas del lago; afiladas, bruñidas sus laderas por los hielos y las ventiscas, culminan en él los tres más atrevidos torreones de aquel endiablado mar de piedra: Ameal de Pablo, Risco Moreno, Cerro de los Huertos.

Tras ellos, la Galana clava en el cielo azul el tridente de su cimera; el Cuchillar del Güetre, al cobijo de cuyas umbrías hacen su nidal las águilas chiveras; y al final, como si la montaña se hubiese rendido en aquella fantástica carrera de riscos agudísimos, de agujas retorcidas, de cuchillares y de abismos, la línea de cumbre se remansa en la redonda cabeza de la Mogota del Cervunal, ceñida por un blanco turbante de nieve, per-



Circo de Gredos y Laguna Grande.

durable más en aquéllas laderas suaves que no en los encrespados mura-  
llones que traman el fantástico circo de Gredos.

Y sobre todas las cumbres, presidiendo aquél grandioso coloseum, con la poderosa arrogancia de su cónico macizo, el Almanzor álzase aún más: y allá, en su airón de peñas, empenachado de hielo, besa la aurora con su más temprano luminar: y al morir de la tarde, el sol, que huye al otro lado de las sierras portuguesas, enrojece la espadaña de la más alta torre de Castilla.

JOSÉ F. ZABALA.

## LAS CINCO LAGUNAS

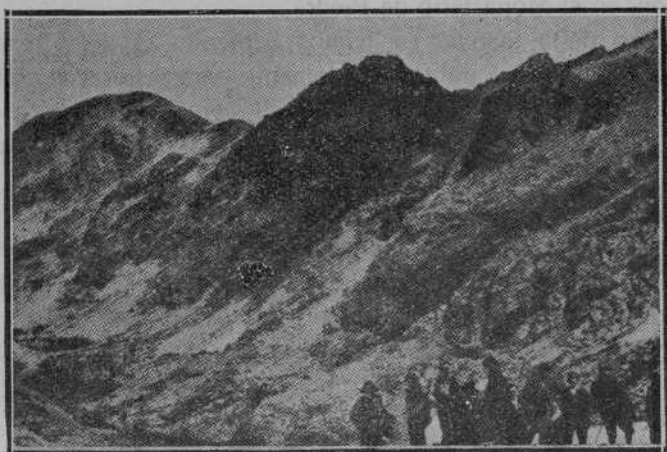
Entrada ya la noche, y atraídos sin duda por el ruido producido por las alegres canciones de mis acompañantes, fueron llegando otros pastores hasta el número de siete u ocho.

Unos y otros, con la ingenuidad y honradez marcada en la tostada tez de su cara, nos ofrecieron riquísima leche, recién ordeñada, que nosotros consumíamos en gran cantidad, en los clásicos cornatos por ellos construí-

dos. Mientras unos nos obsequiaban, otros acompañaban a nuestro amigo y guía, Santiago, a condimentar las imprescindibles sopas canas, hechas en un ennegrecido caldero, y a condimentar unas chuletas entre dos canchitos calientes; guiso éste último muy corriente en la sierra.

A las doce de la noche decidimos retirarnos a descansar en medio del silencio sepulcral y las sombras fantásticas de las montañas que considerablemente agigantan los riscos y cresterías, dando al paraje, antes simpático y pintoresco, una negrura y aspecto de caverna tenebrosa y necrópolis de titanes.

Por lo reducido del chozo, tuvimos que dormir al raso, sobre unas escobas y pieles de ovejas, que amablemente nos facilitaron nuestros impro-



Valle de las Cinco Lagunas.

visados vecinos, colocando por almohada unas piedras, que cubrimos con las zamarras de piel de oveja *destezada*, las que momentos antes habíamos utilizado para, en ellas, ir depositando el pan picado que, aderezado con grasa de cerdo, pimienta, agua y leche, había de constituir parte de nuestra cena, y a lo que llaman sopas canas.

De un sueño pasamos las horas que de la noche faltaban por transcurrir y, cuando despertamos, ya el Sol nos acariciaba con sus clarificantes rayos.

Para reanudar nuestra marcha, también fuimos nuevamente obsequiados con enormes cuernos de leche, que con unas pastillas de chocolate crudo gustosamente consumimos.

Eran las siete de la mañana cuando partimos, para llegar; media hora después, al sitio llamado del Zapatero.

En este sitio, y en la parte izquierda del camino, no sin antes bordear una especie de ángulo, y bastante escondida para ser vista por el caminante, existe una preciosa cascada, que, descendiendo sus aguas desde gran altura, se pierde su abundante chorrero en un dique o baño natural, que por su singular y natural construcción fué bautizado recientemente por el reputado doctor Areilza y su acompañante don Gregorio de la Revilla con el nombre de «El Baño de las Sirenas».

Posteriormente y en distintas ocasiones ha sido visitada por distinguidos viajeros, y a muy autorizadísimas opiniones he oído decir que representa más belleza, en conjunto, que la célebre «Cola de Caballo» que existe en Aragón, en el Monasterio de Piedra...

A las ocho de la mañana estábamos bebiendo el agua fresca de la Fuente de los Serranos. Paramos un momento para respirar aquella oxigenada atmósfera y contemplar, desde aquella gran altura, el asombroso panorama que por la parte norte se divisa hasta perderse en la inmensidad.

A los pocos momentos reanudamos nuestra excursión en dirección Sudoeste, hasta llegar a la Portilla de las Cinco Lagunas, y ¡oh asombro de los mortales!, aquí no encuentro palabras con que poder explicar las bellezas y abruptuosidades que tengo ante mi vista.

Mis acompañantes, emocionados ante tanta maravilla, se miraron unos a otros, con las manos puestas sobre la cabeza, sin atreverse a gesticular una sola palabra.

Por la parte Este, y en dirección recta, grandes y profundos cantiles rocosos; divisanse en lo más profundo de aquél valle cinco preciosas lagunas, de las que una de ellas — la primera a nuestra vista — está totalmente helada y cubierta de nieve, pudiendo apreciar que existe tal laguna por un punto azulado que en el centro existe, el que hace presumir que sea azulada el agua de la laguna que, en medio de aquella sábana blanca, ofrece un aspecto por demás emocionante.

Siguiendo en la misma dirección se divisan grandes praderas, hermosos valles y campiñas de los pueblos de La Aliseda, Navalperal y Zapardiel.

ISIDORO MUÑOZ MATEOS.

# CAZA MAYOR

## EN GREDOS CON LA CABRA ESPAÑOLA

Como dice la canción de los recueros, está la sierra «triste y oscura»...

De cara al invierno, o en el invierno mismo, quedamos en la sierra poca cosa; unas águilas, que en las nubes estudian geometría; los pinos con el viento, encargados de fingir el mar; el piorno, unos centenares de cabras, los pedruscos y, seguramente, Dios... Hace unos días que ya coagula el agua, y ni esta voz del silencio le queda al silencio. En las barbas geológicas del Almanzor hay nieve. La Laguna, en su quietud desdeñosa de lámina de hielo, es más dama hechizada que nunca.

Sin embargo... Este resumen que anticipo, es un a modo de parte oficial de la Naturaleza. Y contra la Naturaleza, ya es sabido, combate su criatura predilecta; contra la Naturaleza, el hombre, y, particularmente, el cazador... En Gredos ahora hay cazadores. El cazador cumple varias difíciles tareas; trae, hasta los más remotos riscos, periódicos atrasados; siembra las cumbres con latas de sardinas vacías; asesina el silencio con tiros inútiles; y en ocasiones... ¡hasta caza!

Aquí viene uno. Lleva un gesto triunfante de San Jorge y arrastra una víctima de pelo espeso y fino, casi hermosa víctima. La víctima es un pobre macho de «capra hispánica». Tiene, ¡tenía el infeliz! cuerna airosa, en cuyos ocho anillos, a anillo por año, se lee la cédula de su edad; una piel rojioscura, que ya mostraba el uniforme del frío, un pelo espeso y fino, casi plumón, y unas patas elásticas rematadas en cuatro ágiles taconillos de pura goma. El «sanjorge» y su vencido van por la ruta del refugio. En el refugio, pronto, en un santiamén, las manos fuertes de la guardesa convertirán el macho, todavía trémulo, en abundante botín; en trofeo, la cuerua y la peluda cabeza; en montura suave, la piel; la carne, en tasajo... Lo mejor de la caza es el refugio. En su chimenea arde el piorno, cuyo fuego canta, incendia mejillas, zurce conversaciones...

El hijo de San Humberto, que acaba de hendir a la res, escucha un discurso eternamente contado y recontado: «...pues ahora—dice un guarda—, quitando ésta que usted ha matado, ya no quedan en Gredos sino novecientas noventa y nueve cabras. Su cupo era de mil. Y crían poco, ¿eh?. Son muy pudorosas... Si fuese otro tiempo, lo vería... Ocurre de semejante forma: hay dos machos cerca de una agüada, se miran, se encuernan, gruñen; de pronto se percibe el ruidejo de unos saltos, un dulce balidillo,



y la hembra aparece. De los dos machos, el más valiente toca a la hembra con una de sus patas. El otro, mohino, se va. La hembra se oculta. El macho vencedor queda allí esperando la noche, y cuando la noche viene... ¡dicen que nunca, la hembra, ha faltado a la cita!...»

Hay hijos de San Humberto a los que este relato no conmueve. Entonces, la guardesa inicia el suyo: «...que son malas, muy malas, señor... Al

macho viejo, al infeliz que pasa de los doce años, lo expulsan de la manada a pulso de cuerno. Y algunos, tristes y perseguidos, «entodavía» viven seis años más... Son malas, muy malas... no «quien» inútiles en la casa...»

El hijo de San Humberto tampoco se emociona. Oye a la buena gente, prepara las propinas, échase el trofeo a la espalda, y al salir, si es hombre de humor, bromea:

—¡Mire que subir tan lejos y pagar seiscientas pesetas por llevar a casa este par de cuernos!...

Como dice la canción de los recuerdos, está la sierra «triste y oscura...»

En la vertiente Sur, aún abre el día de mañana y cierra de tarde. El ganado, mansamente, busca la dirección del Tiétar. En la del Norte, «triste y oscura» de verdad, el Tormes, angustiado de mística y de picaresca, —no lo sabe bien—, ve estos dramas inútiles de la caza del macho.



Cabras monteses.

FRANCISCO LUCIENTES.

Hemos llegado a la más brava cumbre de Gredos. Solo su contemplación subyuga, sobrecoje.

Nada que haga palpar el alma con más intensidad que la vista de una de estas cumbres, valientemente destacadas de toda la línea de la cordillera.

Solo una vez he tenido ocasión de alzar el campamento a los pies de este coloso; no olvidaré en la vida aquéllos momentos, pasados en un rincón del Circo, sobre un torrente, lejos de todo lo humano.

Sobre todo la transición del día a la noche tuvo emociones, que nunca con más motivo que ahora pudiera decirse que *daría un doblón por describillas...*

¡Qué augusta serenidad la del paisaje! Veíamos subir desde los valles la cabalgata de sombras de la noche, trepando por las laderas, ennegreciendo las honduras de la Laguna... Aún brillaban victoriosas las cumbres de la Galana y el Almanzor. Un instante vaciló, en su cimera, la temblorosa luz crepuscular, y cuando nuestra vista bajó de la altura encontró la noche en derredor.

Y la magnificencia de las estrellas vino a embriagarnos de nuevo en la contemplación. Las estrellas, en la montaña, son más cariñosas, más humanas que desde la llanura o desde el mar, dice un poeta francés, Henry Bordeaux... Parecen sonreír a los ojos que las admiran; que los envuelven en puras y misteriosas caricias. En tanto que, desde el llano, en cifras innumerables, donde la vista se pierde, evocan junto con la idea de otros mundos, más allá de sus esferas luminosas, nuestro anhelo de infinito, nuestra sed de comprender y de saber, aquí, en la montaña, en un cielo más estrecho y mejor delimitado, parece que arrojan de nuestro pensamiento la confusión, la incertidumbre, reemplazándolas con un sencillo fervor. Se contentan con anunciar insistentemente la presencia de Dios...

Y clavando su lanza de piedra en aquel maravilloso mar de estrellas, el Ameal destacábase soberbio, como si de la tierra surgiera un dedo índice que señalara el portento de los cielos...

## A LA CONQUISTA DEL AMEAL

La primera cumbre que surge del contrafuerte que divide en dos el Circo de Gredos, es el Ameal de Pablo. Sepárale del Risco Moreno, que le

sigue, la Portilla de las Hoyuelas, y del macizo de la cordillera, el suave Collado de las Cerraderas.

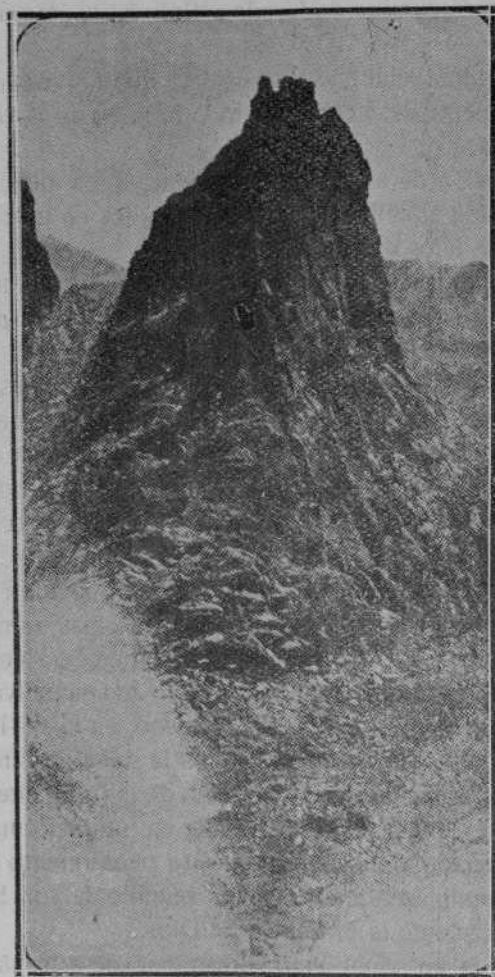
Cuantos se han ocupado en escritos de más o menos importancia de la Sierra de Gredos, han reputado este poderoso risco por inaccesible; algunos presumían factible su conquista, pero sin que lo hubieran intentado, ni mucho menos.

Hace unos cuatro años, se habló de que el imponente Isidoro Blázquez había alcanzado la cumbre del Ameal; no lo pusimos en duda, pues este risco sólo nos era conocido *de lejos*, desde su base.

Más tarde, un alpinista del Barco de Avila, J. Mancañido, nos apostaba, tras una amigable controversia acerca de éllo, que la subida al Ameal era juego de niños. Tampoco lo dudamos.

Después, en una interesante crónica, que publicó

aquella inimitable revista *Aire Libre*, los hermanos García Vicente, de Gijón, anunciaron la conquista definitiva del Ameal, y como aseveración de



Ameal de Pablo.



lo dicho, incluían una preciosa fotografía obtenida desde la cumbre.

Hoy confesamos nosotros que en dos ocasiones nos hemos visto obligados a renunciar seguir subiendo a el Ameal, por encontrarnos faltos de estatura ante unas piedras descomunales y... sobrados de miedo al mismo tiempo.

Pero hoy, también podemos confesar que nos hubieran convencido más que las rotundas afirmaciones de los *que sí hablan subido*, unos cuantos detalles *fisonómicos* de la cimera del Ameal; lo que nadie ha dicho todavía.

Lejos de nuestro ánimo el sentar plaza de arriesgados o de héroes; con una experiencia de la montaña alcanzada al término de varios años de caminar por ella, estamos seguros que un hombre es igual a otro hombre, siempre que se lo proponga; ésto es, que lo que hiciera uno, le sería igualmente fácil o difícil hacerlo a otro. Por lo tanto, no podemos presumir de ser únicos en subir de verdad al Ameal de Pablo.

El día 11 de septiembre de 1914, viernes, a las 2,35 de la tarde, culminaron la cumbre del Ameal los señores don Alberto Oettli, don Antonio Victory y el que suscribe estas páginas, los tres del Club Alpino Español, acompañados del joven pastor Aniano García, de Zapardiel de la Ribera, que no había subido nunca, ni al buzón siquiera. En la cumbre de uno de los cuatro riscos en que termina el Ameal, en la más alta, hemos dejado debajo de tres gruesas piedras, que hubo que subir desde el buzón, porque arriba no había más que la roca pelada, unas tarjetas nuestras, haciéndolo constar así en la cuartilla firmada que introdujimos en el buzón.

JOSÉ F. ZABALA.



En su extremo occidental todo el valle es estrecho y quebrado; mas poco a poco se va ensanchando y aparece la llanura arenosa por donde el río discurre. Esta planicie llega a desaparecer por el lado oriental, apenas se pasa Avila.

Las sierras de la Paramera destacan bastante sobre el valle Amblés, a pesar de la altitud de éste, no inferior a los mil metros; en cambio la sierra de Avila se destaca poco sobre los llanos centrales, de tal manera que, mirada desde ellos, no parece sierra, sino una gran estepa de granito, pobre en aguas, y rica en canchales de gran tamaño y formas caprichosas. Opinase, por los que creen que la Meseta Central fué en tiempos antiguos un gran lago, que el valle Amblés era un lago secundario, y que desaguó, al hacerlo los otros, por la brecha de la sierra de Avila que ahora utiliza el Adaja para salir a la llanura.

**Clima.**—La altitud de este valle, a lo que hay que añadir la desnudez de las sierras que le circundan, hacen que el clima frío, propio de toda la Meseta Central, se recrudezca aquí hasta el extremo.

No obstante su emplazamiento entre sierras elevadas, el clima del valle Amblés es seco. Débese, sin duda, la falta de lluvias a la proximidad de las altas cumbres de Gredos, las cuales, por su mayor altitud, condensan más activamente el vapor acuoso del aire, que llega así a las demás sierras desprovisto generalmente de él. Al pie de la Serrota sin embargo, dada su elevación, es algo más abundante la caída de lluvias y de nieves.

Los inviernos son largos y crudos, llegando el termómetro muchas veces a 12 grados, y más, bajo cero; las heladas persisten, aún bien avanzada la primavera, que realmente no se conoce en el valle. El verano es corto, ardoroso durante el día, fresco por la noche. El otoño, algo más lluvioso, es quizá la estación más suave. La mayor parte de los días del año el cielo es de un azul intenso.

**El río Adaja.**—El río Adaja es el río del valle Amblés. Nace en el puerto de Villatoro, siendo en sus primeros pasos una garganta estrecha y pedregosa. Asoma luego al llano y cruza el valle en dirección al E., con una longitud de 41 kilómetros. La pendiente por el llano es imprecisa; y de este modo llega hasta las puertas de Avila, la capital de la provincia.

En este punto, el Adaja cambia bruscamente de dirección para atravesar, por un profundo lecho de granito, la sierra de Avila, entrando en la llanura y cruzándola de S. a N. por un cauce profundo, arenoso y estre-

cho. Así llega al Duero, en la provincia de Valladolid, cerca de la desembocadura del Pisuerga.

Los afluentes que recibe el Adaja por la izquierda no tienen importancia alguna, ya que proceden de la sierra de Avila, de escasa elevación y pobre en lluvias. Los de la derecha son algo más caudalosos, sin que ninguno pueda merecer con justicia este calificativo.

La Serrota envía las gargantas de *Muñotello* y *Pradosegar*; del puerto de Menga baja el arroyo de *Atanque* y de los Baldíos; el *Sotalvó* y el *Riofrío*, el primero de los cuales tiene sus fuentes en el pico del Zapatero. Mas adelante la Paramera manda al Adaja el arroyo de la *Serna*, uno de los de mayor curso; siguiendo el *Grajas* procedente de la Cuerda de los Polvisos y el cual, en unión del *Sequillo*, último río del valle Amblés, entrega sus aguas al Adaja junto a la capital.

La escasez de lluvias que recibe el valle origina la pobreza y la irregularidad del caudal del Adaja, que en invierno crece a veces extraordinariamente, hasta desbordarse, y llega en el verano a desaparecer totalmente bajo las arenas de su cauce, que el sol reseca abrasador.

**Vegetación y cultivos.**—Los arroyos que de las sierras colindantes bajan hacia el Adaja, con su labor de erosión en las rocas graníticas, acarrearán hacia el valle finas arenas que en él se sedimentan. El fondo, pues, del llano es tierra pobre, poco rica en mantillo, seca, apta únicamente para el cultivo de cereales; trigo, cebada y leguminosas abajo y centeño en los contramuros serranos.

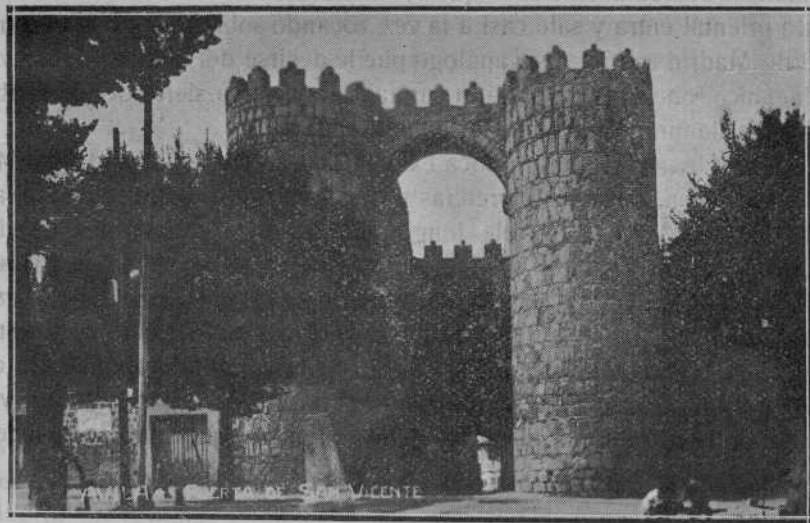
Mejor aprovechados muchos de los afluentes de la derecha y más constante su caudal, fecundizan prados y huertas. Claro que estos cultivos no alcanzan más extensión que unos cuantos metros a derecha e izquierda del riachuelo, porque el declive constante del terreno y la estrechez de las barranqueras no permite ampliar la zona regable. Las huertas producen en abundancia patatas principalmente, en tanto que los pastizales mantienen numerosas cabezas de ganado vacuno, una de las más importantes riquezas de los pueblos serranos.

El clima y la constitución de los terrenos determinan la vegetación; de una pobreza desoladora en el valle Amblés; las laderas de las sierras de la Paramera aún muestran a trechos algunas manchas de robles y encinas, pero las del límite contrario solo muestran calvas y más calvas, que el tomillo y el espliego, a lo más, tratan de cubrir en primavera. A las orillas del Adaja crecen algunos árboles de ribera—álamos, alisos, chopos—que ponen una nota de verdor en el centro del valle.

**Los pueblos.**—La pobreza del terreno y lo duro de su clima no pueden albergar en el valle Amblés una población crecida. Fuera de la capital de la provincia—enclavada en el valle—los demás pueblos son pequeños, tanto, que ninguno de ellos llega al millar de habitantes y muy pocos sobrepasan el medio millar. Ello obedece sin duda a que los pueblos disponen de poca propiedad, estando la que tienen muy repartida, pues abundan los *cotos redondos* de no mucha extensión y origen señorial; todo lo cual no permite grandes aglomeraciones humanas, ya que no existe en el valle industria alguna que merezca este nombre.

Los poblados son aldeas de casas bajas, con poca luz y ventilación, reunidas en torno de la iglesia, como si quisieran buscar en ella el amparo que les niega la tierra y el clima.

Aquí en el valle, y sobre una colina de 1.130 metros sobre el nivel del mar, se levanta *Avila*, capital de la provincia, con 15.680 habitantes. Ciudad antigua, tuvo en la época de la Reconquista un momento de esplendor, que acusan sus monumentos, principalmente la muralla, la catedral, del



siglo XIII, la iglesia de Santo Tomé y las románicas de San Vicente y San Pedro, probablemente del XI, en que empezó la repoblación de Avila.

De este mismo siglo es la muralla que rodea a la ciudad totalmente, en un perímetro de 2.526 metros, con 88 torreones y 8 puertas, de las cuales la más interesante es la de San Vicente al N. E.



Avila jugó papel muy importante a fines de la Edad Media y principios de la Edad Moderna. En ella vivían con frecuencia reyes y príncipes, y constantemente muchos nobles que destacaron en las guerras de aquellos tiempos, de donde viene a nuestra capital el dictado de «Avila de los Caballeros». En la actualidad Avila vive de sus recuerdos y de sus glorias pasadas, constantemente visitada por propios y extraños; y empieza a renacer a la vida moderna dando impulso al comercio y a la industria (fábricas de harinas, de cerámica).

De los pueblos merecen citarse: *Villatoro* en el vértice occidental del valle, a la entrada del puerto de su nombre, con unos 1.000 habitantes. Nace en su término municipal el Adaja, cuyas huertas riega y le atraviesa la carretera que va de Avila a Sorihuela. En el centro del valle, *Muñana* con más de 1.200 habitantes, centro productor de cereales.

**Comunicaciones.**—El emplazamiento de la capital de la provincia, punto de partida o de paso de varias carreteras, es causa de la relativa abundancia de comunicaciones que se observa en el valle Amblés. Por su ángulo oriental entra y sale casi a la vez, tocando sobre la capital, el ferrocarril de Madrid a Irún. Algo análogo puede decirse del ferrocarril de Avila a Salamanca, pues, apenas deja la capital, atraviesa la sierra de su nombre y baja a la llanura por sus faldas septentrionales.

También le atraviesan en poca extensión la carretera general de Madrid a la Coruña. Entre las carreteras propias del valle están: la de Avila a Sorihuela que atraviesa el valle longitudinalmente y le comunica con los del Corneja y del Tormes, salvando el puerto de Villatoro; la de Avila a Talavera, por Arenas de San Pedro, que utiliza el puerto de Menga para comunicar el de Amblés con el valle del Tiétar en su extremo occidental; la de Avila a Casavieja, que por el puerto de Navalmoral baja al valle del Alberche y luego al del Tiétar, utilizando el puerto de Mijares; la de Avila a Sotillo de la Adrada por el puerto de la Palomera, que también atraviesa el valle del Alberche.

## AVILA

Sobre el páramo rojizo de la Meseta Central, Avila, la ciudad de los caballeros, colonia romana en la Lusitania antigua, es una peregrina supervivencia del Medievo. El aire helado de Castilla extiende sobre el granito



de sus piedras un peso de siglos amasado—como en Toledo, como en Salamanca, como en León—en carne y hueso de Historia.

Sus murallas, de la Edad Media, tienen la figura de un hexágono regular, con nueve puertas; las corona un antepecho almenado y en toda su extensión hay a trechos cubos o torreones de mucho espesor. En uno de estos torreones vive el recuerdo de la página más melancólica—9 de junio de 1465—que el destino trazó en la vida lamentable de Enrique IV: la conjura de los nobles y su destronamiento en efígie, consecuencia del malestar que en los súbditos produce el espectáculo de aquella corte castellana en la que las coplas de Mingo Revulgo habían de florecer acusadoras e implacables sobre la agonía de una sociedad descompuesta.



Mística e hidalga, Avila mezcla ante los ojos del viajero un soplo de devoción y un viento de guerra. Campanas de conventos, torres de iglesia donde hacen su nido las cigüeñas errantes, calvarios de piedra, y sobre el polvo de los caminos la huella de las sandalias de Teresa de Cepeda, cuya celda conserva el culto de la ciudad—tal como en vida de la santa—en el convento de la Encarnación. La monja andariega llena con su recuerdo este recinto de piedras viejas, calles silenciosas, rojos tejadillos, recinto prócer aislado de las colinas del paisaje por el cinturón de murallas.

Y un cielo de bruma con nubes del color de la paramera extiende sobre el reposo de la ciudad tendida al pie del Adaja una eterna ceniza cre-

púscular, entre cuyós velos juntan su sueño de muerte el polvo del arnés y el de la cruz.

(DEL «CALENDARIO NACIONAL»).

## AVILA Y SU VALLE

Ramiro solía quedarse hasta la noche en el último piso del torreón, escuchando los cuentos y parlerías de las mujeres.

Allí terminaba la tiesura solariega. Allí se canturreaba y se reía. Allí el aire exterior, en los días templados, entraba libremente por las ventanas, trayendo el vago perfume de las fogatas campesinas y un sordo rumor de molinos y batanes, que subía desde el Adaja.

¡Qué holganza para el niño hallarse lejos de la facha torva del abuelo y encima de aquellas cuadras silenciosas del caserón, donde se acostumbraba a encender velones y candelabros durante el día! Cuadras solo animadas por las figuras de los tapices; fúnebre estrado, brumoso de sahumero, que su madre, vestida siempre de monjil, cruzaba como una sombra.

Las criadas le querían de veras. Todas miraban con respetuosa ternura al párvulo triste y hermoso, que no había cumplido aún doce años y parecía llevar en la frente el surco de misterioso pesar. Todas rivalizaban en complacerle, en agasajarle.

Durante el trabajo, entre el zumbo de las rucas, hablábase de cosas fáciles que él comprendía, y, casi siempre, al anochecer se contaban historias. Añejas historias, sin tiempo ni comarca. Unas sombrías, otras milagreras y fascinadoras. Consejas de tesoros ocultos, de agujeros, de princesas, de ermitaños. Una vieja esclava, herrada en la frente, sabía cuentos de aparecidos. Ramiro la escuchaba con singular atención, cada vez más goloso de pavor y de misterio.

La estancia era un vasto recinto que ocupaba todo el plano de la torre. Las vigas no habían perdido el oro de la añosa pintura y la faja de escudos nobiliarios que corría en lo alto de las cuatro paredes lucía intacto su tinte de gules y sinople. En el rincón más oscuro dormía un antiguo telar descompuesto. No se había pensado nunca en repararlo, y se le dejaba apolillar y cubrirse de telaraña, conservando todavía entre sus máderos los hilos de una estameña comenzada, quizá en el reinado anterior.

En el grueso de las paredes cada ventana formaba un hueco profundo,

con sendos poyos de piedra. Ramiro se sentaba de costumbre en uno de ellos y pasaba las horas largas mirando hacia afuera, con el codo apoyado en el alfeizar.

Una de las ventanas, la que abría hacia el nordeste, dominaba casi todo el caserío. Desde aquella altura, Avila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad semejava gran castillo roquero. El niño oteaba los corrales y los patios, el interior de los conventos, el carapacho de las iglesias. A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza, almenado y pardusco.

Desde la otra ventana se disfrutaba de una vista grandiosa, el Valle Amblés, toda la nava, toda la dehesa, el río, las montañas. Fuera de los sotos ribereños, la vegetación era escasa. Raras encinas, negras a distancia, moteaban apenas los pedregosos collados. Paisaje de una coloración austera, sequiza, mineral, donde el sol reverberaba extensamente. Paisaje hu-rano y apacible como el alma de un monje.

Vivo resplandor revelaba a trechos, entre fresnos y bardagueras, el curso del Adaja, esparcido sobre el arena, como galón de plata que se deshila. En el fondo, la sierra de Avila levantaba sus picos más altos, chapados de nieve. De ordinario, un bulto de nubes asomaba por detrás de la Serrota o del Zapatero, como vapor de una olla, sombreando los picachos y suspendiendo sobre la falda largos vellones horizontales.

ENRIQUE LARRETA.

(«La gloria de D. Ramiro»).

## HISTORIA Y LEYENDA

### XIMENA BLAZQUEZ

De historia y de leyenda, hábilmente entrelazadas, se tejen las coronas de los héroes. Con algo de historia y un poco de leyenda se ha bordado la fama de esta heroína abulense que se llama Ximena Blázquez.

\* \* \*

No era ya Avila castillo fronterizo de los territorios cristianos. Se había repasado la Paramera y Alfonso VI acampaba en las orillas del Tajo; teniendo a Toledo por capital.

Pero las conquistas no se afianzaban. Atrás iban quedando desguarnecidas las ciudades. Los caballeros con sus armas seguían a los ejércitos conquistadores. Y los musulmanes, burlando la línea de avance, irrumpían de improviso con frecuencia en las ciudades abandonadas.

Por aquel tiempo, un buen día se vió descender por el puerto de Menga copioso tropel de moros a caballo, que desde tierras de Toledo habían ganado el puerto del Pico y se acercaban a Avila. Y Avila estaba sin guerreros, porque peleaban del lado de allá del río Tajo.

Los vigilantes de las almenas de la muralla, viendo envuelto en densa polvareda el valle Amblés, vinieron con gran prisa al palacio de Ximena Blázquez. Era esta la mujer del gobernador de la ciudad, que en la guerra estaba.

Y vinieron los vigilantes de la muralla al palacio de Ximena Blázquez y con gran espanto le dijeron: «Millares de jinetes moros se acercan a la ciudad. Ya se oyó el relincho de los caballos. No hay hombres entre nosotros. ¿Qué haremos?»

Y Ximena Blázquez, tinta en ira al ver la cobardía disimulada de los vigilantes, les gritó enérgicamente: «Id a vuestros puestos. Yo haré lo demás».

Y cambiando su traje de mujer por otro de varón, que a mano tenía, se puso sombrero hombruno en la cabeza, tomó las armas, llamó a sus hijas y a sus nueras y a las hijas de sus hijas y a las hijas de sus nueras.

Las cuales sintieron gran pavor ante aquella indumentaria de su madre. Y Ximena Blázquez, sin parar mientes en el asombro de sus hijas, les dijo secamente: «Id a vuestras casas y haced lo mismo».

Y mandó criadas a todas las casas de la ciudad y ordenó pregones para que no quedara mujer que no se vistiera de varón, y que, tocada de sombrero y en la mano las armas viejas de su marido y de su padre, dejara de acudir a la muralla.

Cuando estaba ésta llena de caballeros, tan sencillamente reclutados, apareció Ximena Blázquez con sus hijas y sus nueras y las hijas de sus hijas y las hijas de sus nueras. La cual, montada a caballo, arengó a las mujeres que levantaron gran estruendo de vitores y gritos de guerra, encendiéndose a la vez fogatas en las almenas a lo largo de la muralla.

Lo cual oyendo y viendo los moros, creyeron formidablemente guardada la ciudad, que ellos pensaban encontrar indefensa. Y huyeron valle Amblés arriba, a todo el galope de sus corceles, hasta desaparecer al lado de allá del puerto de Menga.

Y Ximena Blázquez, por prerrogativa del rey, tomó entonces para sus descendientes el apellido Sombrero. Y puso sombreros en su escudo. Para que su magnífica hazaña fuese pregonada y admirada por todos los siglos de los siglos.

## TERESA DE JESUS

No en prosa dura de romance cotidiano, en rima antigua, de estrella y miel, había de escribirse la epopeya heróica, caballescaca a lo divino, de la niña de Avila. El Adaja pasa cantando, entre piedras y troncos, aquí cerca. Los grandes ojos de la hija de Alonso de Cepeda, ignorantes del mar, miden con la luz de cada atardecer la distancia de su patio en sombra al cielo de plenilunio. Siete años tiene ya la hidalga Teresita—había nacido en Avila el 28 de marzo de 1515—cuando abandona la casa paterna de la mano de su hermano Rodrigo. ¿Adónde iban los niños? Es ella la que derrama sobre la inquietud de todos un balbuceo de explicación, transparente como la lluvia de julio en los pinares:—Tras de aquella colina hay otra. Y otras más allá. Pero al cabo de ellas hállase Salamanca, por donde se va a tierras de morería; allí el infiel, Dios mío, nos descabezará por Ti...— El firmamento de su historia se ha rajado ya; por la brecha, su carne y su alma se desangrarán eternamente en delirio y en luz.

Ha crecido. Casi es ya una mujer. Madúrale día a día la carne. Al andar, sin que ella lo quiera, bajo el ropajé severo ondula, como una palma de cristal, la estrecha cintura. Pero la piel de su cara y sus manos es tan blanca cual si la sangre no anduviera por debajo. Esto—la sospecha de estar tísica, como ella dice riendo—tráela al pueblécito de Becedas, del que, curada, sale ya en pleno impetu místico para el convento de Carmelitas de la ciudad. El 24 de agosto de 1562 Avila suma al estertor piadoso de sus piedras el nuevo convento del Carmen, donde había de profesarse la regla primitiva de la religión en todo su rigor. Desde 1562 hasta el año de su muerte, veinte años casi justos, efectuó Teresa quince fundaciones de Carmelitas. Y cada fundación le salía dolorosa y amorosamente de las entrañas, como un hijo. Al propio tiempo que la de Burgos se hizo la fundación de Granada, sobre cuyos jardines un siglo de llanto sostenía aún la luna de Boabdil, y no pudiendo ella realizarla personalmente—llegaba, entré la sombra, la Muerte de su letrilla—delegó en un frailecito amigo: San Juan de la Cruz.



La doctora muere dulcemente el 4 de octubre de 1582 en Alba de Tormes entre los brazos de su enfermera, la beata Ana de San Bartolomé. Ha hecho mucho bien y ha escrito en prosa viva, popular, ajena a todo afeite retórico, mucho bueno. El libro de su vida y *Las Moradas* son fuentes de belleza perenne. Castellana hasta la médula, abrir un libro de Teresa de Jesús es ver abrirse ante los ojos todos los caminos de Castilla: su madre. Porque Santa Teresa — como Don Quijote, como la Celestina, como Guzmán de Alfarache — es un producto genuino hecho de tierra nuestra, tierra de carne y hueso, única arcilla del mundo en cuyo alfar la misma mano de Dios construye por igual carne de picaros y alma de santos.

(DEL «CALENDARIO NACIONAL»).

## UNA PAGINA DE TERESA DE JESUS

### LA PRIMERA LLAMADA

Eramos tres hermanas y nueve hermanos; todos parecieron a sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo, aunque era la más querida de mi padre; y antes que comenzase a ofender a Dios, parece tenía alguna razón porque yo he lástima cuando me acuerdo las buenas inclinaciones que el Señor me había dado y cuán mal me supe aprovechar de ellas.

Pues mis hermanos ninguna cosa me desayudaban a servir a Dios. Tenía uno casi de mi edad; juntábamnos entrambos a leer vidas de santos — que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí —; como veía los martirios que por Dios las santas pasaban, parecíame compraban muy barato el ir a gozar a Dios, y deseaba yo mucho morir así; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo; y juntábame con este mi hermano a tratar qué medio había para esto. Concertábamnos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen; y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espan-tábamnos mucho el decir que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábamnos de decir muchas veces: «para siempre, siempre, siempre». En pronunciar esto mucho rato era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.



De que vi que era imposible ir a donde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían; y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdi por mi culpa. Hacía limosnas como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el rosario, de que mi madre era muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho...>

## EL ESCUDO DE AVILA

Tiene el escudo de la ciudad de Avila un castillo de alta torre; y sobre la torre, entre dos almenas, la efigie de un rey con su cetro y su corona; y al pie del castillo esta leyenda: *Avila del Rey*. ¿Por qué este castillo, y este rey en las almenas, y esta leyenda al pie del castillo?...

Murió Alfonso VI dejando la corona de Castilla a su hija D.<sup>a</sup> Urraca, la cual estaba casada en segundas nupcias con el Rey de Aragón, Alfonso I, el Batallador. De su primer marido, el Conde de Galicia D. Ramón, había tenido un hijo, pequeño a la sazón, que en Galicia se estaba criando, guardado por manos fieles.

El rey aragonés puso los cargos de responsabilidad de Castilla en manos de aragoneses, a los cuales confió también la defensa de los castillos y plazas fuertes. Esto disgustó a los castellanos, que vieron en tal manera de conducirse ambición por adueñarse del reino de Castilla; y más cuando se supo que el Batallador había cerrado en prisión a D.<sup>a</sup> Urraca. Muchas ciudades y nobles tomaron el partido de la reina; pero, como la conducta de ésta no era todo lo austera que la rigidez castellana pedía, se pusieron de acuerdo con los guardadores del pequeño infante y con el obispo Gelmírez. Y en la catedral de Santiago juraron por rey de Castilla al niño Alfonso.

Entre tanto, el rey, su padrastro, recorría las ciudades castellanas solicitando sumisión y acatamiento a su persona, intentando vencer la resistencia, donde se le oponía, con dádivas u ofrecimientos tentadores. Tal ocurrió en la ciudad de Avila, a la que mandó emisarios solicitando su acatamiento. Pero el Concejo y los nobles de la ciudad dieron al aragonés

su más firme repulsa; y creyendo que, ante las ambiciones del rey, no estaba segura la vida del Rey Niño, reclamaron los abulenses el honor de su guarda y custodia. Y a Avila fué traído desde el castillo de Simancas, donde ahora estaba. Poco después corrieron voces de que el Rey Niño había muerto, y a las puertas de la ciudad de Avila llegó el Batallador con fuerte ejército para comprobar si era cierta la noticia, o acaso para tomar la ciudad y castigar a los abulenses, que con tanta entereza se habían opuesto a los oscuros designios del aragonés. Este envió a la ciudad un emisario pidiendo que se le entregasen, pues había muerto el hijo de doña Urraca, contestando Blasco Jimeno, gobernador entonces de la ciudad, que el niño vivía y que a él solo sería Avila leal.

Contrariado Alfonso I, solicitó que le mostrasen al Rey Niño, para lo cual acudiría al pie de la muralla, si le cedían rehenes en garantía de que nadie atentaría contra él, y cuyos rehenes juraba devolver sanos y salvos, si era respetado. La ciudad accedió a los deseos del rey de Aragón, y éste con seis de sus caballeros se dirigió a la puerta de la muralla, que está al lado del cimborrio de la Catedral. Allí esperaban el gobernador y los nobles, invitando al rey a entrar en la ciudad; pero éste rehusó la invitación.

—Me basta—dijo—que me mostréis al infante por encima de esos muros.

Así lo hicieron los abulenses, subiendo al pequeño Alfonso al cimborrio de la Catedral y mostrándosele al de Aragón por entre dos de sus almenas. A la vista los dos reyes, se saludaron con grandes ceremonias, y el Batallador se retiró a su campamento, seguro ya de lo que antes dudaba y clavada en el corazón la espina de la entereza y lealtad de los de Avila.

Las cuales fueron premiadas por Alfonso VII, el Emperador—nombre que tomó el Rey Niño después—al llegar a su mayor edad, permitiendo que en el escudo de la ciudad campeara este castillo de alta torre—el cimborrio de la Catedral—con la efigie del rey entre dos de sus almenas, y esta leyenda al pie del castillo: *Avila del Rey*.

## HISTORIA

### LOS COMUNEROS

Porque el absolutismo de los Austrias había castrado—apenas pisara tierra hispana—el espíritu democrático de Castilla, estalló el movimiento popular de rebeldía de las Comunidades. Deshonradas las cortes de San-

tiago—el oro había sobornado a casi todos los procuradores—se echó el pueblo a la revolución, dispuesto a enderezar el gobierno de Carlos I, y a limpiar España de flamencos rapaces. Las Comunidades o concejos de Castilla—Segovia, Burgos, Zamora, Avila, Toledo y muchos más—estaban ya en franca insurrección, hartos de los tres años de reinado de Carlos I, tres años de tiranía y de escarnio a las costumbres políticas castellanas.

Pero era urgente la coordinación de estos esfuerzos aislados. Y en la catedral de Avila, y en la capilla de San Bernardo según la tradición, se citaron y congregaron los representantes de las ciudades sublevadas.

Los representantes pertenecían a todas las clases sociales; había allí nobles, militares, eclesiásticos, hombres de estudio y menestrales. Allí estaba el obispo Acuña y el abad de Alcalá; allí los capitanes Fernando Dávalos, Pedro Girón y Juan de Padilla; allí, el licenciado Zapata y el asesor Zúñiga. Pero allí estaban también el pelaire Piñillos, representando a Avila; el pellejero Villoria, de Salamanca; el tundidor Bobadilla, de Medina del Campo.

Era, pues, el de los comuneros un movimiento profundamente nacional. Y, aunque se juramentaban para morir en servicio del rey, empezaba a revestir una forma política abiertamente hostil a los poderes constituidos.

Constituyeron los reunidos en Avila algo así como un gobierno, que titularon *Santa Junta*, de la que fué nombrado presidente D. Pedro Lasso de la Vega, y general de los ejércitos comuneros el capitán D. Juan de Padilla. Y redactaron manifiestos, en que censuraban los errores y desafueros del rey y fijaban las aspiraciones de las Comunidades; y un programa político—conocido con el nombre de «Constitución de Avila»—del mal son estos puntos interesantes:

«Que se guarden entera y perpetuamente las leyes de estos reinos... que no sean oprimidos ni agraviados por persona alguna y sean conservados en sus libertades y les sean guardados sus buenos usos, costumbres y privilegios».

A pesar de las victorias alcanzadas por Bravo y Padilla, el movimiento fracasó por los egoismos, rivalidades, intrigas, venganzas y defecciones escandalosas demuchos—la de Girón entre las más indelficadas—malográndose también, por la inactividad y ausencia de dirección inteligente de la Santa Junta, todos los sacrificios, todos los entusiasmos. El día 23 de Abril de 1521 eran derrotados en Villalar los ejércitos de las Comunidades; y al día siguiente en la plaza pública de esta villa subían al patíbulo los capitanes Padilla, Bravo y Maldonado. No pudo reavivar el espíritu decaído

de los comuneros la mujer de Padilla, D.<sup>a</sup> María de Pacheco—la leona de Castilla—, haciéndose fuerte en Toledo, donde se habían refugiado los restos del ejército vencido. Y allí quedó amordazado el anhelo libertador de Castilla, que en Avila había tenido su más elevada expresión. Y allí quedó entronizado por siglos un absoluto cesarismo.

## DOS MONUMENTOS

### LA BASÍLICA DE SAN VICENTE

#### RELICARIO DE ARTE Y DE LEYENDA

Con los oros del sol crepuscular la basilica románica de San Vicente refulge cual cobrizo relicario, según la feliz expresión de Enrique Larreta. Relicario de arte y de leyenda es este templo magnifico.

Aquí, en el peñasco que hay en su cripta, alcanzaron la palma del martirio tres santos hermanos—Vicente, Sabina y Cristeta—. Cuando los verdugos abandonaron sus cuerpos sangrantes, una serpiente enorme vino a guardarles de la profanación de los paganos o de los canes. Y aquel judío que intertó la profanación vió atenazados sus músculos por la serpiente vigilante. El judío, ante el milagro, se hizo discípulo de Jesús de Nazaret, y levantó aquí, para sepultura de los mártires, una iglesia humilde. Estábamos en el siglo tercero de la era cristiana...

La exaltación religiosa de la Edad Media demolió la iglesia humilde y levantó en el siglo XII este templo majestuoso, joya valiosa del arte románico español. Los colores jaspeados de dorado y rojo en su piedra arenisca brillan con los oros del sol poniente, mientras allí, al lado, los dos enormes torreones de la puerta de San Vicente, abierta en la muralla, tienen en esta misma hora un tinte oscuro y siniestro.

Un día—muchos años hace—entró por la puerta de la basilica una mula ciega; paró en el centro del crucero; dió en la losa del pavimento una fuerte patada y cayó muerta: traía a lomos el cadáver de Pedro, el santo ermitaño de Barco de Avila. Nadie sabía allí dónde el cuerpo mortal de Pedro quería reposar, y le pusieron a lomos de la mula ciega.

La mula anduvo sola por los caminos. Una rienda invisible la guiaba y un clamor de campanas, que nadie tañía, la acompañaba por los campos. Y llevada por la rienda invisible llegó a la basilica. Allí está la huella de

su casco impresa milagrosamente en la dura losa que golpeó. Allí está sepultado el cuerpo de Pedro, el santo ermitaño de Barco de Avila...

En la ciudad de Avila—leyenda y arte—la basilica románica de San Vicente es un relicario de arte y de leyenda.

## LA IGLESIA DE SAN PEDRO

Esta iglesia es otra bella obra de estilo románico, que se cree data del siglo XI, época de la repoblación de la ciudad. Es, pues, contemporánea de la basilica de San Vicente; pero gracias a haber sufrido escasísimas restauraciones, su estilo consérvase más puro. Se atribuye la dirección de su construcción a un monje de Cluny, y en su historia resaltan las procesio-



nes para los autos de fe que en él se celebraban, el haber servido de lugar de reunión a los defensores de Avila, y a la circunstancia de jurar allí respeto para los fueros y privilegios de la ciudad: muchos monarcas, entre ellos Isabel «la Católica» y Carlos V.

Su fachada principal, que se abre a la plaza del Alcázar, tiene engastada en el ático la estatua de San Pedro, y luce un magnífico rosetón formado por columnas radiales, limitada por círculos concéntricos. En el interior, las tres naves que corresponden a la planta de cruz latina están sencillamente abovedadas. A la derecha del crucero se conservan un hermoso re-



tablo plateresco que regaló D. Alfonso Serrano en 1536 y un sepulcro de la familia de éste, y a la izquierda, otros enterramientos de los linajes de Blasco Jimeno y Esteban Domingo.

Entre las muchas y preciosas reliquias que allí se conservan figuran un cíngulo de San Pedro, una casulla de San Lorenzo y la cabeza de uno de los mártires Macabeos.

La iglesia de San Pedro fué declarada monumento nacional el 30 de mayo de 1914.

## EL CASTILLO DE MALQUEOSPESE

Hay por tierras de Avila muchos castillos roqueros; en las hondonadas y en la llanura. Castillos roqueros de La Adrada, de Arenas y de Mombeltrán, del lado de allá de la sierra; castillo roquero de Valdecorneja, en el Barco, mirando al Tormes, en la sierra misma; castillo roquero de Arévalo, dominando la llanura, frente a la sierra. Y aquel otro a las vistas de Avila, destacando su blancura impecable sobre el moreno sombrío de la Paramera, cerca de Sotalvo, al lado del ventanal del puerto de Menga.

Aquel castillo de Sotalvo, valle Amblés arriba, tiene factura de mansión señorial y de fortaleza. «Al pie de los más altos picos de aquel tan amplio panorama, utilizando para las cercas y para hacerle más inaccesible el amontonamiento de gigantes rocas de granito, ofrece en el primer recinto amurallado—que es, como el conjunto, irregular—una puerta defendida por dos cubos; luego se alza el cuerpo de la fortaleza con torres cilíndricas, y en el interior la plaza de armas flanqueada en lo alto por el cuerpo de guardia, y en lo más bajo, por la vivienda de los señores... Parece aún sentirse el ruido de las armaduras y el que producen, al acudir a resguardarse de imperiosas acometidas, las gentes de los alrededores, mientras se disponen desde el interior a defender con los bríos de siempre la bandera desplegada que sacude y bate el viento».

Aquel castillo de Sotalvo tiene mote de leyenda de escudo señorial. Mote que se le dió a la gente del valle Amblés una frase del señor del castillo de Sotalvo. Esta gente, que le puso al castillo el mote sonoro, es la misma que compuso una trova dolorida recordando el castillo:

Guimar está triste,  
su amor está lejos,  
entrambos se mueren,  
entrambos son presos.



¡Cómo se miran!  
¡Cuánto se quieren!  
Y son sus suspiros  
las únicas prendas  
que van y que vienen.

Aquel castillo blanco de Sotalvo tiene un mote sonoro. Le llama la gente: el *castillo de Malqueospese*.

\* \* \*

Volvían a Avila, de pelear como buenos en las Navas de Tolosa, los escuadrones de serranos, y habían entrado ya en la ciudad por la puerta del Alcázar. Recorrian las calles entre los vítores de la plebe y los saludos de los nobles, que presenciaban el desfile desde los ventanales o en las torres de sus palacios. Apuesto y bizarro sobre un negro corcel, iba el capitán D. Alvar Dávila, señor de Sotalvo, al frente de sus escuadrones, repartiendo sonrisas y saludos.

Llegaba ya el desfile frente al palacio de D. Diego de Zúñiga, noble y palaciego abulense; arriba, desde la alta ventana, su hija D.<sup>a</sup> Guiomar aplaudía a los guerreros. Era linda y tenía ojos negros la condesita; era blanca como lirio de los campos. Y su mirada angelical se cruzó con la de Alvar Dávila, que sonreía, sonreía... El valiente capitán de serranos recorrió ya la ciudad sin corazón; ¡lo había perdido en una sonrisa!

Muchas veces se vieron Alvar Dávila y la condesita Guiomar, pero siempre a través de aquel alto ventanal de la torre del palacio de D. Diego de Zúñiga. Guardaba el conde a su hija entre los recios muros de la casa señorial para ofrecérsela a Dios. Era duro y altivo el conde, y ante él vino un día el capitán de serranos. Eran breves las treguas de la guerra y le pidió licencia para casarse con la condesita, su hija, antes de una nueva partida.

El conde, la ira en los ojos, ordenó al capitán que abandonase su palacio, prohibiéndole que en lo sucesivo volviese a ver a D.<sup>a</sup> Guiomar. El señor de Sotalvo, con toda dignidad y gran entereza, replicó al conde irascible:

— Cuando el amor ha nacido, no se le mata con violencias; que el corazón del enamorado es rebelde y terco en la rebeldía. D.<sup>a</sup> Guiomar y yo seguiremos amándonos; y aún más, viéndonos: ¡mal que os pese!

\* \* \*

Guardias rondaban el palacio de D. Diego de Zúñiga; guardias de día

y de noche con orden de prender al capitán, si osaba acercarse allá. Mientras tanto, en el coto señorial de Sotalvo, sobre las altas rocas de la Paramera, mirando a Avila, la prisa del corazón de Alvar Dávila alzaba en pocos días un blanco castillo roquero...

Se adivinaban, más que se veían, los dos enamorados; ella, en la torre del palacio, junto a la ventana que miraba a la sierra; él, en las altas almenas que descubrían la ciudad. Hasta que un día, al fin, el alma blanca de D.<sup>a</sup> Guiomar se escapó, hecha suspiro, del lirio de su cuerpo.

A las torres del castillo roquero de Sotalvo vino aquel día nivea paloma. Suave era el arrullo; y el castellano la tomó con ternura en sus manos, poniéndola al cuello blanco lazo de raso. De madrugada partía a la guerra al frente de sus escuadrones de serranos. Y en la guerra murió peleando como bueno...

\* \* \*

Cuando el pional borda de amarillo las laderas de la sierra, cuando la primavera destapa los esencieros de los espliegos y de los tomillos, vienen de la ciudad, todos los años, hasta las torres del castillo de Sotalvo, dos blancas palomas, cuyos arrullos dicen a las gentes de los alrededores la buena nueva de la estación florida.

Juntas viven en el castillo abandonado; juntas vuelan sobre los picachos; juntas vagan por las alisedas de los prados; juntas vuelven, cuando al ventanal de Menga se asoman las nieblas frías, a la ciudad y a la torre del palacio que fué del noble y antiguo abulense D. Diego de Zúñiga. Al decir de las gentes de la sierra, son estas palomas las almas de los enamorados, que a despecho de su padre siguen—por permisión divina—, amándose sin límites en el tiempo, sin límites en el espacio...

Esta es la leyenda del castillo del mote sonoro. Esta es la leyenda del castillo de *Malqueospese*.

## APOGEO HISTORICO DE AVILA

### AVILA EN EL SIGLO XII

En el siglo XII, o mejor en el lapso que va desde la toma de la urbe toledana a la de Sevilla (1.085-1.248), mientras se combate por la posesión de la meseta Sur, en las entradas de Sierra Morena y en el ancho valle del Guadalquivir, Avila guarda la mejor puerta en ese enorme muro circular,

labrado en torno a la comarca del Duero; Salamanca cierra, en Baños, las salidas desde Extremadura; Segovia atalaya el Guadarrama y Somosierra, esto es, Madrid y la región de la Alcarria. El robusto vigía abulense domina en el paso de las Pilas, en el boquete de Cebreros y el Pico, el acceso a la parte media del Tajo, donde lozanear los verjeles talaveranos o los de la ciudad de los cigarrales.

Avila fué, en aquellos lustros, cabecera de Castilla y los dominios de la cruz frente a la media luna; vela por las presas recientes hechas al enemigo y prepara expediciones para lograr un botín aún más espléndido. Los capitanes de esta frontera, tan dilatada e importante, atienden a la par a Cuenca, a Plasencia y a Trujillo. La actividad interior es tan enorme como la exterior. Los maestros canteros erigen esa cerca, portento para cuantos la miran; se alzan, como por encanto, templos prodigios del arte románico (la Catedral, San Pedro, Santo Tomé, San Esteban, Santo Domingo, San Isidoro...), y los escultores labran, en San Vicente, las exquisitas figuras de la fachada Sur, o esos encajes, roleos, Apóstoles, animales y monstruos de la Occidental, comparables únicamente a los de Compostela. Moriscos y judíos llenan los arrabales y se aplican a la agricultura o al mercantil tráfico.

Seguramente en las ricas moradas de los próceres se escuchan cantares de gesta, luego mal trasladados a la Crónica. Gentes opulentas construyen sus palacios, que debieron competir con el del Obispo, orgulloso de su vieja sala sinodal. Y en el enjambre de seis mil familias descuellan las de los principales, que sosteniéndose en otros hombres de recio temple, hechos caballeros en cuanto mantienen palafreñ y armas, forman un municipio lleno de privilegios y de exenciones logradas por el espíritu de las milicias, que siguen un glorioso pendón siempre erguido; milicias que si supieron recoger inmarcesibles lauros en Ocaña, en Cuenca, en Badajoz, en el castillo de Albalat, en las Navas, en Cazorra, en Baeza, en Jaén, en Andújar, en Córdoba y en Almería, fueron a la vez desparramando entre los pobladores de sus conquistas linajes ilustres que de las orillas del Adaja sacaron, con la raíz de su tronco, las plantas para unas plantas nuevas y robustas.

Mejor que el célebre y legendario Nalvillos, representan a nuestra capital aquellos dos vástagos de Jimeno, que en Siete Vados dispersan a las tropas de Omar y de Fadalla, y que mueren, el uno en un combate, de enfermedad el otro, mereciendo las alabanzas justas, escritas en sus sepulcros de la parroquia de Santiago.

En aquellos tiempos de heroismos por parte de todos, llevan la delantera nuestros paladines:

«Y en Ronda, muy guerreros,  
y en Trujillo, los primeros,  
y en Alarcos, con afanes,  
cebaron sus gavilanes,  
Avila, tus caballeros.

Con semejante empuje, con tales bríos, incluso de Prelados, como el de esta diócesis, que hubo de sucumbir el 1195 en la pelea al ensancharse Castilla, se engendró España.

### AVILA EN EL SIGLO XVI

Y si a este parto laboriosísimo tanto contribuyó la ciudad de los Alfonsos, aún hizo más por conducir al pueblo hispano hasta el cenit de su gloria en el siglo XVI, que se puede decir es nuestro, genuinamente abulense, y por los abulenses célebre y engrandecido.

Aquí precisaría recordásemos uno de esos pasos de decadencia en que se ha visto en punto de hundirse la Nación—todas las naciones los han tenido—y que acaso fué la más triste de nuestras crisis. A la muerte de los Enriques, la dinastía de los Trastamaras llega a los lastimosos reinados de Juan II y del Impotente; el uno no supo ser rey, el otro ni hombre. Bastardos intereses, bajas intrigas, miserias, ambiciones, pandillaje, desdoro de la Corona: he aquí el fondo del cuadro. Avila, que vió el lujo del Condestable de Luna y la pobreza de un Soberano errante, desde Bonilla por el Val de Corneja; Avila, que vertió la preciada sangre de sus hijos en contiendas tan mezquinas, asqueada, sintió náuseas ante la indignidad de quien dejaba mancillar el tálamo por su favorito, voceaba la deshonra propia desheredando a la Beltraneja y empañaba el lustre del trono entre las impurezas de una Corte bizantina.

Y la ciudad de los leales, que lo fué y lo será siempre para quien se lo merezca, no supo doblar su cerviz ni ahogar el grito del corazón; antes se dispuso a darse el amo grande y noble que de cierto merecía. Quiero evocar, de una sola pincelada, en vuestra memoria un hecho curioso que cierra—a nuestro juicio—los tiempos medioevales. En el valle Amblés, a orillas del arroyo Grajas, por donde se junta con el Adaja, en la planicie que se

domina desde el Rastro, en la dehesa que correspondía al municipio, levantaron un cadalso de tablas. En Avila formose un grupo bullicioso seguido del popular, y al frente de todo, objeto de ludibrio y mofa, iba desgarrado pelele mal sostenido en su cabalgadura. Y se sentó al muñeco en el solio, allá en la dehesa, y se le juzgó y se le sentenció por incapaz y por nulo; arrancáronle la espada, el cetro y la corona, y a empujones se echó al lodo la efigie del cuarto de los Enriques, como se había arrojado al fango él mismo a fuerza de indignidades. La nobleza y el pueblo proclaman al Infante D. Alfonso que fué durante tres años para los abulenses Alfonso XII, como sostenía el laboriosísimo Foronda, y que al morir—se dice que envenenado con una trucha—deja su puesto a Doña Isabel. He aquí los «precedentes de un glorioso reinado».

Y todo el de los Católicos Monarcas halla la base en Avila y en su tierra. Por aquí nace la mujer insigne y se educa en la estrechez del retiro de su madre loca. En Avila recógese en Santa Ana, cuando viene a recibir el cadáver del hermano, traído de un pueblo próximo. En Avila oye el aplauso general y las súplicas de los nobles para que se pusiese frente a D. Enrique. Aquí la prudencia de aquella princesa preclara rechazó semejantes proposiciones para mientras viviese el Rey legítimo, pero reservándose todos sus derechos por si faltase. De aquí partió hacia el monasterio de Guisando, al límite de la provincia, para aquellas vistas donde se decide la marcha de un porvenir que se veía próximo. En Madrigal prepáranse las bodas de Castilla y Aragón. En las cortes celebradas en el mismo punto, y con la creación de la Santa Hermandad, se afirman las paces y el orden. De Avila salen los mejores guerreros de los que pelean contra el portugués en Toro. De Madrigal se encamina a la frontera la embajada que torció el rumbo de nuestra Historia, al convenir los enlaces del joven D. Juan y de la Infanta Doña Juana con los hijos de Maximiliano. De Avila se sacaron, a la vez, los combatientes para luchas con Boabdil y el primer Arzobispo de la metrópoli granadina. En Avila hicieron residencia D. Fernando y su ilustre coyunge a los dominicos, donde platicaron largamente con Torquemada sobre la Inquisición, y en el cual convento se fraguan, tras lo del niño de la Guardia, la expulsión y las persecuciones de los hebreos. En el hastial de aquella iglesia pone el cariño familiar las estatuas de Santa Catalina Mártir, de Santa Catalina de Sena, la de San Juan Bautista y la de San Juan, «el águila de Patmos». Y dentro, en soberbio sepulcro, depositan, trayéndolos de Salamanca, los restos del hijo, a cuya muerte y traslado enlutóse Avila, vistiendo márraga tosquísima, con la tristeza de ver



roto el bello curso del desenvolvimiento de la vida de los pueblos peninsulares.

Y el siglo XVI, el siglo por excelencia de España, por serlo de Castilla, el más a propósito para el análisis de las notas típicas de nuestro temperamento, período culminar, en el que llenábamos el primer papel en el teatro del mundo; aquel siglo pertenece a Avila que simboliza y guía a toda la patria y que guarda las esencias raciales, mejor que El Escorial, donde el pueblo no rodea a la Corte; mejor que el universitario solar alcalaino, que por serlo de la Ciencia toma algo de mundial en sus tonos, y mejor aún que la propia Toledo, donde mordió tan hondo el movimiento renaciente venido de fuera. Aquí, no. Avila es la enjundia del país, el foco de las tradiciones, el alma de un españolismo o castellanismo algo rudo, pero franco y leal; intransigente, pero grande hasta tocar en lo sublime. En Avila fueron las sesiones de la Santa Junta, cuando el movimiento de las Comunidades, en el que tuvo actuaciones que siento no sea este el momento de exponer. En la Catedral de Avila se redactaron los capítulos de aquél escrito, que ha sido llamado por algunos *la primera de nuestras constituciones*, e hijos de Avila se pusieron en camino para llevárselos a Carlos, emperador y rey.

Simultáneamente, los moriscos y los cristianos labran y roturan todo lo aprovechable hasta en los últimos rincones de la Paramera. Rebaños innúmeros pasan los puertos en busca de pastos, según las temporadas. En multitud de telares se preparan los paños de que se surten las demás provincias. Y en punto a Artes Bellas, se erigen multitud de templos, que tornan nuestra ciudad en *Roma la Chica*, y un ciento de casas-palacios para próceres linajudos y valerosos caballeros. Por lo que toca a la Pintura, ocupan el puesto preferente, en sus días, los retablos de la Catedral y de los dominicos. Los escultores más insignes dejan aquí sus mejores obras: Alessando Fancelli, el sarcófago del Príncipe heredero de los Monarcas Católicos; Vasco de la Zarza, la maravillosa efigie del Tostado, y luego vienen otros portentos debidos a Lucas Giraldo, a Villoldo o a Juan de Frias, Lloreynte «adobó» los con razón célebres púlpitos de la Iglesia Catedral. Juan Rodríguez y Nicolás Cornielis hacen para esta última una magnífica sillería de coro. Luego debe agregarse el trabajo de vidrieros como Alberto y Nicolás de Olanda, que saben convertir la luz en un torrente de rubies, granates, topacios, esmeraldas y amatistas; de rejeros que baten el recio metal y le retuercen a su gusto, como si fuese blanda cera; de bordadores, de iluminadores, de imagineros... Los plateros y los orfebres la-



bran y construyen primores, como los de aquella custodia, la primera y acaso la más bella de Juan de Arphe, a quien se comparó, por un poeta, con Vulcano, el divino forjador del Olimpo helénico...

Nuestro gran músico Luis de Victoria, emula y aún vence en ocasiones, allá en la Corte de los Pontífices, al gran Palestrina. La lengua castellana y las letras subieron a su vez a elevadísimo punto, en las plumas de los gigantes de la mística. Los canonistas trabajan junto con los teólogos.

Y aún se llegó a una mayor grandeza en lo religioso y en lo político durante los días de Felipe II. Entonces, de tierras de Avila procedía aquel D. Sancho, *el Rayo de la Guerra*, el mejor de los soldados de Italia, de Portugal y de Flandes. De tierra abulense fué el hombre simbolo nacional, execrado y maldecido por aquellos a quienes humillaba con los repetidos golpes de sus victorias: el Duque de Alba. En tierras abulenses salieron al mundo San Juan de la Cruz y San Pedro de Alcántara, reformadores abrasados en el amor a Cristo. Y Avila aún se reconoce en aquella su incomparable hija, la gran Teresa de Jesús, cuya existencia se redujo toda a formar falanges de luchadores que peleasen por la fe y a consumirse en los delirios y visiones místicas, durante las cuales se le abrían de par en par las puertas del Cielo.

Y esta Avila religiosa y heroica, laboriosa y artista, pero siempre, y sobre todo, española por castellana, si era una y la misma en la capital y en las aldeas que de ella dependían, en el agricultor, en el traficante, en el fraile y en el sacerdote, halla su expresión más acabada en la clase dirigente, en la nobleza.

ABELARDO MERINO ALVAREZ

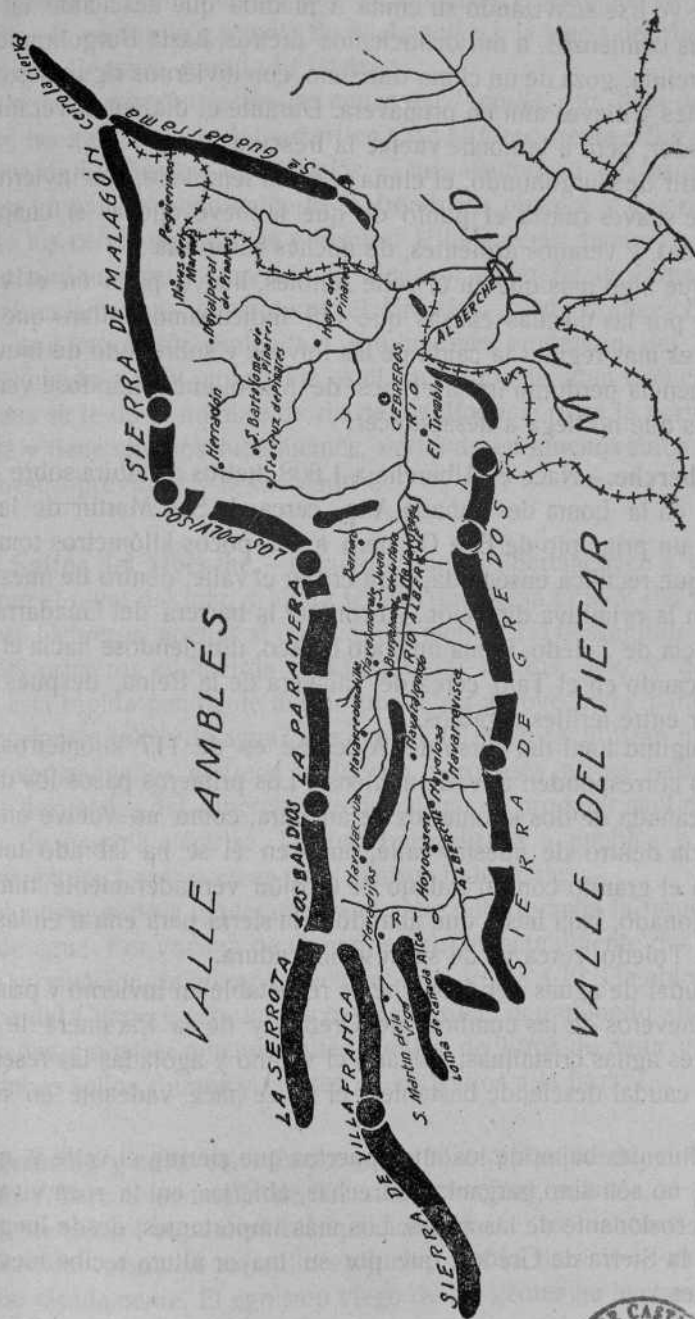
## El Valle del Alberche

**Sus límites.**—Está el valle del Alberche emplazado en el centro mismo de la región serrana de nuestra provincia y tiene por límites: al N., la cadena Central, con sus sierras de Malagón, Cuerda de los Polvisos, la Paramera, los Baldíos y las primeras elevaciones de la Serrota; al E., los cerros de Cadalso y Cencientos, que pertenecen al Guadarrama; al S., la cadena de Gredos en su primera mitad, y al O., collados transversales que enlazan la Cadena Central con la Meridional y, de los cuales, el más importante es la Loma de Cañada Alta. La dirección del valle, dentro de la provincia, es de E. a O., y en él pueden distinguirse claramente dos tramos, que le dividen en valle Alto y valle Bajo del Alberche.

**El relieve.**—De las cadenas principales se desprenden constantemente contrafuertes que llegan hasta el centro del valle en forma laberíntica, quebrando el suelo de tal manera, que, según un geógrafo, no le cuadra bien el nombre de valle a estas tierras regadas por el Alberche, pues no se encuentran en él más que gargantas escabrosas, sin llano alguno. Los pequeños espacios semillanos que suelen aparecer entre los cerros—llamados *navas* por las gentes—en nada modifican la fisonomía salvaje y abrupta del valle.

Visto éste desde las altas cumbres de la Paramera o de Gredos, da la sensación de un valle profundo, como si un hundimiento geológico le hubiera engendrado. Y, sin embargo, su altura media sobre el nivel del mar no sobrepasa los ochocientos metros. Lo que ocurre es que las sierras que le encuadran, con su pico del Zapatero y su Cumbre Alta a más de dos mil metros, proyectan sobre el valle del Alberche una profundidad que en realidad no tiene.

**El clima.**—Resguardado por las altas sierras que le limitan, el valle del



Croquis del Valle del Alberche.



Alberche ve irse suavizando su clima a medida que descende la altitud. Desde sus comienzos, a mil ochocientos metros, hasta Burgohondo, ochocientos treinta, goza de un clima durísimo, con inviernos rigurosos, heladas persistentes y nieves aún en primavera. Durante el día, en el verano, el sol es abrasador; pero a la noche vuelve la frescura.

A partir de Burgohondo, el clima se torna templado, con inviernos relativamente suaves (hasta el punto de que la nieve apenas si cuaja en la hondonada), y veranos ardientes, de noches calurosas.

Aunque algo más que en el valle Amblés, llueve poco en el valle del Alberche por las mismas causas que allí indicábamos. Claro que en las cumbres es más regular la caída de las lluvias, y sobre todo de nieves, que con frecuencia perduran hasta el mes de Mayo, encontrándose ventisqueros en los que no llega a desaparecer.

**El Alberche.**—Nace el Alberche a 1.808 metros de altura sobre el nivel del mar, en la Loma de Cañada Alta, cerca de San Martín de la Vega. Corre en un principio de E. a O.; pero a los pocos kilómetros toma la de N. a S., que rectifica enseguida, para cruzar el valle, dentro de nuestra provincia, en la primitiva dirección. Al romper la barrera del Guadarrama, en la provincia de Toledo, forma un codo brusco, dirigiéndose hacia el S. O. y desembocando en el Tajo cerca de Talavera de la Reina, después de discurrir por entre fértiles regadíos.

La longitud total del curso del Alberche es de 117 kilómetros, de los cuales 96 corresponden al valle abulense. Los primeros pasos los da el río por una cañada de dos kilómetros de anchura, como no vuelve otra vez a encontrarla dentro de nuestro valle, pues en él se ha labrado un cauce hondo en el granito con un trabajo de erosión verdaderamente titánico. Y así, encajonado, baja hasta que abandona la sierra para entrar en las tierras llanas de Toledo, cerca ya de su desembocadura.

El caudal de aguas del Alberche es respetable en invierno y primavera, pues los neveros de las cumbres de Gredos y de la Paramera le envían abundantes aguas cristalinas; llegado el verano y agotadas las reservas de nieve, su caudal descende bastante y el río se hace vadeable en algunos sitios.

Los afluentes bajan de los altos puertos que cierran el valle y, como el Alberche, no son sino gargantas estrechas, abiertas en la roca viva por el esfuerzo erosionante de las aguas. Los más importantes, desde luego, proceden de la Sierra de Gredos, que por su mayor altura recibe nieves más abundantes.

Del puerto de Menga afluye por la izquierda la garganta de *la Nava*; los Baldíos le envían la garganta de *la Anguila*, y la sierra de Malagón, el arroyo de *la Gaznata*, pasado El Barraco.

Por la orilla derecha recibe las aguas del *Piquillo*, que baja del puerto del Pico; las gargantas de *Navarrevisca* y de *Mijares*, frente a Burgohondo; y ya cerca de El Tiemblo, el *Hiruelas*, el más caudaloso de los afluentes, que riega un valle risueño cubierto de frondosos pinares, y que recoge las aguas de los cerros de Casillas y Escusa. Ultimamente, cuando ya se dispone a abandonar nuestra provincia, llega al Alberche la garganta de la *Yedra*, abundante en aguas como el *Hiruelas*, y cuyo vallecico muestra también una vegetación espléndida. Río también feudatario del Alberche por la izquierda y muy importante es el río *Cofío*, de gran cuenca. En sus comienzos se le da el nombre de río de los *Molinos*; riega la parte oriental del valle y tiene algunos subafluentes, sirviendo en muchos sitios de límite entre nuestra provincia y la de Madrid.

**Los Saltos del Alberche.**—Recuerda que el Alberche nace a 1.808 metros sobre el nivel del mar; y ahora te diré que hacia el final del valle, por tierras de Cebreros, apenas si corre a 600 metros. Ha descendido por tanto en sus 96 primeros kilómetros cerca de 1.200 metros. ¿No te das cuenta de que esta rápida pendiente del río puede ser aprovechada para establecer importantes saltos de agua? Las gentes del valle la utilizan malamente para mover pequeños molinos harineros; pero esto no es bastante. Los grandes desniveles del Alberche pueden llegar a producir cantidades fantásticas de energía eléctrica, la cual, transportada a pueblos y ciudades cercanas, puede llegar a crear ricos centros industriales.

Ya ha empezado a explotarse en el valle del Alberche la riqueza de sus saltos de agua. Por encima de Cebreros existen actualmente dos pantanos para la producción de energía eléctrica; uno, frente a El Tiemblo, llamado «Charco del Cura», y otro un poco más arriba, denominado «Burguillo», que pueden embalsar muchos miles y miles de litros de agua y producir entre ambos saltos cientos y cientos de kilovatios a la hora.

**Vegetación y cultivos.**—Causa pena contemplar desde el fondo del valle del Alberche las faldas de las sierras vecinas, peladas, al aire y a la luz hiriente del sol sus calvas blanquecinas. Hasta las manchas verdes de los piornales —manchas amarillas en Junio, con la floración— van desapareciendo rápidamente. El egoísmo ciego de las gentes ha hecho desapare-



cer, a golpes de hacha, bosques de pinos, de robles, de encinas, que indudablemente debieron cubrir en otros tiempos toda la cuenca del Alberche, susceptible de pinar, aunque se diga lo contrario, como lo dice claramente el extenso pinar de Hoyocasero, en la parte alta del valle. Quedan nombres aquí, que son testigos de la riqueza destruida. Santa Cruz de Pinares, San Bartolomé de Pinares, etc., no merecerían hoy con justicia tales apelativos. Y en el «Libro de montería del rey Alfonso XI», comentando una cacería, se habla con encomio de los montes existentes en El Tiemblo, en Navaluenga y en BurgoHondo, buenos montes de oso en invierno y en verano, y en los cuales tardaron unos cinco días en dar caza a uno de estos animales a causa de la espesura.

Alta política para el valle sería repoblar sus sierras, devolviéndolas el bosque talado. Con ello ganarían mucho los mismos pastizales, que hoy comparten, con los piornales y calveros, el dominio de estas sierras; pues las lluvias se detendrían en ellas más, irrigándolas convenientemente.

Exceptuando la parte del Bajo Alberche, donde aún quedan, en valles secundarios, como el del Hiruelas, pinares riquísimos, la vegetación arbórea del valle—alisos, álamos, nogales—hay que buscarla hacia el fondo, en las gargantas. Junto a ellas se encuentran también cultivos de patatas en el Alto Alberche. Hacia BurgoHondo estos cultivos hortícolas se hacen más intensos y variados, apareciendo los frutales de gran producción; melocotoneros y albaricoqueros, perales, manzanos, etc. Ya también los viñedos trepan por los cerros abruptos y aparece, hacia El Tiemblo, y aún antes, el almendro, la higuera y el olivo. Este da origen a la industria de la extracción del aceite, la cual, con la fabricación de vinos y alcoholes, son las únicas que merecen citarse.

Otro grave pecado ha sido el afán inmoderado de roturar los cerros y laderas de tomillares para dedicarlas al cultivo de cereales—centeno únicamente—cuando es tan mala la calidad de las tierras y tan superficial la capa laborable que no llegan casi nunca a dejar beneficio alguno. Acaso el ganado lanar, utilizando aquellos pastos, hubiera dado más rendimiento.

Porque la riqueza principal del valle es la ganadería. Las gargantas, al encontrar la nava, originan praderas de jugosos pastos para el ganado vacuno; y en las tierras pobres en aguas los pastos secos mantienen muchos centenares de cabezas de ganado lanar y cabrío. Los pueblos del valle del Alberche son pues esencialmente ganaderos; pero tienen también esta riqueza en estado de abandono, pues no cuidan de mejorar las vacas mediante una selección inteligente, ni la producción de leche, que es abundante, está regularizada ni industrializada.



El Alberche y las gargantas del valle alto crían ricas truchas y peces de regular tamaño y fino sabor.

**La población.**—Como es lógico, el valle del Alberche está poco poblado, ya que el terreno abrupto reduce al mínimo la extensión cultivable. Pero la población no está dispersa, como en el valle Amblés, en infinitas aldehuelas próximas entre sí, sino que se aglomera en pueblos de mayor vecindario, algo distantes unos de otros. Los pueblos buscan la corriente del agua—la garganta, el río—y casi siempre la nava; de ahí todos los que comienzan con esta palabra. Mas como la nava es la tierra laborable o productiva, junto a ella las casas trepan por los cerros circundantes, como en los Nacimientos. Casas de piedra sin labrar, sin otra argamasa que el barro pajizo, con sus cimientos en la roca viva; y aún algunas utilizando para sus muros los enormes peñascos rodados en otros tiempos. El corral, aquí donde el terreno edificable es tan escaso, considérase un artículo de lujo y muy pocas viviendas pueden ufanarse de tenerle.

Son pueblos dignos de mención: *Burgohondo*, centro importante de comunicaciones, antigua Abadía y señorío de las Ordenes Militares, con viñedos y huertas que producen melocotones y judías de justa fama; *Navaluenga*, a orillas del Alberche, entre huertas y viñedos; *El Barraco*—Berraco antiguamente debido a la existencia en el pueblo de una escultura céltica de este animal—; *El Tiemblo*, rodeado de hermosas huertas y extensos pinares, y en cuyo término municipal están los famosos toros de Guisando; *las Navas del Marqués* y *Navalperal de Pinares* son estaciones de ferrocarril y lugares de veraneo; *Cebreros*, capitalidad del partido judicial de su nombre, en la margen izquierda del Alberche, rodeado de viñedos y olivares, con industria de alcoholes y aceite y activo comercio de vinos. El nombre de Cebreros le viene sin duda de la cabra montés, que antaño se corría hasta estos sitios, y a la cual las gentes conocían con el nombre de *cebra*. Posee una hermosa iglesia parroquial de estilo Renacimiento, del siglo XVI y principios del XVII, construida, según se cree, siguiendo planos del arquitecto Herrera, autor de los del Escorial.

**Comunicaciones.**—Parecería natural, dada la situación del valle del Alberche y su emplazamiento, que no abundasen en él las comunicaciones; y nada de esto ocurre, pues creo que no queda pueblo sin carretera. El ferrocarril de Madrid a Irún toca en su límite oriental, siendo utilizado por escasos pueblos del valle. En cambio le atraviesa en toda su longitud, fal-

deando la Cadena Central, la carretera de Cebreros a la Venta del Obispo. En este punto enlaza con la que va de Avila a Arenas de San Pedro por los puertos de Menga y del Pico. Hacia el centro del valle le cruza perpendicularmente la carretera de Avila a Casavieja, la cual sube desde Burgo-hondo al puerto de Mijares, enlazando el valle del Alberche— como la anterior— con los de Amblés y del Tiétar. En la parte baja del valle también es cruzado perpendicularmente por la carretera de Avila al Sotillo de la Adrada, es decir, otra carretera que enlaza los valles antes dichos. Con el valle del Corneja se comunica el del Alberche por una carretera que aprovecha el puerto de Chia, y con el del Tormes por otra que, partiendo de la del puerto del Pico, pasa a Navarredonda por la depresión de la Loma de Cañada Alta.

## RONDA EN BURGOHONDO

Los altos valles de Gredos son un venero inagotable de estampas costumbristas, de folklore de pura raigambre montañesa.

Enrocada en la aspereza de los barrancos, la tradición vive intensamente. Murallones graníticos defienden a los pueblos contra esa ola de europeísmo que uniforma las regiones, haciéndolas perder su personalidad.

Por libros y revistas ruedan constantemente aguafuertes o acuarelas, llenas de vida y de color. Tipos de Amblés, del Tiétar y del Tormes; mercados del Barco, de Avila y de Piedrahita; bailes de Guisando, de Arenas; canciones de Candeleda y del Barco; poéticas leyendas, milagreras e ingenuas, lindos romances de clásico decir...

\* \* \*

Valle serrano el del Alberche. Más que valle, garganta; hondonadas y cerros. Bravos arroyos y navas eglógicas. Pocas navas, mezquinas navas. Nava, la lengua; estrecha y florida de frutales a lo largo del Alberche, río abajo, pasado Burgohondo. Nava, la redondilla; circo breve, tapizado del verde de los pastizales, al abrigo paternal del Zapatero. Nava, la quesera; que nos habla de los pastores, y de las majadas, y de los romances de lobos. Nava del endrinal, y nava del moral y nava del peral— espinares y huertos del valle acaso ya perdidos—.

Y hondonadas. Hoyo quesero, que evoca, como la nava, las antiguas

colonias de pastores. Burgohondo, es decir, aldea en la hondonada, al abrigo del cierzo y de cara al solano. Hoy ha dejado de ser burgo, pero sigue en la hondonada, frente a las brechas que hacen más fácil el paso hacia las tierras bajas de Toledo. Una iglesia medioeval—iglesia y castillo con sus cubos y sus aspilleras—avizorando, en el camino, la sierra, desdentada por el puerto de Mijares. Una antigua abadía que dió a los comuneros algún abad conspirador.

Burgohondo. Cruces de Mayo, rondós y vaquilla de San Sebastián, seguidillas serranas, romances de jueves santo; tradición. ¿Y el encanto inolvidable de sus rondas?

Guitarras y bandurrias golpean con la alegría de sus notas el pandero tenso de la noche. Y adquieren extrañas resonancias los golpes metálicos del calderillo, que debió nacer a la vida musical en las zambras pastoriles de estos oteros.

No es fácil arte pulsar el calderillo; por eso escasean los virtuosos. Su mago es «Garabato». «Garabato», fuerte, alto, erguido, como una hastial: —¿qué irónico ingenio le colgó el remoquete?— «Garabato» entrega el alma a su instrumento. Echada a un lado la cabeza, entreabierta la boca, atento el oído, balanceando el cuerpo al compás de las guitarras, «Garabato» es eso sencillamente: el artista del calderillo.

\* \* \*

Aquí está la ronda. Vino del brazo de los luceros y se ha metido, garbosa, por las callejas del pueblo. Trae—sonajeros bulliciosos—estribillos y coplas que dicen del amor y de la primavera:

Ero, ero,  
la flor del romero;  
ero, ero,  
que por ti me muero...

Pasa la ronda. Llama a las ventanas, que tiemblan como corazones desnudos, con galantes requiebros:

Tienes una cintura  
delgada y lisa,  
que parece la vara  
de la justicia.

Vienen del Alberche los ecos de la ronda del río. El río ronda a la luna llena, pálida enamorada sobre el balcón de Gredos. La seguidilla es suave

y mimosa; dice cosas poéticas. Y el calderillo se duerme en un repicoteo quedísimo, todo desmayo y caricia. Pero luego estalla la jota, ágil, saltarina, Ruedan alocadas por las calles las coplas alegres, apasionadas, dinámicas...

Y se va la ronda. Se va del brazo de los luceros, como vino. La luna, desde el balcón de Gredos, se ha ido ceremoniosa, patio azul adelante, a decir «buenas noches» al padre Zapatero...

QUILIANO BLANCO

## LOS TOROS DE GUI SANDO

«A lo largo de la Cordillera Central o Carpetovetónica, divisoria de las cuencas de los ríos Duero y Tajo, en las provincias de Madrid y Avila, Salamanca y Zamora, tierras ricas en ganados y pastos, se descubren grupos o alineaciones de estatuas de granito, rudamente talladas, que representan animales, toros y jabalíes y cerdos machos, los llamados vulgarmente *berracos*. En esas mismas tierras se descubren las ruinas de antiguos poblados, que comienzan ya a estudiarse metódicamente. El estudio de estos poblados, de las necrópolis próximas y del ajuar encontrado en viviendas y sepulturas permite ya, al parecer, hablar de una cultura característica e interesante, «la cultura del pueblo de los berracos».

Los castros o poblados son ya numerosos; pero el más estudiado es el de *Las Cogotas*, en el término de Cardenosa, de la provincia de Avila. El castro de *Las Cogotas* se compone de dos recintos amurallados: uno alto, o acrópolis, y otro bajo, para el ganado. Los muros son de estructura semejante a la de otros campos fortificados de Francia y de la Europa Central; y fuera de muros aparece una ancha zona sembrada de cantos picudos, enhiestos en el suelo, como en las Marchenas de Salamanca; recurso estratégico para impedir que el enemigo pudiese llegar rápidamente al castro.

Si las defensas, la arquitectura militar, imponen por su grandeza, las casas, la arquitectura civil, es extremadamente pobre y débil.

Se ha explorado también en *Las Cogotas* una necrópolis; y se han encontrado también allí berracos, pero lejos de la necrópolis, con la que no guardan ninguna relación. Por esto se defiende ahora que, originariamente, esas estatuas de animales no tuvieron un fin funerario, sino mágico; eran las divinidades protectoras de los rebaños; a lo que no se opone el que

mucho despues, ya en la época romana, se las utilizase como estelas funerarias y se grabasen en ellas inscripciones latinas.

Las armas y utensilios, así como la cerámica, encontrados en castros y necrópolis, plantean diversos problemas cronológicos y étnicos. La hipótesis actual, que nuevos descubrimientos podrán afirmar o rebatir, es que el pueblo creador de esta escultura corresponde a la Edad de Hierro, al final de la época de Nallstatt, y a la época de La Tene; y procedía del Centro de Europa. Sería la primera invasión celta demostrada por la Arqueología, y a la que ya alude Avieno en su Periplo, invasión que hubo de producirse en el siglo VI antes de J. C. (1)

\* \* \*

Siguiendo el camino que desde El Tiemblo, o desde Cebreros, va al valle del Tiétar por el puerto humilde de Navahondilla, encontrará el viajero al pie del cerro de Guisando (en el que comienza la sierra de Gredos) cuatro o cinco colosales esculturas de berracos célticos. Están las esculturas, unas de pie, tiradas otras; y aunque la erosión que han sufrido, por estar siempre a la intemperie, las ha convertido en masas un poco informes, se advierten claramente las formas del berraco en ellas. La gente los creyó toros, y a este lugar le denominaron *los toros de Guisando*.

Los berracos en este sitio hacen suponer la existencia de algún castro o poblado céltico por los contornos que, cubiertos antaño de extensos bosques, debieron albergar una densa población ganadera.

Había antiguamente junto a los toros de Guisando—paso fácil para Extremadura a los ganados del Guadarrama—una venta donde tuvo lugar un hecho histórico de enorme transcendencia en los destinos de España. Verás...

\* \* \*

Reinaba en Castilla Enrique IV, llamado *el Impotente*, hombre débil de cuerpo y de carácter, sin voluntad ni energía para hacer frente al estado anárquico y de insubordinación en que se encontraba la nobleza, la cual llegó hasta obligarle a renunciar el trono en favor de su hermano D. Alfonso, renuncia que anulaba poco después.

No querían los nobles castellanos que heredase el trono de Castilla D.<sup>a</sup> Juana, la única hija de Enrique IV, porque, dando oídos al clamor popular, no la tenían por hija del rey, sino de su favorito D. Beltrán de la

(1) Pedro Aguado: Compendio de Historia de España.—Tomo I.



Cueva; por cuya razón llamaban despectivamente «la Beltraneja» a Doña Juana.

Así las cosas, murió D. Alfonso; y entonces los castellanos ofrecieron la corona a la otra hermana del rey, D.<sup>a</sup> Isabel, que fué luego la gloriosa Reina Católica. No quiso D.<sup>a</sup> Isabel atropellar los derechos de su hermano y aceptó el ofrecimiento de la nobleza a condición de que ella no reinaria mientras el Rey, su hermano, viviese; a lo cual se avinieron los nobles. Y un buen día, después de jurar los caballeros castellanos como heredera de Asturias a D.<sup>a</sup> Isabel en la Catedral de Avila, salió de la ciudad, en dirección al puerto de la Paramera, lucida cabalgata de nobles y eclesiásticos que daban escolta a D.<sup>a</sup> Isabel. Descendieron al Alberche y llegaron al lugar de los *toros de Guisando*, en cuya venta esperaban los emisarios de D. Enrique. Allí el Maestre D. Juan de Pacheco exigió a todos los reunidos juramento a favor de D.<sup>a</sup> Isabel, como heredera legítima de Castilla, juramento que fué prestado por los emisarios en su propio nombre y en el del rey castellano; quedando a la vez Avila y otras ciudades para la princesa. Enrique IV, el rey tímido y sin voluntad, suscribía en Guisando su propia deshonra, cuando despojaba a su hija, «la Beltraneja», del derecho que tenía a ser reina legítima de Castilla; y preparaba, al mismo tiempo, el reinado de los Reyes Católicos, de gran trascendencia en los destinos de España.

## SERRANILLOS, PUEBLO SIN HOMBRES

Vamos subiendo de Navarrevisca a Serranillos por un sendero estrecho, pedregoso y difícil, de frente siempre la sierra de Gredos, que escalamos metro a metro a cada paso de las caballerías. A la derecha, el barranco profundo abre su garganta; detrás, muy abajo, una cinta de bruma, como un humillo ténue de invisibles chimeneas, señala el curso del Alberche, aprisionado entre los cerros.

Camina delante el mulo de la impedimenta con el aparato de cine, el gramófono, los discos, los libros de la biblioteca, hincando seguro sus cascos en las piedras. Atrás, rezagada, viene Margarita Andiano que, harta de gritar azorada a cada tropiezo de su asnillo, se ha echado al suelo y sube a pie, con paso menudo y rápido, como de perdiz ostigada. Rie y charla Margarita sin reposo, mientras Cernuda, el poeta, agarrado con ambas ma-



nos a la albarda de su jumento, mira la cumbre que se nos acerca y el barranco que se va haciendo más hondo. Debe ir meditando el poema de la profundidad.

Un arriero, que viene en dirección contraria a la nuestra, acabó con la alegría de Margarita Andiano. El arriero complicaba las dificultades de aquel caminar, ya harto difícil, por el estrecho y pedregoso sendero. Y se quedó parada, midiendo con medrosidad la hondura del barranco. Fué el del cruce un momento de emoción para todos; mas la mula del arriero se desvió hacia arriba del camino con la indiferencia y la seguridad de quien hace estas cosas a cada paso.

El arriero nos saludó con efusión simpática y nosotros volvimos a oír las risas y la charla de Margarita Andiano... Subíamos, subíamos, subíamos. La cumbre estaba ya allí, casi al alcance de la mano: a su lado, el boquerón de un puerto hacia más brava la cumbre. Y llegamos a Serranillos, más arriba de los mil metros, bastantes metros más arriba.

\* \* \*

¡Qué amable pueblo es Serranillos! Los chicos no se separan ya de nosotros; preguntan, rien, cantan. Preguntan con un tonillo que no es de aquí, de Castilla, y que nos recuerda acaso Extremadura. Cantan unas canciones que no se oyen abajo, en el valle del Alberche, ni al otro lado, en el valle del Tormes. Como todas las canciones de estas sierras, las de Serranillos tienen reminiscencias galáicas; son canciones de montaña, para dejarse oír en la montaña.

A la noche la escuela se ha llenado de mujeres, muchas mujeres; campechanas mujeres que a los pocos minutos charlan con nosotros sin descanso. Pero ¿y los hombres? ¿Dónde están, que no vienen a la misión, los hombres de Serranillos?

—A estas horas—como siempre—los hombres de Serranillos están en todos los caminos de España,

Nos lo ha dicho tío Pedro Jaras—«tío *Telanda*, como le llaman en media España»—, un hombre típico de Serranillos, campechano, locuaz, eternamente alegre, eternamente optimista. Hoy está aquí, en el pueblo, no sabe por qué; pero mañana estará en Sevilla comprando aceitunas, o en Valencia comprando naranjas. Y a los cuatro o cinco días le sabréis ya con sus aceitunas o con sus naranjas en Burgos, o en Santander, o en Vitoria, o en Pamplona. O bien en las ferias del Burgo, o en las de Valladolid,

o en las de Talavera, con su tienda ambulante—tienda bajo tienda de campaña, «rastros» y bazar, mitad y mitad...

\* \* \*

Caso absurdo el de Serranillos; absurdo e inconcebible. Conocido ya, a lo que parece, por la República y no enderezado aún por ella. ¡Serranillos no tiene término municipal!

—Las gallinas, si se alejan un poco de la última casa, ya escarban en tierra nuestra, pero extranjera—nos dice con mucho gracejo una mujer que aspira la *jota* al hablar.

No le quiere dar tierras, dicen, «la Villa» del Barranco, que está al otro lado de Serranillos, según se baja al Tormes. Las dehesas de allí, los montes de allí repasan la sierra y entran casi hasta la plaza de Serranillos. Estas dehesas son comunes a los dos pueblos. Por ellas paga gabelas Serranillos. Las administran ambos pueblos, pero no quiere la Villa deshacer el proindiviso y dar a Serranillos en exclusiva propiedad estas tierras que le lindan. Por el otro lado el término de Navarrevisca se acerca al pueblo. ¡Caso absurdo e inconcebible el de Serranillos!

Y el pueblo, sin culpa por su parte, arroja a los hombres de su regazo, les empuja al nomadismo para que puedan vivir. Una mula ¡y a ganarse la vida! No puede darle otros medios; y ésta será la herencia para los hijos. La mula es tesoro precioso para las familias de Serranillos.

Con su mula cargada de aceitunas del Barranco o de pimiento de Candeleda, acaso con una simple carga de ramos de laurel, saldrán un buen día los hombres de Serranillos, recorrerán todos los caminos, dormirán en infinitas posadas, habrán voceado en cien pueblos y muchas ciudades; y a los dos meses, o a los tres, o a los cuatro, tornarán al pueblo, ahorradas unas pesetas, para volver a los caminos al día siguiente. Y, a pesar de todo, estos hombres siempre están alegres, siempre optimistas, siempre locuaces.

Serranillos esparce hombres por los caminos de España. Solo tres veces al año los caminos de España vienen a converger en Serranillos. Será en la Pascua de Navidad, o en los Carnavales, o en la función del pueblo, que es en Septiembre. Entonces todos los hombres de Serranillos están en Serranillos. Son días de alegría intensa, ruidosa; quieren en unas horas gastar sin tregua el cariño a su pueblo. Y cantan hasta enronquecer; y bailan hasta agotarse...

Al día siguiente les espera la vida errante por los pueblos españoles,

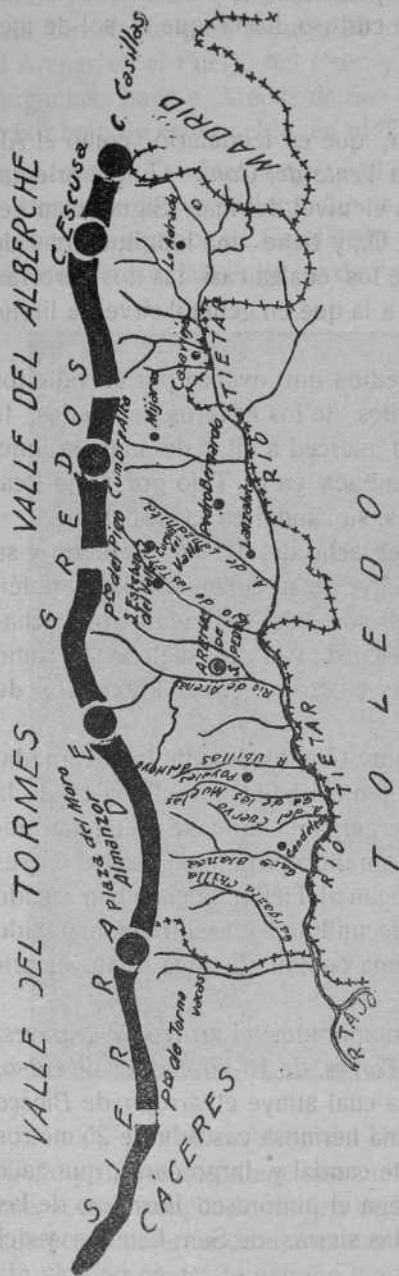


## El Valle del Tiétar

**Los límites.**—Valle pintoresco este valle del Tiétar. Y valle también el más rico de la provincia cuya parte meridional ocupa lindando ya con las tierras de Toledo y de Cáceres. Valle abierto, a diferencia de los otros valles serranos; pues se continúa por su parte occidental, hasta bien entrada la provincia de Cáceres, con el nombre de *la Vera*. Tiene al E. como límite un collado transversal que enlaza las peñas de Cadalso (Guadarrama) con el cerro de Guisando (Gredos); y por el S. unos cerros de escasa elevación que se alzan ya en la provincia de Toledo; únicamente por el N. la inmensa mole de la sierra de Gredos le cierra el horizonte en toda la longitud de 72 kilómetros que tiene el valle en nuestra provincia, siempre en la dirección de E. a O.

**El relieve.**—Ofrecen un contraste singular las dos vertientes del valle; pues mientras la de la sierra de Gredos es rápida, sin grandes complicaciones, pero también terriblemente profunda, la del mediodía, por tierras de Toledo, está hecha de colinas humildes, de ondulaciones sin carácter. Sin embargo el relieve del valle del Tiétar no tiene la simplicidad del valle Amblés, aunque tampoco la complejidad laberíntica de su vecino, el del Alberche.

La sierra de Gredos parece tener prisa en llegar al Tiétar; y baja con una verticalidad a veces desconcertante. Lo cual no quiere decir que, a trechos, deje de lanzar Gredos hacia el fondo del valle espolones y contrafuertes enormes entre los cuales suelen quedar aprisionados valles secundarios, algunos, —como el llamado *Barranco de las cinco Villas*,— de un encanto singular por la belleza de sus paisajes y la benignidad de su clima. La tierra llana, en las márgenes del río, viene a tener una anchura de cinco kilómetros por término medio.



Croquis del Valle del Tietar

**El clima.**—La situación del valle del Tietar es excepcional con relación a la de los otros valles de la provincia. Al cobijo de los vientos del N. merced a la barrera gigantesca de Gredos, abierto por otro lado francamente a las influencias de los vientos africanos y más cerca de la influencia de los vientos marinos, que llegan aquí por las brechas que abre el Tajo para llegar al Atlántico, su clima es templado, del tal manera, que escritores y viajeros convienen en dar a este valle el título de *Andalucía de Avila*.

A esta benignidad contribuye también una caída más abundante de lluvias; porque los vientos del Atlántico, entrando en el valle a lo largo del curso del Tajo, condensan su humedad en las altas cumbres de Gredos modificando, dulcificando el clima, que, pocos kilómetros más allá, —al otro lado de la sierra,— es ya duro y frío. Por eso el contraste, indefectiblemente destacado en las impresiones de los viajeros que visitan este valle, de la convivencia, dentro del marco de un mismo paisaje, de la nieve y de las flores; nieve arriba, a los 2.000 y más metros que alcanzan las cumbres del macizo de Gredos; y flores abajo, en el valle, cuyas partes más hondas suelen tener unos cuatrocientos metros sobre el nivel del mar.

Por las causas ya expresadas, la lluvia, —nieve en las cumbres,— es aquí más regular y abundante que en las otras regiones de la provincia; y



las nieblas durante el invierno quedan prendidas con frecuencia en las barranqueras ofreciendo un espectáculo curioso, hasta que el sol de mediodía las pone en fuga.

**El Tiétar y sus afluentes.**—El Tiétar, que es feudatario, como el Alberche, del Tajo, nace en el Puerto de la *Venta del Cojo*, —límite oriental del valle— a 740 metros de altura sobre el nivel del mar. Sigue, como el valle, una dirección dominante de E. a O.; y tiene una longitud total de curso próxima a los 150 kilómetros, de los cuales casi las dos terceras partes corresponden a nuestra provincia, a la que en general sirve de límite con la de Toledo.

Escaso de caudal en principio, a medida que avanza por el valle los innumerables arroyos serranos, procedentes de los neveros de Gredos, le rinden el tributo de sus aguas, creciendo merced a ellos de manera que, cuando después de regar *la Vera* desemboca en el Tajo por Villa Real de San Carlos en la provincia de Cáceres, su caudal es ya respetable.

Contra lo que le ocurre al Alberche, el lecho del Tiétar es abierto y su corriente bastante mansa por el poco declive de su curso. Gracias también a estas circunstancias las aguas del Tiétar son más fácilmente aprovechables para el riego de la vega por donde discurre, y la cual suele tener, como decíamos antes, una anchura media de cuatro a cinco kilómetros de llanada.

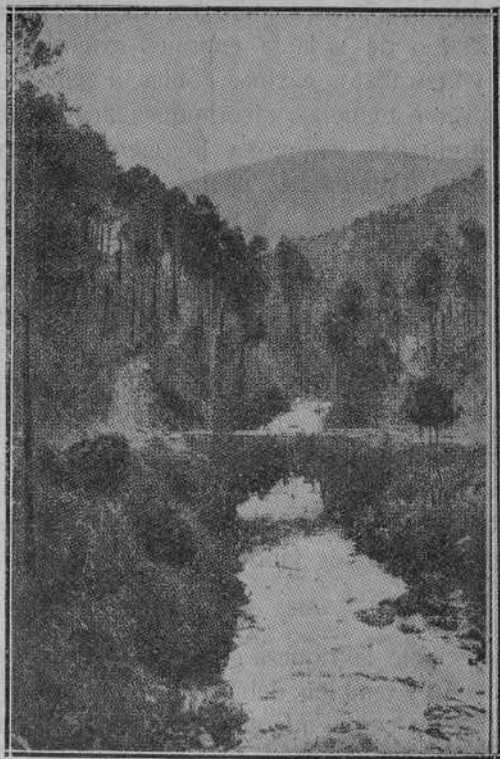
La abundancia de nieves que caen sobre Gredos durante la invernada, la mayor cantidad de lluvias que precipitan las faldas meridionales de la sierra, dan origen a infinitos arroyuelos y gargantas que se precipitan rápidamente hacia el valle con estruendo, labrando profundos lechos en sus rocas graníticas. Cuando estos arroyos llegan al Tiétar, muchos han regado vallecicos secundarios de gran belleza y fecundidad y casi todos han sido aprovechados para poner en marcha alguna central eléctrica o mover primitivos molinos harineros.

De entre estos afluentes merecen ser nombrados: el arroyo *Piedralaves*, que baña este pueblo; la garganta de *las Torres*, de 15 kilómetros de curso, que nace en el puerto de Mijares, y a la cual afluye el arroyo de *Blasco Chico*, con las chorreras de su nombre, una hermosa cascada de 25 metros de altura; el *Ramacastañas*, de abundante caudal y largo curso, que nace en la alta brecha del puerto del Pico y riega el pintoresco Barranco de las cinco Villas, barranco aprisionado por las sierras de San Esteban y del Arenal.



El río *Arenal* o *Arenas*, que más allá vierte al Tiétar, es su afluente más importante, pues alcanza 22 kilómetros de curso y regular caudal. Nace el *Arenas* en el Puerto del Peón y, luego de recibir las aguas de algunas gargantas, baña a *Arenas de San Pedro* desembocando, ocho kilómetros más abajo de este pueblo, en el Tiétar.

Cerca de *Candeleda* recibe el Tiétar en corto trecho varios arroyuelos y gargantas de escasa importancia, pero que, como dice un escritor, «enriquecen los campos de *Candeleda* y los cubren de huertas y pimentales, de olivares y naranjales que les dan aspecto pintoresco y alegre en contraste



Paisaje del Valle del Tiétar

con los secos eriales inmediatos. Por último, y dentro también del término municipal de *Candeleda*, llega al Tiétar el río *Alardos*, sirviendo de límite entre nuestra provincia y la de *Cáceres*.

Por la izquierda no recibe el Tiétar afluente digno de mención.

**La vegetación y los cultivos.**—El clima suave del valle del Tiétar y sus abundantes caudales de agua determinan conjuntamente su vegetación. Transcribimos aquí unas palabras que sintetizan admirablemente aquella vegetación, vista por un andariego a través de los campos del valle. Dicen así: «El valle famoso, ri-

Tiétar, jugosas, fecundas, alegres, plenas de vegetación y dulzura, acariciadas por la sombra de castaños y nogales y perfumadas con la flor del naranjo.

Desde los líquenes de los veneros hasta la roja flor del granado; desde el pino a la encina; desde las verdes praderas a los olivares pardos; del almendro al viñedo; del trigo a los pimentales; toda la variedad de producciones hay en este valle encantador. >

Distinguese, pues, dos zonas de vegetación en el valle del Tiétar; la zona ártica de las altas cumbres de Gredos, casi siempre nevadas, con vegetación embrionaria de musgos y líquenes; sigue luego una vegetación más complicada de matorrales (piornos, jaras, tomillos), e inmediatamente, los pinos cubriendo todo a lo largo de la falda enormes extensiones y alternando con los pinos, ya faldas abajo, encinas, robles, nogales, castaños; viñedos más al fondo, olivares, higueras, alcornocos, huertas feraces; y allí, entre los cultivos hortícolas, naranjos y limoneros y frutales variados. En dirección hacia la Vera, pimentales, campos de tabaco y de algodón.

**La industria y el comercio.**—Producciones agrícolas tan variadas dan lugar a un activo comercio de exportación, que se verá favorecido cuando el ferrocarril en construcción dé fácil salida a los productos.

En cuanto a la industria, es activa la derivada de los productos vegetales; fabricación de aceites y jabones, vino y alcoholes, pimienta molida, elaboración de mieles, pues se explotan las colmenas aunque no con la intensidad que permite la abundante flora melífera del valle. Hay también serrerías mecánicas y fábricas de resina y sus derivados. En Pedro Bernardo, y en algún otro pueblo, telares primitivos fabrican mantas de lana, de fácil venta en los mercados de la provincia.

**La ganadería.**—No es despreciable la riqueza ganadera del valle del Tiétar abundando el ganado vacuno y también, debido al tipo especial de vegetación, el ganado cabrío y el de cerda, que en los montes de encina encuentra abundante montanera.

**Los pueblos.**—La abundancia de recursos naturales aglomera en este valle una población más crecida que en el resto de la provincia. Los pueblos, al abrigo de la alta sierra, junto a los arroyos claros y saltarines, son los más grandes que se conocen; aquí, lindando ya con la Vera, *Candeleda*, el mayor de Avila, con más de 5.000 habitantes, en medio de campos de

olivos, naranjos, tabaco, pimentales y algodón; *Arenas de San Pedro*, en un valle donde toda la vegetación antes enumerada triunfa espléndidamente, pasa de 4.000 habitantes y posee un magnífico castillo roquero que perteneció a D. Alvaro de Luna y un antiguo palacio del Infante D. Luis Antonio de Borbón, ambos en ruinas; *Casavieja* (más de 3.000 habitantes) enlace de comunicaciones con Avila, Talavera de la Reina, la Vera de Plasencia y Madrid. En el Barranco de las cinco Villas, otro valle secundario donde la vegetación es enorme, *Mombeltrán*, la villa de los blasones y del castillo roquero de su nombre, y *San Esteban del Valle*, rodeado de cam-



Una calle de Piedralaves

pos de gran belleza. Mas allá de *Pedro Bernardo*, *Piedralaves*, conocido con el poético nombre de «la flor del Tiétar», tiene numerosa colonia veraniega y lujosos y confortables hoteles; y por último, *Sotillo de la Adrada* (2.700 habitantes) entre pinares extensos, con serrerías mecánicas, vinos excelentes y fábricas de aguarrás y colofonia.

**Comunicaciones.**—Está en construcción un ferrocarril que partiendo de Madrid va a lo largo de este valle y de la Vera para enlazar con el de Plasencia, llegando ya las obras hasta bien mediado el valle del Tiétar; pero con tal lentitud se procede que, de no cambiar de rumbo, aún pasarán muchos años hasta que el sueño del valle se convierta en realidad. Y

es lástima que esto ocurra, porque las riquezas del valle y su belleza natural, dignas de un turismo más activo, lo están demandando con urgencia.

Las comunicaciones del valle del Tiétar con el resto de la provincia han quedado ya señaladas en los valles anteriores. A lo largo de éste va la carretera de Villa del Prado a Arenas de San Pedro, a la que llega en la entrada del valle otra que viene de Madrid a San Martín de Valdeiglesias. Con tierras de Toledo se comunica por la carretera de Candeleda a Oropesa, y las de Arenas de San Pedro y Casavieja a Talavera de la Reina.

## CONTRASTES EN LOS VALLES DE GREDOS

El alba está lejos todavía cuando el automóvil abandona la sombra del ábside de la Catedral.

En el silencio de una gran luna blanca, Avila duerme su sueño como de siglos, guardada por la tropa de los táticos torreones, firmes, erectos. Aprisa corre el carruaje y rezonga fuerte, como buen hijo de nuestra era jactanciosa. Un poco más, y Avila ya se ha perdido en la lejanía.

Entonces sobreviene esa vaga nerviosidad de la espera del día, que nos obliga a consultar veinte veces el horizonte por ver la melancólica ascensión del alba. ¿Qué ganaremos con que llegue la luz? Cuando el día amanece, vamos cruzando la región más desolada de España, donde las piedras ocupan el sitio de los árboles, donde la altura ventosa y el suelo arenoso ahuyentan las hierbas más miserables. El día, pues, nos saluda en plena Paramera de Avila, pobre país cuyos pobladores merecían la cruz del mérito cívico.

La nieve blanquea en lo alto. Frio, soledad, un viento gruñe y azota por los barrancales. El puerto del Pico está a la vista. Con un postrer empuje el automóvil ha ganado la cuesta y se halla, en fin, en la cumbre... ¡Pare un poco! ¡Deténgase! ¡Un momento, conductor!...

¿De qué misteriosa hondura tiene formada la Naturaleza su arca de los secretos? Creíamos estar curtidos y salvos al choque de las sorpresas, y una grande, estupefacta admiración, era casi imposible. No era cierto, porque ahora nuestra alma se estremece, toda trémula, ante ese cambio inaudito de decoración.

Maestra en escenografía es la Naturaleza, que sabe utilizar los recursos efectistas y los contrastes; pero un contraste como éste, ¿en dónde lo buscaríamos, tan brusco, tan sensacional e inesperado?

El viaje lunático y la desolación dantesca de los páramos de Avila se

han convertido en un cuadro fértil, luminoso, jocundo, sin más que recorrer el tránsito de unos pocos metros. Es a la manera de los cuentos de hadas. O como en los prodigios de la electricidad, que basta mover un botón para que la sombra se transforme en luz radiante.

La luz más vital y alegre nos saluda, nos inunda todo el sér y regocija nuestra alma. Es, además, luz de aurora en un cielo limpio de Abril. Y para agravar el efecto, la nieve de la noche de Gredos rie encima de nosotros con una risa de rosa virgen. El espacio se agranda infinitamente delante de los ojos estupefactos para una imitación de apoteosis. ¡El cielo y la tierra están cantando a gloria!

¡Que lejos se distinguen las montañas y los pueblos! Por allí azulea la tierra de Guadalupe; allí dibujan su larga línea muelle los montes de Toledo; e inmediatamente, en la próxima profundidad del cuadro, he ahí el país de magia, preliminar de la fecunda Vera. Hacia esa profundidad maravillosa corre el automovil por una carretera que soslaya y evita de milagro el ingente precipicio. A medida que las revueltas de la vía se hunden en el valle, los ojos ven admirados que el clima, la vegetación, la luz y el tono de las cosas han cambiado como en un escamoteo.

Es un tránsito tan brusco y tan radical, que estamos dispuestos a creer en la magia. Parece también que nos hubieran transportado, en un vuelo, a otra nación. Hace pocos minutos vivíamos en un país de pesadilla, frio, gris, desolado; ahora estamos en una tierra tibia y morena, que recuerda el campo de Tarragona. Pero no; es poco todavía. Necesitaríamos buscar la comparación en los bellos y armoniosos paisajes de la Italia central.

Los altos y graciosos pinos, más graciosos que los mismos del Mediterráneo, forman bosques densos que el sol naciente abriga. Las vides y los olivos se juntan a los numerosos castaños de talla verdaderamente gigantesca. Prados de un verde idílico rezuman agua de nieve, corriente en arroyos innumerables. Los brezos enormes, como esponjosas floraciones, unen su blancura a la de los árboles frutales todos en flor. Los grupos de cerezos componen sinfonías inefables. Frescos helechos crecen bajo cálidos olivos... Y esta increíble promiscuidad de vegetaciones dispares, esta milagrosa convivencia de la planta del Norte y de la del Mediodía (como en el Paraíso vivían juntas y en paz todas las plantas), hace de los valles de Gredos la cosa definitivamente sin igual.

Los pueblos contribuyen entre tanto a la obra de belleza con su aire original y pintoresco. Techos de teja morena; paredes de ladrillo, trabado con listones de madera; muros enjalbegados. Así pasa Cuevas entre los



cerezos en flor. Así llega Mombeltrán con su numeroso caserío y su castillo de torres almenadas.

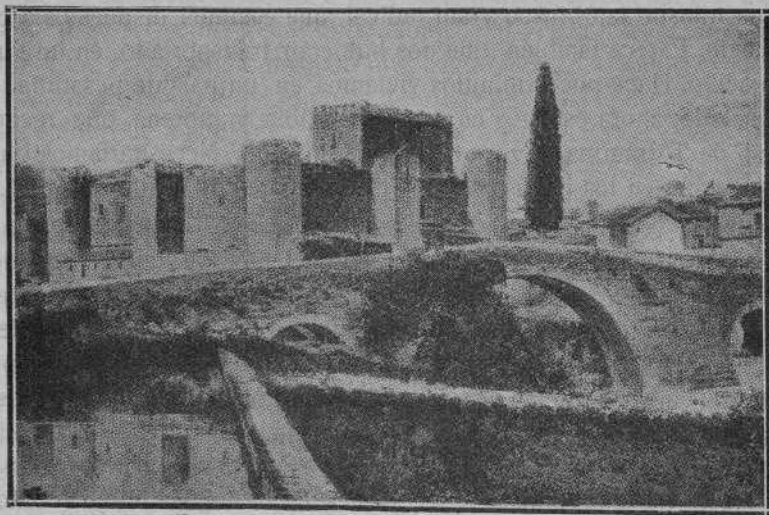
Y después, más hondo todavía, el terreno arrecia su frondosidad hasta convertirse en un arrebato de verdores calientes, que el sol de Abril y la frescura de las aguas rodantes hacen brillar con tonos lujuriosos.

Llegamos, por último, a Arenas de San Pedro.

JOSÉ M.<sup>a</sup> SALAVERRÍA

## EL CASTILLO DE ARENAS

Se alza este castillo de D. Alvaro de Luna en un extremo del pueblo. Es más triste y más bello a la caída de la tarde, recortándose en el cielo teñido de rosa en la puesta del sol. La soledad de sus ruinas y sus yedras solo se ve turbada por la bandada de palomas torcaces que en él anidan y por las augustas cigüeñas que coronan sus muros mutilados y rotos por la acción del tiempo.



Castillo de D. Alvaro de Luna en Arenas

Contemplado desde la calle de la Triste Condesa, se destaca su silueta arabesca llena de majestad y de poesía, pregonando sus torreones la condición feudal de sus señoriales moradores de antaño.



Tiene sus cimientos de roca viva y sus muros de granito con sus cortinas almeadas y cubos salientes, aspillerados para mejor vigilancia.

Cuenta la historia que allá por el año 1393 Enrique III, «el Doliente», concedió a Arenas de San Pedro el Real Privilegio de Villazgo.

Posteriormente, en 1395, la nueva Villa fué ofrendada, amén de otros varios señoríos, a Ruy Lope Dávalos, en premio a los servicios políticos y militares prestados a su monarca.

En los años siguientes el «buen Condestable» edificó el castillo que hoy se admira, fortaleza concluida en 1423, según testimonio original que se conserva en el archivo de la casa de Pastrana.

La muerte de Enrique III inició la decadencia de Dávalos y con ella el desarrollo de envidias y pasioncillas cortesanas. Juan II sucedió a su padre, siendo proclamado rey en Toledo por el propio Condestable y ofreciendo el cargo de tutor al infante D. Fernando, hermano de Enrique, puesto que el rey contaba solamente dos años de edad.

Varios cortesanos, entre los que se encontraba D. Alvaro de Luna, acusaron a Ruy Lope Dávalos de conspirar contra el rey, siendo por ello condenado a la pérdida de todas sus haciendas, títulos y honores.

El noble infante D. Fernando de Antequera, compadecido de su infortunio, le dió cariñoso amparo, hasta que el 6 de enero de 1428 en la ciudad de Valencia finaba sus días el desgraciado Condestable.

Del Señorío de Arenas quedó dueño entonces el segundo Conde de Benavente, así como del castillo, «tanto de lo alto, como de lo bajo, entrando y saliendo en las torres y palacios de dicha casa, castillo e fortaleza..., e después tomando y continuando la dicha posesión de todo lo susodicho e de cada casa e parte de ello, que se asentaba y se asentó en su poyo que es la plaza pública de esta villa donde solian librar los otros alcaldes pleitos que así solian ser; e libró pleitos de los que ante él quisieron venir.»

Poco tiempo después la hija del Conde, D.<sup>a</sup> Juana de Pimentel, recibió en dote el poético Castillo al contraer matrimonio con D. Alvaro de Luna.

Y dicen que ambos esposos visitaron varias veces este feudo y habitaron su fortaleza en los venturosos años de su privanza real.

Cambiaron los tiempos. Los sucesos históricos dieron en tierra con muchas ambiciones y desenfrenos.

La tragedia que puso fin a D. Alvaro de Luna hizo que su viuda y sus hijos viviesen largas temporadas en este Castillo, más triste aún desde que en él se refugiaron las tocas de la viudez de «La Triste Condesa».

Y por último en 1.508 entraba en posesión de este señorío de Arenas D. Diego Hurtado de Mendoza y Luna, duque del Infantado, disfrutándole tan ilustre casa hasta el siglo pasado.

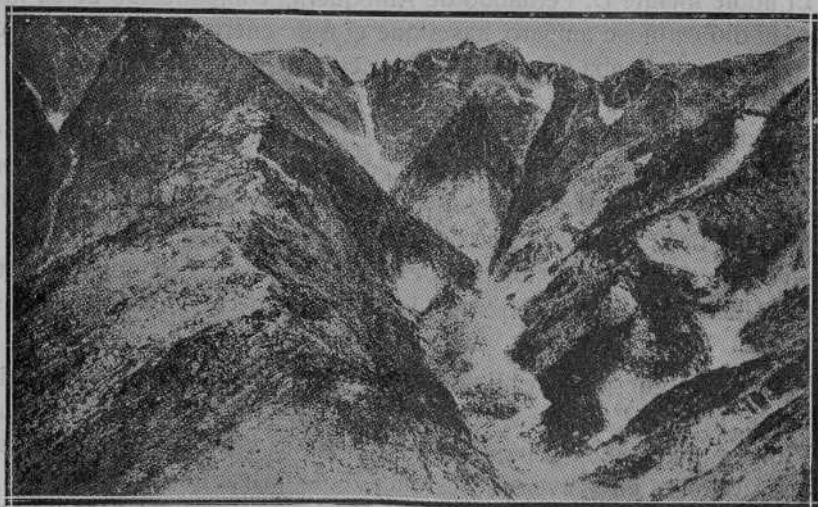
Hoy es propiedad de la Villa de Arenas, merced debida a D. Manuel de Toledo, duque de Pastrana, heredero del duque del Infantado.

De su pasada grandeza no queda ya nada. Silencioso y triste, como un mero panteón, diríase que tras sus muros de granito la pálida y triste condesa, heroína de la edad romántica, llora su infortunio ante el descuido cruel de los hombres.

ABELARDO G. RIVERA.

## CHILLA Y SU LEYENDA

Adentrarse por el alma florida de Castilla; dejar a un lado la sombra guerrera del castillo con sus almenas desdentadas por la glotonería del tiempo, mientras las ganchudas cigüeñas reflejan sus nostalgias en el espa-



Garganta de Chilla

cio del río Cuevas, y la sombra del bastardo Alvaro de Luna parece reen-  
carnar en cualquiera de esos mendigos que aventan su miseria en las esca-  
linatas de la cruz del «mentidero». Buscar la carretera zigzagueante que

se entosca en las laderas y va trepando por el valle, salvando los torrentes del Pelayo, al amparo de los pinares en los que tejen sus marañas jaras y madroñeras; mientras cabecean las copas esmeraldas de las coníferas y surge la cadena, refulgente, puntiaguda, del Puerto del Peón, que se alimenta de nubes y añil; quedando a la espalda del peregrino Arenas de San Pedro, el valle del Tiétar al fondo, y seguir trepando hasta la Cantina de «Miguelillo», en la que bruscamente se apagan las fulguraciones detonantes del paisaje, para trocarse en pedregales cenicientos hasta las cercanías de Poyales del Hoyo, en que vuelve a desfilar ante la retina curiosa del viajero la película ubérrima de los robledales, los prados verdiocres y el llano de los pimentales en que arde el fruto como rubies sangrientos. Todo es poco, si al final de esta primera parte de la excursión, surge Candeleda.

En las callejas murmuran las linfas turbias de los regatos; picotean las aves de corral en salvaje libertad y las candeledanas treznan, cual deliciosas arañas, el encaje de la más excelsa fantasía, acompañándose de la música de los palillos al repicotear sobre la almohada. Los guiños áureos de las cerámicas que exornan los encalados portales quiebran sus luces con los besos del sol.

Estas mozas, pícaras en el mirar vivo y en la risa subyugante, envueltas por el abrazo suave del pañolillo de «sandía», son las que se acercan hasta la ermita de Chilla a calmar sus almas en los milagros que de ella dimanan...

El santuario, asentado a modo de cortijillo frente a las estribaciones gredeñas, guarda en su interior una imagen—Nuestra Señora de Chilla—de mediana talla y rostro infantil.

Al decir de la leyenda, toma su nombre de un suceso escabroso que le ocurrió a un pastor que vigilaba su piara junto a las gargantas del río Muelas.

El pastor andaba enamoriscado de la mujer de un compañero a la que no parecían desagradarle los chicoleos del galán rústico, quien, seguro del triunfo, aprestaba el cerco amoroso con tantas promesas y fuego en las palabras, que ella, rendida al fin, no tuvo otro remedio que conceder la solicitada entrevista.

En la mañana del día fijado para ella, a la puerta del chozo del amante afortunado surgió la figura del marido, que iba dispuesto a jugárselo todo...

Los romances aseguran que éstas fueron sus palabras: —«Tú no andas bien del «caletre», y esos ahogos del corazón te mueven a jugarme una

acción poco *crestiana* y a ponerme en el trance de que, *juegándonos la vía*, dejemos a los muchachinos sin *ande caerse muertos*.

«Yo vengo a proponerte, puesto que ninguno habíamos de ceder, que sea esta *monea* la que decida el que ha de quedar vivo para su bien o infierno».

«Pide al capricho *de los dineros*, que ahora mismo salen *revoloteando* con priesa pa el aire, que te protejan, pues, tan pronto como rode por el suelo, habemos de probarle uno de los dos con las entrañas mordías de un navajazo y de seguro voy a ser yo quien te suprima esas ideas tan tiznaas porque la *vilgen* que ha *labrao* mi faca en la cayaa no me abandona».

Y la divinidad de los cielos quiso favorecer al ofendido, concediéndole la gracia de acertar en el empeño.

Calló el galán, lívido; su faz tornóse amarillenta; la gran pasión de su alma le inducía a aferrarse a la existencia con gritos de fiera.

La brisa del puerto traía alientos gélidos de agonía para el alma; pero había que ser fuerte y cumplir la palabra. Tiró la zamarra; rasgó de un zapazo la camisa y mostrando el sitio en que residía aquella maldita viscera que creaba unos pensamientos tan feroces como los mismos lobos, le indujo a herir sin piedad en ella.

Su rival no vaciló un instante; levantó el brazo con rabia, y al descargar el golpe se encontró de pronto paralizado, sin fuerzas. De lo alto de la umbria, como si las sierras gimiesen con voz de trueno, partían lamentos, gritos de dolor ultraterreno.

Despavoridos, miraron hacia arriba y vieron abrirse una nube, toda roja, y sobre ella la misma imagen tosca de la garrota, que lloraba lágrimas de sangre, dejando escapar de su garganta sollozos como chillidos.

Fué entonces cuando, arrepentidos de sus culpas, fundidos en apretado abrazo de perdón, conminaron a la aparición con sus fervores de piedad a derramar sus dones y a cesar en su condolencia, bajo la promesa de construirle una gruta y dedicarla el resto de sus días en justa penitencia.

Y bajo la advocación de Nuestra Señora de Chilla se hizo una ermita; el tiempo y la fe se han encargado de difundir las excelencias saludables religiosas que de ella proceden.

JUAN DE GREDOS.

(DE «ESTAMPA»).

## EL SASTRE «PERI-CASCA»

La Villa de Arenas de San Pedro es una verdadera capital de las quince o veinte aldeas más próximas y de algunas otras villas a causa del fuerte castillo, con su puente sobre el Ricuevas, llave de las comunicaciones de la región, y del convento de San Pedro de Alcántara, situado entre El Hornillo y Arenas. Hace cincuenta años toda la gente de Arenas se vestía a la antigua, y hasta hace ocho años, que murió el sastre «Peri-casca», la gente labradora y trajinante del distrito que capitaliza Arenas vistió lo mismo



Traje típico del Valle del Tietar

gracias a «Peri-casca». Era éste de origen italiano. Sus antecesores vinieron a España a pelear contra la invasión napoleónica y, terminada la guerra, quedaron establecidos en Puebla de Montalbán. Bisnieto de uno de aquéllos fué Pedro Salvador y Reina, que llevaba digna y graciosamente el mote de «Peri-casca». Aquellos italianos eran sastres de oficio, del que vivieron cuando reinó la paz, y sastres han sido sus descendientes. En Arenas abundaron los apellidos italianos por haberse establecido en la villa al construir el soberbio palacio, que hoy es propiedad de D. José Rodríguez Morcón, el infante D. Luis, hermano de Carlos III. De la huerta del palacio proceden los magníficos frutales que

hasta hace poco han constituido una especie de privilegio de los huertos de Arenas y los pueblecitos circundantes. Las manzanas del Arenal son famosas.

La sastrería de «Peri-casca» era a veces de puro estilo XVII, haciendo ropillas, calzones cortos, polainas y anguarinas. Era deciochesco en las capas, en los dormanés y en las derivaciones de éstos, que terminaron en la chaqueta y aun en una forma de americanas.



Durante su larga vida de cerca de setenta años, «Peri-casca» fué un ornamento de la vida local: inteligente, fino, exquisito conservador, su incansable y bondadosa movilidad lo llevaba, con sus alforjillas al hombro, por todos los interesantes vericuetos, que verdaderos caminos no existían entonces, a servir a sus parroquianos en el propio domicilio de éstos. No entró en el uso romántico de la barba, y un pulcro y continuo rasuramiento hacia de él un tipo de las Cortes de Cádiz o poco posterior. Era la pura efigie de Martínez de la Rosa, y siempre fué digno de este recuerdo por la compostura social y artística con que vivió y murió, no obstante su afición al vinillo de la tierra, que le hacía más locuaz, más servicial y más simpático que tal vez lo hubiese sido sin tal poderoso estimulante.

En tres grandes festividades congregábase en Arenas el gentío de sus intermediaciones; pero en la principal de todas, o sea en la de San Pedro de Alcántara que es el 19 de Octubre, no obstante la rápida caracterización de los tipos locales, continuará durante mucho tiempo ofreciéndonos un gran interés histórico, social y artístico. La víspera del día del santo llegan los gaiteros y dulzaineros, y es cuando empieza la animación, pues en el baile de la plaza ya se encuentran las candeledanas, las guisandas y arenalas, etc. Muchos hacen el viaje directamente al santuario, y después van a Arenas a pasar los días de fiestas. Los vecinos de Candeleda, Poyales del Hoyo, Guisando, El Hornillo, El Arenal, La Parra, Pedro Bernardo, Lanzahita, Hontanares y Ramacastañas; los del Barranco de Avila, Mombeltrán, San Esteban del Valle, Villarejo, Las Cuevas y Santa Cruz, y algunos pueblos contiguos de la provincia de Toledo, como Montes Claros, Navalcán, Parrillas, etc., acuden a hacer sus transacciones de ganado, frutos, aperos de labranza, telas, sombreros de rocador de la industria de Pedro Bernardo, cacharrería del Puente del Arzobispo y de Talavera, dando ocasión al más pintoresco y pueblerino de los concursos.

Casi toda la gente antigua luce en esta romería trajes de la confección de «Peri-casca»; pero este insigne artista local no ha dejado sucesor, pues si bien sus hijos son sastres, ya ninguno quiso serlo de los trajes antiguos. «Peri-casca» se ha llevado el gran estilo de la indumentaria histórica en la región de Arenas de San Pedro. En forma parecida va extinguiéndose la indumentaria antigua en todas partes.

FRANCISCO ALCÁNTARA

# SAN ESTEBAN DEL VALLE

## UN PUEBLECITO SERRANO

San Esteban del Valle, recogido en una curva de huertos entre panoramas de montañas, retiene en su caserío la fuerza de su alma antigua. El atavio de sus gentes, la arquitectura original de sus viviendas, sus costumbres, todo está lo mismo hoy que en 1546, cuando en su iglesia de pórticos románicos, de piedra de sus canteras de granito, fué bautizado el hijo de María Blázquez y Pedro Herrero, con los nombres de Pedro Blázquez Villacastin, que tiene, tras una infancia de prodigios, una vida gloriosa, llegando a ser embajador de España, reinando Felipe II, en el Japón, donde fundó conventos en Meaco y en Nagasaki. El emperador Taicosama, temiendo sus dotes de predicador, lo condenó a martirio, llevándole con las manos atadas y a caballo por Osaka y Sonogi, hasta Nagasaki, donde lo lancearon, clavado en una cruz de cinco argollas. Fueron rescatados su cráneo y unas reliquias. Así aparece en la ermita de San Esteban del Valle, edificada sobre el solar de la casa que fué de sus padres. Y frente a su imagen de protomártir está, sellada en un vidrio de urna, y cubierta de un paño sagrado, «la santa cabeza» del misionero español. En torno de este santo, gloria del pueblo, todos los años, en el estío, el pueblecito montañés canta con volteos los azules frescos de las alboradas, dispara cohetes, prepara la plaza para correr vaquillas, y así que cae la tarde, el tamboril y la dulzaina, desde el balcón de la alcaldía, trenzan las parejas mozas con un aire arcaico que es el mismo aún a cuyo son bailaron los viejos. Pero la verdadera fiesta, la original, comienza al crepúsculo del día 7 de julio. Es una cabalgata sujeta a ritos tradicionales y dirigida por los dos mayordomos, elegidos cada año entre los señores que, a su destacado fervor, reúnen condiciones especiales de poetas rústicos, improvisadores de décimas y sonetos, pues la procesión de los caballistas, que tiene por objeto el pasear por todo el pueblo una estampa venerable del Santo, recibe el nombre de Vitor; es el festejo principal de las fiestas, y consiste en la recitación de esos versos por el mayordomo, que lleva el estandarte, y los vitores de todo el pueblo.

Cuando entramos en San Esteban del Valle, la plaza estaba en el apogeo de sus danzas. D. Licinio Morales, el alcalde actual, nos internó inmedia-

mente en los secretos de la preparación de la procesión de los caballistas. Y conocimos al mayordomo de la fiesta, en su propia vivienda, en el retiro de una especie de celda en que estaba componiendo los versos que iba a declamar ante todo el pueblo desde su caballo enjaezado. He aquí cómo se desenvolvió todo el tradicional y magnífico festejo de los caballistas, desde el comienzo del crepúsculo hasta las once de la noche.

## DE RONDA

Está D. Marino Sánchez y Sánchez, propietario de tierras de labrantío, mayordomo de San Pedro Bautista, componiendo versos. La estancia es de un poeta terruñero y místico. Un viejo arcón. Una mesa con tapete de felpa, y en la pared, colgado, el cetro de la mayordomía: una cruz con el Santo. En una artesa, las rosquillas, las castañas hervidas, toda la dulcería clásica popular, que la viejecita madre, enlutada y lenta, lleva y trae muy atareada.

D. Marino es alto, grueso, con una voz bien timbrada, muy a propósito para la recitación. Ha sido ya otras muchas veces mayordomo de la fiesta. Desde los quince años tiene gran pasión por dirigir a los caballistas y llevar el mando de los ritos en la noche de las hogueras y de los vítores en verso. Nos enseña carpetas viejecitas, donde, copiados de abuelos a hijos, se conservan los versos que han vibrado sobre la emoción popular en años pasados. D. Marino elige entre ellos algunos que habrá de recitar esta noche, entre los que él mismo está componiendo. Difícil es elegir entre tantos y tan pintorescos versos, pues el pueblo los conoce, en su mayoría, de memoria, y hay que buscarlos muy antiguos. He aquí uno elegido por nosotros entre los de más conmovedora escritura empalidecida por los años. Está dedicado a la Santa Cabeza:

A nuestra villa engalana  
un sol más resplandeciente  
que el que nos manda de Oriente  
la aurora de la mañana.

Una rosa, por lo ufana  
de Jericó nunca vista,  
a nadie extraña que insista  
y realce tal belleza,  
pues es la Santa Cabeza  
de nuestro Pedro Bautista.

Dejamos a D. Marino Sánchez y Sánchez componiendo nuevas estrofas para los vitores y salimos con el joven alcalde a recorrer las callecitas pinas, empedradas de guijón, que tienen nombres poéticos: calle de la Umbria, del Naranjillo, de la Desposada. El señor alcalde tiene una misión que le impone la fiesta: el ir velando por la prudencia de los mozos, aconsejándolos que no lleguen al estado de las reyertas, cuidando del buen orden en esta fecha en que la tradición misma glorifica, a la vez que el Santo mismo, al buen vino de la tierra, que tiene su principal fuente de riqueza en los olivares y viñedos.

La tradición fuerza a iluminar esa noche el alma moza con un vino endulzado de limón, que en unas tabernas características, de densa sombra estrellada por el candil de aceite, se bebe en unos tarros de barro tosco, rojo, que una vez vacíos se rompen tirándolos contra las piedras de la calle. Así como el interior de la ermita está denso de oro, caliente de cera acumulada, así el corazón y el entusiasmo moceril de este San Esteban del Valle, todo él de guitarristas románticos y galanes de raza. Pero no cometen imprudencia. Cogidos de los brazos como los marineros en tierra, ceñidas las frentes por la seda tibia de los pañuelos de las novias, que conservan perfumes del arca nupcial de las abuelas, estos mozos van cantando las típicas «toreras»: *La Vaquerita, Ponte niña el pañuelo, El torito negro...* Si acaso fuese a caerse alguno, todos le agarran en rueda y siguen cantando.

Ponte niña el pañuelo  
que no haga arrugas,  
que ya vienen al baile  
los que murmuran.  
Aquí, torito valiente,  
aquí, torito galán,  
que soy el de la otra tarde,  
acábame de matar;  
acábame de matar,  
que me tienes medio muerto,  
y luego me enterrarás  
con las flores de tu huerto.

Y como estas canciones típicas, así de románticas son las arquitecturas, los paisajes, las encrucijadas y las rejas. Hasta hace muy poco, el pueblo se iluminaba con aceite. Ahora hay electricidad; pero es casi lo mismo; sigue siendo la iluminación de aceite, pero en bombillas de cinco bujías. Y

esto está bien, porque el carácter del pueblo así lo requiere. Tan lo requiere que en las tabernas no ha entrado la electricidad, y se sigue viendo las negras siluetas de los que celebran el rito del vino, destacándose en la neblina dorada de los candiles. Las calles, en declive, tienden su oleaje de techumbres de un rojo oscuro; los balcones de madera tallada, como de puentes de bergantín o de goleta, llevan un cargamento de flores en tinajas de barro: desbordan de clavelitos rosa y de geranios encendidos de púrpura.

Van sueltos los cerdos negros entre las gallinas. Algunas casas son de piedra negra, negra de las resinas de inviernos innumerables. Otras, sobre la piedra, tienen un enjalbe nítido con adornos sencillos de bizcochada. De piedra de granito oscuro es la Casa Consistorial, en la plaza; letras latinas la indican de 1721. Su balcón es de hierros de estilo. Allí, José García Blázquez, alias el *Tenazas*, exprime toda la dulzura de su dulzaina, que parece contener el alma de las montañas que ponen un fondo a la plaza. Y la plaza gira en colores puros y ásperos, azules, morados, verdes, rosas, blancos, dando, a veces, la sensación de vestidos de papel de seda. Presa en las maderas tiernas de los tendidos con letreros de sol y sombra, la fuente, la vieja taza de piedra negra canta sus dos chorros de alegría de eternidad...

EMILIO FORNET.

(De «Estampa»).



## El Valle del Tormes

**Sus límites.**—Forma el valle del Tormes una línea recta con el del Alberche, del cual está separado por la Loma de Cañada Alta. Sus límites son: al N., las sierras de Villafranca y de la Horcajaña; al S., la sierra de Gredos, que finaliza en el extremo occidental del valle; al E., la loma que le separa del valle del Alberche y al O., estribaciones de la sierra de Gredos y de la de Béjar.

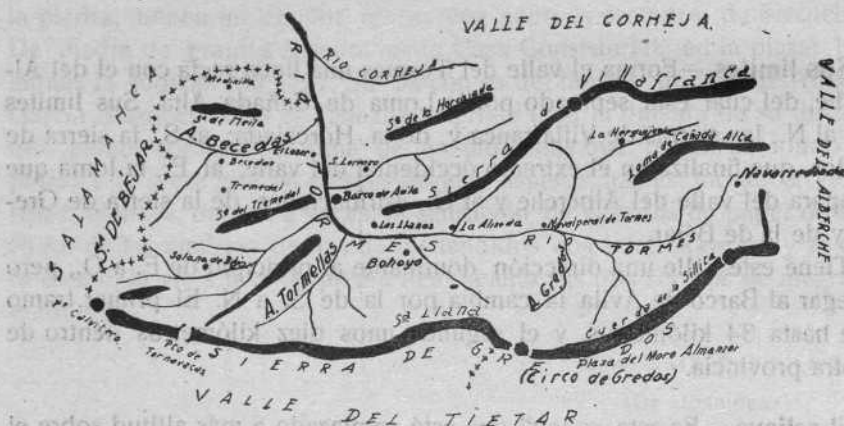
Tiene este valle una dirección dominante al principio de E. a O., pero al llegar al Barco de Avila la cambia por la de S. a N. El primer tramo tiene hasta 34 kilómetros, y el segundo unos diez kilómetros dentro de nuestra provincia.

**El relieve.**—Es este valle el que está emplazado a más altitud sobre el nivel del mar, pues oscila entre los mil y mil doscientos metros de altitud media. Es también el que tiene sus tierras más quebradas, a causa de los numerosos espolones y sierras secundarias que se desprenden de las cadenas montañosas principales. Hasta cerca de la Aliseda, es decir, en sus veinte primeros kilómetros, el valle no es valle en realidad, sino hõnda cañada bordeada de riscos graníticos. Pasada ya la Aliseda, el valle empieza a ensancharse, pero no mediante una llanura uniforme, sino formando navas más continuadas y extensas que las del Alberche, con cuyo valle tiene una gran semejanza de relieve, si bien aquí lo abrupto alcanza mayores proporciones.

**El clima.**—La altitud del valle nos da ya el módulo de su clima, y a la altitud aún hay que añadir la gran altura del macizo central de Gredos que, situado al mediodía del valle, proyecta sobre él la oscuridad de sus sombras. El clima por tanto es excesivamente frío, agudizándose en su primer

tramo, donde las nevadas son copiosas, persistentes las heladas y donde el aire del invierno, al pasar sobre los neveros de las cumbres, levanta el polvo fino de la nieve arrojándolo sobre los pueblos del valle y envolviéndolos en una niebla densa y cegadora, a cuyo fenómeno llaman las gentes del valle *volfarina*. La vegetación se detiene pasado Septiembre. Y muerta queda hasta la primavera bajo una costra de nieve y hielo.

Como el valle del Tiétar, tiene el del Tormes un régimen de lluvias más regular debido al hecho de dominar el valle las ingentes crestas del macizo de Gredos, en donde la condensación del vapor acuoso que llevan los vientos procedentes del Atlántico se realiza rápidamente. Bien es ver-



Croquis del Valle del Tormes

dad que, durante el invierno, por la altitud, las lluvias son nieves aquí, pero aún así influyen para que no sea ésta una región desierta. Si las precipitaciones acuosas no suavizaran algo la dureza del clima que le corresponde, la habitación humana se haría penosa en grado sumo.

**El río Tormes.**—El Tormes es el río más importante de todos los de la provincia de Avila tanto por la longitud de su curso como por el caudal de aguas que lleva al Duero, del que es feudatario. Las épocas de mayor caudal del Tormes corresponden al otoño y a la primavera; por la abundancia de lluvias en el otoño y el derretimiento de las nieves de las cumbres vecinas en la primavera.

Nace el Tormes pared por medio del Alberche, marchando en dirección contraria a la de este río. Tiene sus comienzos a unos 1.600 metros de altitud, cerca de Navarredonda de la Sierra, y encajonado entre cerros abrup-

tos lleva un curso tortuoso e indeciso. Así llega hasta cerca de la Aliseda donde la garganta empieza ya a querer ser valle.

La dirección de E. a O. que ha traído el río hasta Barco de Avila se cambia bruscamente por la de S. a N. que lleva hasta Salamanca; después de bañar esta ciudad se encamina con dirección NO. hacia la frontera portuguesa donde se entrega al Duero.

**Los afluentes del Tormes.**—Los afluentes que bajan al Tormes por ambas orillas no son más que gargantas de cauces angostos, por donde las aguas de los neveros se precipitan rápidamente con estruendo continuo de cascadas. Los más caudalosos descienden, como es natural, del macizo de Gredos que, según ya hemos dicho, mira al valle del Tormes. De este macizo baja primero la garganta de *Barbellido*, que duplica el caudal del Tormes; y después, el río *Gredos*, desaguadero directo de la Laguna Grande que recoge las aguas de todo el Circo de Gredos. A la garganta de Barbellido van también las aguas de las Cinco Lagunas, por mediación de su afluente la garganta del *Finar*. Algo más adelante recibe el Tormes la garganta de la *Aliseda* y el arroyo *Tormellas*, alimentados por ventisqueros perennes. El último río que va al Tormes desde la sierra de Gredos es el *Aravalle*, procedente del puerto de Tornavacas y que se entrega al Tormes a las puertas mismas de Barco de Avila. De las estribaciones de la sierra de Béjar, los ríos tributarios del Tormes no tienen importancia; por citar alguno, citaremos el *Becedas*, de escaso caudal, pero que riega un valle de gran belleza.

Las gargantas afluentes al Tormes por la derecha no aportan gran caudal de agua y solo merecen ser consignadas: la garganta de la *Herguijuela*, que recoge las aguas de varios arroyos, y el río *Caballeruelos* que corre entre las sierras de Villafranca y la Horcajada, formando un valle bastante amplio y feraz.

**Vegetación y cultivos.**—Hasta la Aliseda donde, como hemos visto, el valle del Tormes empieza a merecer este nombre, el aspecto es desolador. Musgos y líquenes en los neveros de Gredos; piornos y retamares más hacia abajo. Esta es la vegetación de las sierras que limitan el valle, sierras pobres, casi estériles donde no llega la acción beneficiosa del agua. Cuando la primavera con su sol caliente fecunda un tanto las entrañas frías de las navas serranas, el paisaje pasa de blanco a verde, pero de un verde intenso. Entonces las praderas se llenan de ganado vacuno, la gran riqueza del valle. Es un contraste encontrarse en medio de la pobreza de la vege-

tación característica del primer tramo del valle un pinar como el de Navarredonda.

Pero en su segundo tramo, a derecha e izquierda del río Tormes la campiña ahora fértil se cubre de bosquecillos de encinas, alisos y fresnos junto a las corrientes; y aparecen las huertas con árboles frutales y los cultivos hortícolas, principalmente el de judías, cuya fama se extiende por toda España con el nombre de *judías del Barco*.

Algunos valles secundarios, como los que recorren el Aravalle, el Tormellas, el Caballeruelos, etc., no desmerecen mucho de la parte central del valle del Tormes, pues tienen vegetación frondosa y cultivos eficientes.

**Las riquezas del valle.**—La riqueza mayor del valle del Tormes es la ganadería y ganaderos son casi todos sus pueblos. Fuera de las zonas regables, no muy abundantes como has visto, el terreno no permite cultivos de secano a no ser el del centeno; pero en cambio las zonas de pastizales son extensas y ofrecen a la explotación del ganado vacuno un amplio margen.

Ganado vacuno, lanar, frutas y hortalizas constituyen la riqueza del valle que no tiene industria alguna, a no ser la de fabricación de miel que ahora se inicia y que merece ser intensificada. Las truchas del Tormes son exquisitas.

**Los pueblos.**—Poca población en el valle del Tormes porque la naturaleza del suelo y clima no permiten otra cosa. Volvemos a encontrarnos los pueblecitos de corto vecindario, de humilde y pobre aspecto, de viviendas lóbregas y calles sin urbanizar; están unos cerca de otros, a lo largo de las gargantas o del río, junto a la nava, es decir, junto a la tierra laborable y hacen falta dos, tres o cuatro para constituir un Ayuntamiento.

En la parte superior del valle está *Navarredonda de la Sierra* con más de 1.000 habitantes, de clima frío pero saludable, con gran riqueza ganadera y celebradas ferias de este ganado. Mas abajo, junto al río, *Navalperal de Tormes* y la *Aliseda*, rodeados de huertas en las cuales la patata es su principal cultivo. Está luego *Böhoyo* (1.500 habitantes) y después *Barco de Avila*, capitalidad del valle y del partido judicial de su nombre, encantadora villa de unos 2.000 habitantes, centro del comercio de toda aquella región, con una iglesia de estilo gótico y un castillo roquero de los señores de Valdecorneja. La vida ciudadana en el Barco es quizá más intensa que en las demás cabezas de partido de la Provincia, acaso por su aislamiento en esta hoya profunda de la sierra. Parece una linda y dimi-

nuta ciudad que se empeña en oponer a los linajes guerreros de antaño linajes de universitarios y artistas.

En el valle secundario del Aravalle está *Solana de Bejar* entre otros; en el de Caballeruelos, *La Aldehuela* y *Santa María de los Caballeros* de poca importancia; y en el del Becedillas, está *Becedas*—el pueblo mas grande después de Barco de Avila—rodeado de huertas y frutales.

**Trajes típicos.**—Es muy raro encontrar ya en estos valles serranos los trajes típicos que en otros tiempos acusaban enseguida el pueblo del que



Trajes típicos barqueños

los vestía—El Losar, Junciana, La Carrera, etc.— De tarde en tarde, en las fiestas de los carnavales con preferencia, y en algunas solemnidades



locales, aún salen a la plaza hombres con su traje barqueño: sombrero de tres borlas, chaqueta corta de paño pardo y calzón de lo mismo, camisa de lino casero, medias de lana hilada en la rueca y zapato fuerte bajo: las mozas llevan manteos de ramales con cintas de seda alrededor, jubones con botonaduras de plata en la bocamanga, delantal negro con ribetes de seda y lentejuelas, rebocillo al cuello, una cinta de terciopelo en el moño, calcetas de lana y zapato bajo.

**Comunicaciones.**—La carretera que va desde el Barco al Puerto del Pico, donde enlaza con la de Avila a Arenas de San Pedro, comunica el valle del Tormes con los del Alberche y del Tiétar. Esta carretera va siguiendo el valle en la dirección del río.

Otra carretera pone el Barco de Avila en comunicación con Béjar, en la provincia de Salamanca.

Hay otra que del Barco va a Plasencia por el elevado puerto de Tornavacas—el último de la sierra de Gredos.

Y finalmente la carretera de Barco de Avila a Piedrahita comunica el valle del Tormes con el del Corneja y, a través de éste, con el valle Amblés.

Una extensa red de carreteras provinciales enlaza a los innumerados pueblos de este valle con el Barco de Avila, de manera que no hay pueblo al que le falte esta comunicación.

## DESDE LAS CUMBRES

### DEL TIÉTAR AL TORMES

Como dice la canción de los recueros, está la sierra «triste y oscura».

En las portillas de la vertiente Sur, por las hondas navas en que la piedra rompe y se hace camino casi humano—camino de bestias o para zagales con bestias—, asoman ya puntas de reses. En la vertiente Sur, aún abre el día con la mañana y cierra de tarde.

El Tiétar es mucho menos serrano que el Tormes. Busca el Tiétar en su origen lugares de sol, horizontes anchos, gentes claras... Es un río humilde que sabe ser humilde, y si su vagar sosegado no sugirió nunca a la mística un pretexto, como el Tormes, en trueque da fruto de miel y buen

trigo y buen forraje, y no le asalta el remordimiento de que fuera cuna de ningún ilustre pícaro.

Allá va el Tiétar caliente de paisaje, bondadoso de conducta.

Allá va el Tormes torturado, sombrío; cazurro erudito que todavía ignora si le hizo famoso fray Luis con la mística, o el Lázaro de su nombre con sus lacerías. Duda, la del Tormes, por lo demás, muy española. Son tales piques de ríos, sin ninguna importancia, que un río, por serlo, ya de por sí es honrado, y más estos dos, comunes en orgullos: ¡buena trucha la trucha del Tormes!... ¡pero la del Tiétar no cede!... ¡Buen espolique de aceñas el uno!... ¡Como el otro!...: ¡iguales! Y de ambos, en las travesuras de sus corrientes—brincos, zigzags y corvetas—, fluye esta luz que en los chozos acorta el invierno, y en los chozos hace soñar con la vida en los llanos, donde se vive una existencia sin noches...

El Tormes es un río de primavera.

El Tiétar, por contra, es un río primaveral en otoño.

Hacia su valle y más allá, que son cercados de abrigo en tierras de Toledo y landas verdes en Extremadura, se encamina la ganadería. Dulas de caballitos duros y lanosos, manchas lustrosas de terneras, y nubes, a ras del suelo, de lanares... Hasta el fantasioso ladrido de los mastines se va a mentir alimañas hacia otra parte. Todo se va; hombres, bestias...

Como dice la canción de los recuerdos, está la sierra «triste y oscura».

FRANCISCO LUCIENTES

## MERCADO EN EL BARCO

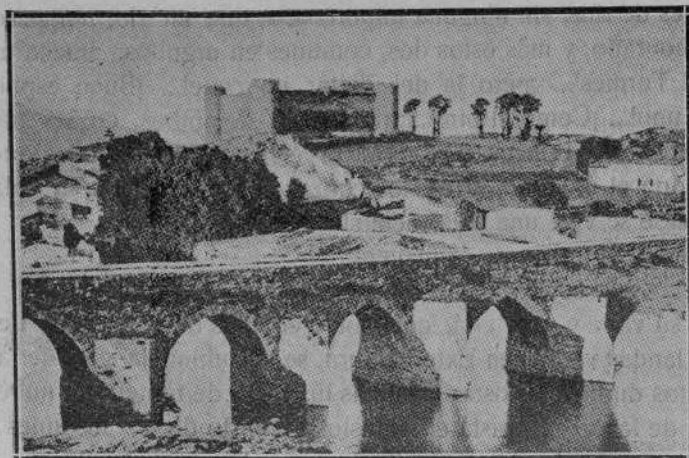
¡Un día de mercado en que habían de reunirse en el Barco todos los campesinos de ambas sierras con sus trajes característicos, y a los cuales esperaba yo como el agua de mayo!

Y se reunieron efectivamente; y los vi entrar a centenares por el antiguo puente sobre el Tormes, y hubo momento en que me figuró haber retrocedido en la historia muchísimos años y presenciar una bandada de campesinos de los tiempos remotos, huyendo de las tropelias de los enemigos y refugiándose de prisa en una plaza fuerte.

Aquellos hombres con abarcas, algunos con el peto, el mismísimo peto de cuero o paño, las mangas apretadas: otros con las dalmáticas de piel de oveja, son exactamente los mismos guerreros de Viriato; están pidiendo

la sustitución del cayado por el venablo y la espada corta de hoja ancha.

Aquellas mujeres del Tremedal, con su justillo de manga estrecha, su saya a media pierna, cuyo correaje sube, Dios sabe hasta donde, su toca de bayeta verde de unas tres cuartas de dobladillo, puesta al desgaire y prendida con un alfiler bajo la barba, no son de nuestros días. Parecen



Barco de Avila con el castillo de Valdecorneja

evocación de otras edades, que descienden desde las cumbres de aquellas montañas, siempre blancas, a alternar con los actuales usufructuarios del ferrocarril y del telégrafo.

Y desentonan bajo las bombas de luz eléctrica que constituyen el alumbrado público del Barco de Avila.

Pero no así en el cuadro que presenta la Plaza Mayor, rodeada de soportes viejisimos, en los momentos de mayor animación del mercado.

Los que desentonábamos entonces éramos nosotros.

¡Qué hermosos grupos! ¡Qué tipos tan notables!

¡Qué animación tan extraña!

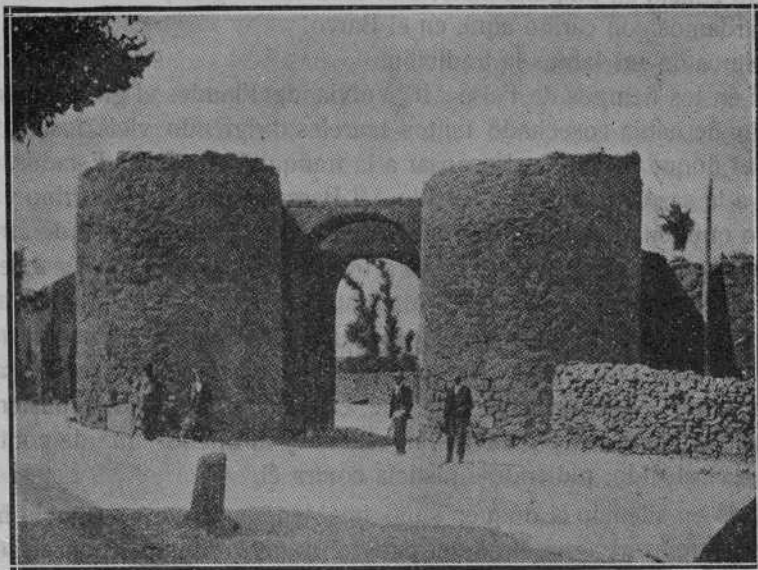
¡Es el del Barco un mercado del siglo XII, y me quedo corto, transplantado por encantamiento a nuestros días!

## LA PUERTA DEL AHORCADO

He aquí, a la vista, el Barco de Avila. Se le ve allá abajo, humilde, encogido junto al río, dominado y vigilado por el castillo roquero de los se-

ñores de Valdecorneja. ¡Qué pena nos produce contemplarle negruzco y desmantelado, caído en el olvido y en el abandono! ¡El, que ponía espanto en estas villas sin horizonte! ¡El, a quien miraron tantas veces con ternura o con odio los vasallos del Tormes!

Bajamos ahora rápidamente por el valle del Caballeruelos; hemos dejado muy atrás las ruinas del molino de María, la de la Aldehuela. Se nos ha cerrado el horizonte, y enfrente empiezan a ponerse tocas negras las



Puerta del Ahorcado

sierras de Solana y de Béjar. La vega es estrecha; los tableros de judías aparecen ya en pleno verdor, y giran, a nuestro paso rápido, circularmente.

Descendemos del automóvil a la entrada del pueblo. Nos gusta entrar a pie en estas villas antiguas, en las que todo nos habla del pasado con voz misteriosa y cascada.

Vamos a entrar en el Barco de Avila por una de las puertas, con dos cubos en guardia perpetua, abiertas en el cincho de las murallas, ahora en ruinas. Seguramente por esta puerta entrarían antaño a la villa lucidas calzadas de nobles, polvorientas mesnadas de guerreros, cargadas de gloria, tras el gallardo capitán don Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja, o de su aguerrido abuelo don Fadrique.

Estamos frente a la puerta histórica. Lejos, sobre las cumbres de Gre-

dos, la nieve se ha teñido de rojo; del rojo de las lumbres del sol poniente. Las sierras de Béjar van tomando un tinte densamente oscuro.

El amigo barqueño que nos acompaña nos ha dicho, sin respetar ya nuestro silencio:

—Esta es la puerta del ahorcado.

¡La puerta del ahorcado! Este nombre tiene un marcado sabor a leyenda vieja. Y el solícito amigo nos dice:

—No consta en ninguna historia ni crónica antiguas; es una tradición que guardamos con cariño aquí, en el Barco.

Y oímos de sus labios la tradición.

Fué en los tiempos de Felipe II. Volvía de Flandes el gran duque de Alba, donde había cosechado tantos laureles dirigiendo victoriosas jornadas. Y el duque se vino a descansar a la tranquilidad de sus Estados.

Era a la sazón alcaide del castillo del Barco un hombre soberbio y sanguinario que, en ausencia del señor, había cometido toda clase de atropellos, imponiendo castigos corporales a los vasallos y enriqueciéndose con el cobro de impuestos ilegales. Estaban aterrados los campesinos del señorío, cuando el gran duque llegó desde Alba de Tormes a su alcázar de Piedrahita. Quisieron los del Barco aprovechar la ocasión, y a Piedrahita enviaron a tres de su Concejo para que, en nombre de todos, expusieran a D. Fernando los muchos agravios, injusticias y atropellos que de continuo les hacía el alcaide, pidiéndole justicia contra él.

Oyóles en silencio el duque; supo también que aquel tiranuelo había llegado a arrojar al agua, desde el puente, a un transeunte, porque se negaba a pagar un impuesto que en los estados del duque nunca se cobraba. Lleno de indignación dice D. Fernando a los enviados:

—Decidme vuestros nombres. Si es cierto lo que me habéis denunciado ahorcaré al alcaide; pero, si son mentira vuestras quejas, os ahorcaré a vosotros. Marchaos.

Algunos días después enviaba el duque al Barco a los corregidores de Alba y Piedrahita y a su Cámara, para que abriesen proceso contra el alcaide y dictasen la oportuna sentencia. Quedaron probados ante el tribunal los desmanes y atropellos de aquel hombre, que es condenado a muerte y ahorcado en la puerta de la villa que se llamaba de Piedrahita, por terminar en ella el camino que de Piedrahita venía, y que de allí en adelante el pueblo solo llamó ya «La Puerta del Ahorcado»...

Estaba anocheciendo. La claridad lechosa del crepúsculo recortaba arriba la silueta negruzca del castillo de Valdecorneja. Tenía un ceño sinies-



tro, como si aún viviese dentro de sus muros el alcaide sanguinario que mandara ahorcar el gran duque de Alba.

JACOBO VIRMAN

## DON PEDRO LAGASCA

El heroico esfuerzo de Pizarro estaba a punto de malograrse. El imperio de los Incas se nos escapaba de las manos. Las disensiones entre Pizarro y su compañero Almagro, cortadas antes enérgicamente por los emisarios del rey, renacen ahora—muertos los conquistadores—en la persona de Gonzalo Pizarro, hijo del otro, que aspiraba nada menos que a proclamarse rey de aquellas nuevas tierras.

Los Virreyes y la Audiencia de Lima apenas si podían contener la sublevación. Los gobernadores—que iban allí a enriquecerse expoliando a los indios—no respetaban las nuevas leyes que, más humanas, aspiraban a cortar aquel inicuo expolio. Había fracasado el virrey Blasco Núñez de Vela con su política enérgica, dura, de sangre y fuego.

Se nos iba de las manos el Perú. Y reunido el Consejo de Indias, ante la gravedad del hecho reconocieron unánimemente que no había fuerza ni potencia humanas para sosegar y recobrar el Perú, si no intervinieran algunos medios convincentes y negociaciones de alguna persona de mucha prudencia y sagacidad, que tuviera gran experiencia de los negocios. Y a la mente de todos acudió el nombre de un humilde clérigo, en tierra abulense nacido.

Era éste, D. Pedro Lagasca, que por su ciencia había desempeñado el cargo de Vice-escolástico de la Universidad de Salamanca; y por su talento, energía y prudencia se le habían confiado difíciles comisiones. Con toda urgencia se solicitó del Emperador le nombrase Presidente del Perú, y tan pronto como se recibió el nombramiento fué llamado Lagasca a la Corte, que a la sazón se encontraba en Madrid.

Comprendiendo éste la difícil misión que se le confería se trazó la norma de conducta que había de seguir.

Pidió y obtuvo tan amplias facultades, que el mismo Emperador no las hubiera tenido mayores, si se hubiese trasladado a América; por más que, según Lagasca decía en el Consejo, el mayor poder y la mayor fuerza que llevaba era su hábito y su breviario. Es decir, que su confianza en el éxito

la fundaba en una política de atracción y benevolencia más que en la fuerza. Otra concesión solicitó y obtuvo: la de poder regresar a España tan luego como hubiera cumplido su misión. No deseaba altos cargos, no ambicionaba riquezas ni halagos del triunfo y del mando; iba a cumplir un deber, a exponer su vida por el bien de la Patria, y una vez cumplido y reconquistado el Perú para España, quería volver a su vida sacerdotal.

Una tercera condición retrata sus cualidades morales. Exigió, y se hizo fuerte en ello hasta conseguirlo, no llevar sueldo ni remuneración alguna, sino que el Emperador nombrase un funcionario encargado de satisfacer y rendir cuentas al Estado de los gastos que ocasionaría el sostenimiento de su casa. Pretensión ésta con la que quiso hacer ostensible que no le llevaba al Perú la ambición de riquezas; no quería, dice su contemporáneo Calvete, «dar ocasión a que ninguno pensase que tenía en tan poco su persona y vida, y que su codicia era tanta que por el salario la ponía en tanto riesgo y peligro como en aquella jornada había».

Cuan opuesto era Lagasca a los actos ostentosos, lo demuestra el que el 16 de Marzo de 1546 se despidió del Consejo de Indias sin decir el día de su marcha, y montando en su mula, acompañado del mariscal Oscar de Miranda, fué con él conversando hasta llegar al camino de Carabanchel. Allí se separó de su amigo, diciéndole que partía para el Perú, y siguió solo hasta el pueblo donde vivía su hermano, el abad D. Francisco Jiménez de Avila; tres días después salió para Sanlúcar de Barrameda, y el 26 de Mayo zarpaba la flota que lo conducía al Nombre de Dios.

En Santa Marta supo el Gobernador que el Virrey Blasco Núñez de Vela logró fugarse del buque que había de conducirle a España; que desembarcó en Tumbes y, reuniendo la gente que pudo, se determinó a dar batalla a las huestes de Pizarro, y luchando como un bravo fué derrotado y muerto en el mismo campo de batalla, llevando los rebeldes su cabeza a Lima como trofeo de la victoria; que la Audiencia, impotente para sosegar el país, había hecho entrega del mando a Gonzalo Pizarro, que, en unión de su general Francisco Carvajal, tiranizaba el Perú, en donde reinaba la más completa anarquía. Tan funestas noticias no acobardaron a Lagasca, antes al contrario le incitaron a activar su viaje, y al arribar el 27 de Julio a Nombre de Dios empezó a desarrollar el plan que se había propuesto, dando a entender que su misión era solo de paz y que si fracasaba volvería a España para que el Emperador enviase un hombre de guerra con fuerzas suficientes para dominar y castigar a los rebeldes. Tal confianza llegó a inspirar su humildad y mansedumbre, que uno de los caudillos de

Pizarro decía que si el rey no enviaba otro más bravo no había por qué temer. Y en tanto, el humilde clérigo trabajaba sin descanso; deroga las Ordenanzas origen de la rebelión, ofrece un indulto a los que reconozcan la legalidad, escribe a las ciudades y villas haciendo un llamamiento a su patriotismo, envía emisarios a Pizarro para que se someta, dirige todo sus esfuerzos y emplea todos los medios para que los capitanes que Pizarro



Retrato de don Pedro Lagasca

tenía en Tierra Firme, y sobre todo el general Hinojosa que mandaba la flota y sus oficiales, abandonasen el partido rebelde; el 19 de Noviembre de 1546 Hinojosa jura obediencia al Emperador, y ese día deja Lagasca de ser el apocado e inofensivo sacerdote y se convierte en el gobernante altivo y enérgico. Ya no suplica, manda. La hora de la justicia ha llegado.

Ya es dueño del mar, ya va a imponer por la fuerza la paz que tanto ha rogado. Todavía hace un llamamiento a los insurrectos, ofreciéndoles el indulto general; pero al mismo tiempo organiza un ejército, nombra para mandarlo a Hinojosa, y un día circula por el Perú la noticia de que en Tumbes ha desembarcado el Presidente y que buen número de insurrectos se incorporan a su ejército acogiéndose al indulto. Comprende Pizarro que si no alcanza una pronta victoria su causa está perdida, y se decide a esperar a Lagasca, que con su pequeño ejército se dirigía a la capital. En realidad no puede llamarse batalla al encuentro de los contendientes en Jaquijaguana. Al avanzar los leales, se desbandaron los insurrectos que apenas ofrecieron resistencia. Pizarro y los capitanes fueron hechos prisioneros y, tras juicio sumarísimo, ejecutados en el mismo campo de la acción Gonzalo Pizarro y su general Francisco de Carvajal, apellidado por sus crueldades «el Demonio de los Andes». Sus cabezas se llevaron a Lima, quedando expuestas al público para que sirvieran de ejemplo del castigo que sufrían los traidores a la Patria. A estas ejecuciones siguieron las de los otros partidarios de Pizarro que más se habían distinguido por sus crímenes.

Restablecida la tranquilidad material, quedaba aún por realizar una intensa labor de pacificación de los espíritus y de saneamiento de la real hacienda. A ella se dedicó con gran asiduidad Lagasca, y cuando consideró terminada su misión, volvió a España, trayendo grandes sumas para el Estado. Los colonos españoles le habían ofrecido un importante donativo; los indios, agradecidos, un gran regalo. El rechazó uno y otro. Pobre fué y pobre quiso volver.

Al llegar a España fué recibido con grandes agasajos, que procuró rehuir. El Sumo Pontífice, a propuesta del Emperador, le nombró Obispo de Palencia, y así como en Tierra Firme el humilde sacerdote se transformó en el gobernante enérgico, recto y activo, así, al llegar a España, el «Presidente del Perú» vuelve a ser el ejemplar sacerdote, que dedica todos sus esfuerzos al cumplimiento de sus deberes episcopales. El Justiciero le apellidan algunos historiadores americanos, el Pacificador le llaman otros; el Honrado le llamaríamos nosotros.

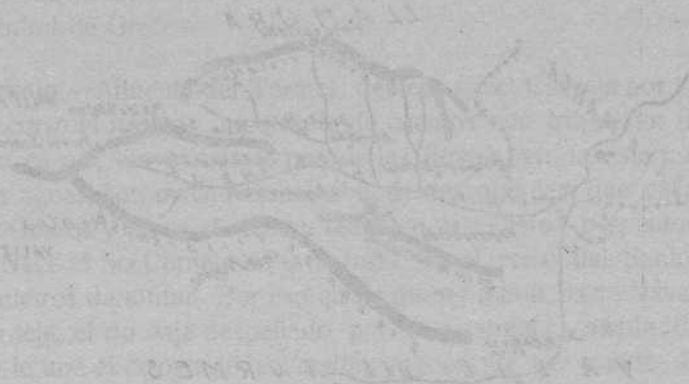
A propuesta del rey Felipe II, que en múltiples ocasiones siguió el parecer de Lagasca en la resolución de graves asuntos de Estado, fué nombrado por el Papa Obispo de Sigüenza. ¿Qué mayor recompensa ni que satisfacción podría darse al noble abulense, tan austero, tan poco cortesano, tan opuesto a todo lo que fuera ostentación, que la de regir una diócesis que antes habían gobernado aquellos dos preladados, honra y gloria de

la Iglesia española, que se llamaron D. Pedro González de Mendoza y D. Francisco Jiménez de Cisneros?....»

Había nacido D. Pedro Lagasca por tierras del Barco, en Navarregadilla, pero en el Barco se crió y en el Barco se educó, y en el Barco pasó muchos días de descanso a su vuelta de América y cuando los negocios de su diócesis se lo permitían.

ANGEL DE ALTOLAGUIRRE

## El Valle del Cometa





## El Valle del Corneja

**Situación y límites.**—Si el valle del Tormes forma una línea con el del Alberche y marcha en dirección contraria a este valle, el del Corneja se opone exactamente al valle Amblés, con el que también forma una línea recta. Separa a estos dos últimos valles el collado que va de la sierra de



Croquis del valle del Corneja

Avila a la Serrota y en el cual está el puerto de Villatoro que los comunica. La dirección, pues, del valle es de E. a O.; y su longitud de unos 26 kilómetros, con anchuras medias de cinco a ocho kilómetros de llanada.

El valle del Corneja limita al N. con la sierra de Avila (Cerro Castaño y el Mirón); al E., con el puerto de Villatoro; al S., las sierras de Villafranca y de la Horcajada, unidas ambas por el cerro de Santiago, y al O., con el rio Tormes, por mediación del cual, el valle del Corneja entra en el del Tormes.

**El relieve.**—Aunque el terreno es escabroso en todo el valle, no llega a tener los tajos profundos ni las hondas gargantas de los otros valles. Las sierras que lo limitan son los cabos occidentales de las cadenas septentrional y central formadas por la cordillera Carpetana al entrar en la provincia de Avila. Por eso han perdido, al llegar a estas tierras, toda su brava aspereza y el descenso al valle es poco acusado.

La fisonomía del valle del Corneja, así como su altitud sobre el nivel del mar, es en un todo semejante a las del valle Amblés. El valle es quebrado hacia las sierras y en su nacimiento, pero, unos kilómetros antes de llegar a Piedrahita, el llano se hace muy extenso casi hasta el Tormes y sobre este llano destacan muy poco los cerros, de tonos blancuzcos, de la sierra de Avila. La belleza, pues, de este valle es más serena que la de los restantes y ha merecido el nombre de «Arcadia de Avila».

**El clima.**—El clima del valle del Corneja difiere poco del que conviene al valle Amblés, si bien aparece aquí un poco modificado favorablemente por alguna mayor cantidad de lluvias, a causa de estar más próximo al macizo central de Gredos.

**El Corneja.**—Afluente del Tormes, debiera ser el Corneja por la longitud de su curso el río más importante de cuantos son tributarios del Tormes. Y no es así, sin embargo, porque las lluvias, en las sierras que le envían sus aguas, son mucho menos abundantes que las que caen en las sierras de Gredos y no se alimentan tampoco de neveros perpetuos, como aquéllos. Nace el río Corneja en la Serrota, en el cerro del Santo, a más de 2.000 metros de altitud. Por eso en su primer tramo, hasta Navacepedilla de Corneja, el río baja despeñado por una estrecha cañada. En dicho pueblo se le une el arroyo de la *Ventilla*, procedente del puerto de Chia, sin que por la izquierda reciba más afluentes dignos de mención, porque el río pasa muy pegado a las sierras de Villafranca y de la Horcajada.

Cerca ya de Piedrahita, desagua en el Corneja el río *Merdero*, que viene del puerto de Villatoro y cuyo caudal es escaso, a pesar de recoger algunos arroyos de Cerro Castaño. Baña luego el río—ya en la llanura—la pintoresca villa de Piedrahita, después de recibir arroyos sin importancia que llegan de la sierra del Mirón. Entra ya el río en la provincia de Salamanca, vertiendo en el Tormes no lejos de los límites de nuestra provincia.

**Vegetación y cultivos.**—La vegetación de las sierras que encuadran este

valle es parecida a la de los otros, es decir, piornales y pastizales en abundancia. Se ven hacia abajo manchas más regulares de encinas y robles; y ya, junto al río, los árboles de ribera que hemos visto en todos. Hay trochos de huertas bien cultivadas y tierras en el llano que permiten el cultivo de cereales.

**Producciones.**—La producción hortícola y cerealista no tiene en el valle del Corneja, como ves, una importancia decisiva: su riqueza es la ganadería, especialmente la del ganado vacuno, fino y muy buscado en los mercados para el consumo de carnes, pero sin explotar racionalmente, porque ni se le selecciona, ni tienen adecuada explotación los productos secundarios.

Escasa industria tiene el valle; hay fábricas de paños y mantas en Santa María del Berrocal, ya en franca decadencia, y empieza ahora a industrializarse en algunos pueblos la producción de miel.

**Los pueblos.**—La escasa población del valle del Corneja se reparte en pueblecitos de corto vecindario y del mismo tipo que los del valle Amblés. Merecen citarse: *Bonilla de la Sierra* (1.200 habitantes), antigua capital del señorío de su nombre, plaza fuerte en la Edad Media, de cuya época conserva una puerta de su muralla y un castillo; hay también una hermosa iglesia ojival que fué colegiata. «El antiguo rollo, situado en el centro de la plaza, con cruz tallada en granito, cuadrado pedestal e inscripciones góticas en cada una de sus caras, da al forastero la sensación de encontrarse en un pequeño estado feudal de la Edad Media, en que el señor, una vez al año, se dignaba acudir a las reuniones y dirimir las contiendas de sus súbditos». *Villafranca de la Sierra* (1.100 habitantes), con una pintoresca campiña y huertas frondosas que producen peras de exquisito gusto y gran fama. *Piedrahita* (unos 3.000 habitantes), cabeza del valle, del partido judicial de su nombre y del célebre señorío de Valdecorneja. En este pueblo existe un antiguo palacio derruido que perteneció a los duques de Alba y en el cual el pintor español Francisco de Goya, gran amigo de la Duquesa, concibió y realizó algunos de sus más célebres cuadros; ahora este palacio se está convirtiendo en magníficas escuelas. *Santa María del Berrocal* (1.400 habitantes), con fábricas de paños, mantas y fajas.

**Comunicaciones.**—Corre todo a lo largo del valle (en el que entra por el puerto de Villatoro), la carretera de Avila a Sorihuela, que pasa por Piedrahita y entra en la provincia de Salamanca. De esta carretera general

sale otra que por el puerto de Chia va a empalmar con la de Avila a Arenas de San Pedro y que comunica el valle del Corneja con los del Tormes Alto y Alto Alberche.

De Piedrahita va otra al Barco de Avila salvando el collado de Santiago y descendiendo por el valle del Caballeruelos, y otra a Cañizal en la provincia de Salamanca.

## TRES TRADICIONES DEL VALLE DEL CORNEJA

### EL NOMBRE DE PIEDRAHITA

El origen de Piedrahita se remonta, indudablemente, a muy antiguas edades; y aun cuando de su fundación nada nos hablan los viejos mamotretos, bueno será divulgar la tradición—poco conocida por cierto—que nos lleva al conocimiento de las causas que originaron el nombre de esta villa.

Cuéntase que en tiempos lejanos los esforzados varones que habitaban en la primitiva Abula, y dedicaban a la guerra y a la caza los afanes de su vida, salieron un buen día de expedición cinegética por valles y montañas. Uno de los grupos de los cazadores topó con una manada de ciervas, las que emprendieron veloz carrera, perseguidas por aquéllos, hasta llegar a un intrincado bosque, tan montaraz y tan cuajado de maleza que en muchos sitios era casi imposible dar un paso. Pero, firmes y tenaces los cazadores en su persecución, siguieron avanzando hasta que en un ameno claro de la selva brava encontraron un grupo de rústicas viviendas abandonadas y desiertas.

Celebraron el encuentro, y para no perderlo, entre las fragosidades de aquel bosque fueron colocando, a su regreso, grandes hitos de piedra que les marcaran el camino.

Corrióse la novedad del hallazgo de un pueblo abandonado, refiriéndose para indicar el lugar, «a las piedras hitas», cuyas palabras en fuerza de repetirse quedaron convertidas en «Piedrahita», cuando algún tiempo después fué poblado nuevamente el caserío por buen número de moradores de Avila y sus contornos, que encontraron de su agrado el pintoresco sitio descubierto por los cazadores «guerreros de la ciudad».

Éra, al parecer, tal la abundancia de cornejas en los alrededores del pueblo de Piedrahita, que de ellas tomó su nombre el valle, y de éste el río que le atraviesa de Oriente a Occidente, pudiendo afirmarse desde luego que los símbolos y significados del blasón de la villa y las figuras que en él campean tuvieron su origen en la tradición anteriormente narrada...

## EL MONTE DE LA JURA

Nada siguen aclarándonos los textos respecto a la historia local de las edades antiguas; pero la tradición, madre legítima de aquélla, enséñanos, con visos muy fundados de verdad, que por el año 918 libróse aquí la célebre batalla de la Jura, en la que las tropas agarenas fueron derrotadas por las de Ordoño II y el conde Fernán-González, de cuyo hecho de armas nació, según parece, el nombre del monte, al pie del cual se asienta Piedrahita...

No andan tampoco muy conformes los anales en cuanto al suceso que tal nombre originó, pues, mientras unos afirman que los caballeros cristianos, después de ganada la batalla, juraron en el mismo lugar de ella y en la solemne forma que su ardor demandaba «no comer pan a manteles, ni dormir en lecho...» mientras no arrojaran del país a la morisma, dícese por otros que el célebre juramento prestólo aquélla por la gloria de Alá, ofreciendo volver a la reconquista de los fértiles terrenos que la perdida batalla les quitaba, como así se efectuó años después, en tiempos del fiero y sanguinario Almanzor, cuyo indomable caudillo, incendiándolo todo, arrasándolo todo y destruyéndolo todo, llegó hasta las más altas cumbres de la imponente sierra de Gredos, donde estableció su campamento, quedando desde entonces aquel sitio designado con el nombre de *Pico de Almanzor*.

## D.<sup>a</sup> BERENGUELA EN PIEDRAHITA

Vuelta a reconquistar parte de la Península por los caballeros cristianos y libres estos rincones de las sacudidas inherentes a tan continuas guerras, es fama que allá por los años 1207, la reina D.<sup>a</sup> Berenguela de Castilla se instaló en la fortaleza que hoy sirve de iglesia parroquial, al encontrar en la paz augusta de estos campos, en la hidalguía de sus morado-



res y en la sencillez de sus costumbres la ansiada tranquilidad que su espíritu cansado demandaba, por las frecuentes revueltas y fatigas de su reinado turbulento...

Que la reina D.<sup>a</sup> Berenguela habitara en esta villa y cediera su palacio para iglesia lo afirma la tradición.

Hasta hace algunos años—pero no tantos que no lo recuerden los ancianos que hoy viven— todos los viernes de Cuaresma colocábase, bajo gran dosel, en el centro de la iglesia, el célebre Cristo de las Batallas, a cuyos pies alzábase el túmulo o catafalco, cubierto de terciopelo negro y fleco de plata, que se usaba en los funerales de primera clase; en la parte superior del curil, y antepuesta a una calavera, asentábase una corona real de forma antigua, que todavía existe.

Al terminar el miserere, el sacerdote y el pueblo congregábanse en el arranque de la escalera de la tribuna y se rezaba el responso obligatorio por el alma de la reina D.<sup>a</sup> Berenguela. Este acto veníase ejecutando desde tiempo inmemorial, como disposición establecida por la soberana al ceder su palacio para iglesia.

Y cómo ésta fué primitivamente fortaleza, y de época anterior de la Edad Media, demuéstranlo claramente las almenas que coronan el edificio en la parte del noroeste con sus vanos intermedios cubiertos de cal y cantos desde que se llevó a cabo en aquél la mencionada transformación.

JESÚS G. LUNAS ALMEIDA

## EL GRAN DUQUE DE ALBA

En nuestros dominios no se ponía el sol. España estaba aquí; y en Italia, y en los Países Bajos, y en Alemania, y en América... Carlos I y Felipe II necesitaban gobernadores de exquisito tacto, prudentes consejeros, valerosos capitanes. Y los tuvieron a veces, aunque no siempre por desgracia.

Gobernador, y capitán, y consejero, fué este tercer duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo. Gobernador enérgico: capitán esforzado, consejero recto.

Había nacido el duque, a lo que parece, en Piedrahita el año 1507. <Huérfano de padre desde los tres años, fué educado por su abuelo don

Fadrique, no solo en las enseñanzas guerreras, sino en el amor a las ciencias y a las letras, como era tradición en su casa, siendo sus maestros Boscán y Luis Vives, a quien substituyó el fraile Severo. Fué su ayo y amigo el gran caballero y poeta Garcilaso de la Vega. La cultura del duque está probada por el testimonio de Arias Montano. Pasó el duque su niñez en Alba de Tormes; y en la juventud alternaría con las residencias de la Abadía, Piedrahita y Coria.

Fué el duque, como los españoles de su tiempo, ferviente católico; pero no fanático. En política se mostró el duque respetuosamente sumiso al pensamiento del rey, aunque Felipe II y su padre siempre habían tenido de él cierto recelo. Su talento militar es generalmente reconocido. Comenzó su vida militar a los diecisiete años, en el sitio de Fuenterrabia, al lado del Condestable. Cinco años después da muestras, en la guerra de Hungría, de su actitud para el mando. En la expedición de Túnez con Carlos V, comienza a conocer la guerra con los moros. Fué luego nombrado gobernador de Milán.

Aceptó el difícil gobierno de Flandes, al que llevaba un peligro; las constantes vacilaciones del rey, partidario ahora de la represión enérgica, que después reprocha a su general, y la privación de la iniciativa, común a todas las grandes figuras de este reinado.

A los sesenta y seis años, todavía se vió precisado a aceptar el mando del ejército de Portugal. Para tomarlo, salió de la prisión de Tordesillas, donde estaba encerrado por haber desobedecido al rey en el matrimonio de su hijo Fadrique. (1)

## CONQUISTA DE PORTUGAL

Pocos días después, llegó el duque de Alba a Barajas y Vicálvaro desde donde quiso pasar a la Corte a besar la mano del rey y a prestar juramento de fidelidad al heredero de la corona; pero el monarca le envió a decir:

—No os molestéis, duque. Estáis dispensado de estas ceremonias; no exijo de vos más juramentos, pues ya sé que, presente o ausente, es una misma vuestra fidelidad.

Como se hallasen allí muchos de los nobles caballeros que habían sa-

(1) Pedro Aguado.—Compendio de Historia de España. Tomo II.

lido a recibir y cumplimentar al duque, les indicó éste la contestación del Rey, y añadió con la franqueza y el humorismo en él peculiares:

—El rey quiere que, con las cadenas arrastrando, le vaya a conquistar reinos.

Desde aquí pasó a Mérida, donde le esperaba un lucido y numeroso ejército, que partió a incorporarse con las restantes fuerzas que estaban en Badajoz. A esta ciudad acudió el rey con su Corte, todos satisfechos de ver el entusiasmo con que se iniciaban aquellas operaciones.

Iba el duque de Alba, de capitán general; Sancho Dávila, «El Rayo de la Guerra» (abulense también), de maestre de campo y general de caballería; guiaba la infantería Luis Enriquez, y la artillería D. Frances de Alava. Los condes de Benavente, de Alba, de Lista, de Lemos, de Monterrey, los marqueses de Alcañices, y de Cerralvo, los duques de Medinasiona y Feria y otros nobles habian acudido a Badajoz con sus huestes; algunos de ellos creyendo que iba a dirigir la guerra el mismo rey en persona. Además, el entendido veterano don Alvaro de Bazán esperaba en el puerto de Santa María las órdenes para darse a la vela con sus naves y obrar en combinación con el ejército.

Ordenó el duque a Sancho Dávila que organizase a la gente a fin de pasarla revista; y Dávila dispuso las cosas con tanto gusto y tanta decisión que fué aquel un desfile intachable. El rey que le presenció, retirado a la sombra de una arboleda y en compañía de la reina, del príncipe don Diego y de la Corte, quedó altamente satisfecho y no pudo contener su admiración al observar al de Alba, de quien sabía que había pasado el día anterior en cama, tan apuesto y ágil como un joven, resistiendo el calor de la tarde y cabalgando cual si estuviera completamente sano.

—El de Alba—dijo el rey—o nos quiere engañar o las tropas y las armas son medicinas eficaces a sus males.

Terminada la revista, se acercó el duque, acompañado de otros nobles, al grupo donde estaba el rey, se apeó del caballo con gran agilidad y fué a besar la mano de Felipe II; mas éste le abrazó, le preguntó por su salud, y luego por la de D. Fadrique, a lo que el duque contestó:

—Señor, mi hijo D. Fadrique goza en la prisión de entera salud y está a cubierto de los peligros de la guerra, sin exponer su vida.

—Ya véis—dijo el monarca a los circunstantes—la moderación del duque, que deseando la libertad de su hijo no me la pide.

Y luego dirigiéndose al de Alba, le preguntó:

—¿Dudáis de nuestro amor para concederos lo que pidiéreis?

—No ignoro—contestó el duque—los altos beneficios de que Vuestra Majestad me ha colmado, y confieso que no debo desear nada más. Pero si me queréis conceder alguna nueva gracia sin que os lo pida, tendré motivo de seros mucho más agradecido.

—Que pongan al marqués en libertad y que no se hable más de este asunto—concluyó diciendo el rey.

Aquella misma noche conversaban el duque y Sancho Dávila animadamente en la tienda del primero.

—También a mi me ha parecido eso muy impropio, señor—decía Dávila—y se lo he indicado a algunos; pero no quieren desistir.

—Pues es preciso acabar con tanto lujo de criados y de cámaras, y desterrar esa polilla de mujeres y vagabundos que sigue al ejército. Vamos a una campaña, no a una revista militar, y es necesario tener las manos libres.

—Dicen que pelearán con más denuedo y coraje para defender sus lujosas cámaras y sus riquezas. Y ¿qué os contaré de las mesas de juego? Han traído infinidad de ellas.

—Mañana barreré todas las pestes del ejército. Iremos a luchar por el rey, no por los bagajes. Los que no quieran desprenderse de su lujoso séquito y de su rica impedimenta, no serán admitidos en las filas. Además, desde mañana deben hacer toda la vida de campamento y mantener las guardias con puntualidad. Las mesas de juego serán quemadas sin dejar una. Vamos a luchar, a sufrir, a desvelarnos; no a vivir espléndidamente, ni a gozar de comodidades y diversiones.

Al otro día, de mañana, llamó el duque a los más significados nobles y jefes y les dirigió una breve arenga patriótica, convenciéndoles de que había que despedirse inmediatamente del lujo de criados y de bagajes que traían, junto con la afición al juego y a los regalos durante la campaña. Todos se vieron obligados a someterse a sus órdenes.

Aquella misma tarde ya estaba el ejército libre de personas inútiles, de lujos superficiales y de objetos nocivos, y por la noche se hicieron rigurosamente las guardias, que el mismo duque vigiló con extremo cuidado.

En los pocos días que allí acamparon las tropas, quedó el rey admirado de la energía y prudencia de su leal y fidelísimo capitán, a quien distinguía y honraba públicamente, ya para indemnizarle del pasado disgusto, ya para darle autoridad.

Por fin se dirigió hacia Yeble en los primeros días de Junio de aquel año de 1580 el ejército invasor, que sumaba un total de veinticinco mil

infantes, unos mil seiscientos caballos, cincuenta y siete piezas de batir y cincuenta barcas que eran conducidas en carros.

Se hacia la invasión en Portugal para que esta nación reconociese a Felipe II por su legitimo rey, pues habiendo fallecido D. Enrique, correspondia la corona portuguesa al monarca de Castilla, contra los derechos que varios alegaban, especialmente D. Antonio, prior de Crato, hombre activo y ambicioso, y muy dispuesto a defender sus pretensiones, para cuyo fin habia solicitado la ayuda de Inglaterra, Francia y otros paises.

Mientras la flota se apoderaba de las ciudades maritimas de Algarbe y Alentejo, las tropas tomaron sin dificultad Olivenza, Setúbal y otras poblaciones, llegando sin grandes contratiempos a la vista de Lisboa. Allí se hizo fuerte el titulado rey, D. Antonio; mas viendo la facilidad con que todas las plazas se rendian, propuso al duque entrar en negociaciones; pero como en el mensaje que éste envi6 a D. Antonio le tratase de señoría, ofendi6 el presunto rey, alist6 toda la gente que pudo y sali6 al encuentro de los españoles, respondiendo al duque con arrogancia:

—Los reyes son reyes, los capitanes, capitanes, y las victorias Dios las da.

Pero a medida que avanzaban los nuestros, iban huyendo los portugueses hacia la capital, terminando por encerrarse en ella.

El 23 de agosto decidi6 el duque tomarla, de acuerdo con las fuerzas de mar. Oy6 misa todo el ejército, según la práctica de entonces, señalar6se convenientemente los puestos a las tropas, y antes de amanecer se hizo nuestro héroe conducir, en una litera, a un montículo desde donde se dominaban ambos campos. Como tenia por segura la victoria, promulg6 una orden para que los soldados se abstuviesen de saquear la plaza, según expresa voluntad del rey.

Atacaron los nuestros un puente con la decisión y el brio en ellos peculiares, y entre los tercios de Fernando de Toledo, Dávila y Colona no tardaron en arrollar al enemigo y hacerlo refugiarse, con grandes pérdidas, dentro de Lisboa, mientras don Alvaro de Bazán rendia en el puerto la armada portuguesa.

Mont6 el duque entonces a caballo, recorri6 las filas y se acerc6 a la ciudad con ánimo de tomarla inmediatamente; más entonces sali6 el Ayuntamiento de ella y pidi6 capitulación, que le fué concedida en muy buenas condiciones. A pesar de las rigurosas órdenes que se habian dado para evitar el saqueo, algunas tropas se derramaron por los arrabales y la campiña, apoderándose de lo que hallaron.



El dos de Septiembre, con todo el aparato y las ceremonias de costumbre, juraron los portugueses a Felipe II por rey de Portugal.

Quedó el duque muy animado y satisfecho de esta rápida conquista, por lo cual al dar cuenta de ella, escribió: «Desde que sé que desde una silla se puede ganar una batalla, no me tengo por tan acabado que no pueda acudir a donde me llamen».

P. CELSO GARCÍA (1)

---

(1) De un capítulo de su libro para niños. «El Duque de Alba».

# La Llanura

**Situación y límites.**—Pasada la Sierra de Avila, hacia el Norte, en dirección al Duero, las tierras de Avila pierden rápidamente la bravía aspereza que ostentaban en los valles y serrijones del Sur, y vuélvense llanas y pardas y monótonas. Es la llanura, que se sigue luego Castilla adentro, en la tierra de Campos; la llanura sin ondulaciones, ni árboles, muda y solemne.

Esta tierra llana ocupa todo el N. de la provincia desde la sierra de Avila, con una extensión de 2.000 kilómetros cuadrados, la cuarta parte de la extensión total de la provincia. Toma aquí nombres diversos, tales como *Moraña Alta*, *Moraña Baja*, *Tierra de Pajares*, *Tierra de Arévalo* y otros locales, de menos importancia.

Limita la llanura por el S., con la sierra de Ojos Albos y Meseta de Campo Azálvaro, a las que sigue la sierra de Avila; por el E., la provincia de Segovia; por el N., la de Valladolid, y la de Salamanca por el O.

**El relieve.**—Al pie de la sierra de Avila las tierras de la llanura tienen unos 950 metros de altitud y aún se muestran algo quebradas; pero según avanzan hacia el N., camino del Duero, descienden poco a poco de altitud y en el límite de la provincia, pasado Arévalo, a 40 kilómetros de la sierra, solo alcanzan ya 800 metros. En este trecho ha aparecido ya la llanura, apenas desdibujada por humildes lomas terrosas y pardas, que, como buenas montañas viejas, recuerdan las *parvas de trigo* que levanta en el llano el labrador a fines de Agosto.

En el ángulo S. E. de la llanura está la altiplanicie de Campo Azálvaro, dilatada y monótona, a 1.200 metros de altitud y con cuatro kilómetros de anchura; tiene tierras jugosas y frescas, ricas en pastos. Esta altiplanicie aprisionan la sierra de Ojos Albos por el N. y la de Malagón por el S. Las



**Los ríos.**—A las numerosas corrientes de aguas que surcan la llanura se le da impropriamente el nombre de ríos, cuando no pasan de ser pobres arroyuelos que, si en épocas tormentosas rebasan sus cauces e invaden el llano con sus finas arenas, en el verano quedan sin un hilo siquiera de agua que humedezca los cauces resecos. Bajan todos de la sierra de Avila, pobre en lluvias como ya vimos; y aún hay que añadir a esta pobreza de nacimiento el hecho de que después tengan que atravesar la llanura de clima seco y en cuyo camino la evaporación por esta causa es intensa. El mismo Adaja, que la recorre de S. a N., no se libra de esta influencia y en verano llega a ser, por su caudal, de menor importancia que cualquier garganta de la sierra.

Los ríos bajan a la llanura erosionando la tierra movediza, y se han abierto cauces hondos y arenosos, que las grandes avenidas se han encargado de ensanchar. En la horizontalidad de las tierras estos cauces no son sino unos surcos más, surcos profundos que encuadran el trazado geométrico de los arados de labor. Además del Adaja, perfecta línea vertical de Avila a Arévalo, podemos citar el río *Arevalillo* y el río *Voltoya*, que riega el ángulo S. O. yendo al Eresma a desaguar. *El Zapardiel* (52 kilómetros de curso en la provincia) afluye al Duero cerca de Tordesillas. Al Duero va también el *Trabancos* por el límite oriental de la provincia. De los ríos que mandan sus aguas al Tormes, a favor de la inclinación de las sierras hacia este río, son dignos de mención el río *Almar*, el *Zamplón* y el *Alazar*.

**Vegetación y cultivos.**—La vegetación de la tierra llana es la típica de las grandes llanuras castellanas, vegetación pobre, sin árbol alguno, aunque en torno de Arévalo, sobre el terreno arenoso, de arenas valadizas como las landas francesas, hay algunas manchas de pinares. Las laderas de la sierra de Avila conservan aún restos de encinares, y tienen pastizales. Luego los llanos se extienden uniformes, verdes de cereales en primavera, de color pajizo cuando rastrojos, terrosos y pardos en las barbecheras.

El cultivo característico de aquí es el de los cereales (trigo y cebada) y algunas leguminosas como el garbanzo, de gran fama en los mercados nacionales. Desde luego estos cultivos constituyen casi su única riqueza; y no por las condiciones excepcionales del suelo, sino por la gran extensión de superficie cultivada. Hay también en la Moraña algunos viñedos que dan un vino blanco de escasa graduación, y por consiguiente de conservación dudosa en el tiempo caluroso. Encontramos además en las márgenes del

Arevalillo algunas huertas bien cultivadas que surten de hortalizas los mercados de Arévalo.

**Industria y comercio.**—Se reduce la industria a fábricas de harinas, alfarería en pequeña escala, y curtidos en Arévalo. Mantiene un activo comercio de exportación de sus cereales y garbanzos, comercio que se centraliza en Arévalo, con muy concurridos mercados. Existe también algo de comercio de exportación de lanas, pues los pastos secos de la región mantienen algunos millares de cabezas de ganado lanar.

**La población.**—Por la gran superficie cultivable, la llanura alberga una población algo más crecida que en los valles serranos y diseminada en infinidad de pueblecitos a corta distancia unos de otros. Estos pueblos, aldeas más bien de 50 a 60 vecinos, son en el llano pardusco manchas pardas también, con sus casas de adobes y sus corrales tapiados con tierra. Pueblos admirablemente descritos por un viajero con estas palabras: «Muchas heredades que envuelven al pueblo con sensación terrosa. Más allá bardales y bardales. Por fin las casas de adobes con pequeñas ventanas. Para agudizar la emoción del barro, hasta ha dado al barro su retoque de tierra arcillosa. Solo sobre aquella construcción de barro el contraste... la iglesia es de piedra blanca y se la ve desde todos los sitios».

Pero las aldeas extienden sus casas sin miedo y se asientan en el llano sin ese encogimiento que caracteriza a los pueblecitos serranos, acurrucados entre los cerros. Toda casa lleva tras sí un corral extenso y a veces una heredad que será huerto en el verano, gracias al pozo—fuente de la casa las más de las veces, pues pozos surten de agua al pueblo—y al cigñal que asoma por encima de los bardales.

La capital de la llanura es *Arévalo*, que tiene cerca de 4.000 habitantes y está situada en la confluencia del Arevalillo con el Adaja. Centro comercial de una extensa comarca, sus mercados—que celebra los martes—se ven concurridísimos. Algunos palacios señoriales y sus siete iglesias atestiguan la importancia que tuvo en la reconquista, como plaza vigilante de los puertos de las sierras. Uno de los pueblos importantes de esta región es *Madrigal de las Altas Torres*, nombre que alude sin duda a las almenas de la muralla que le rodeaba en otros tiempos, y de la cual se conservan bastantes trozos y las cuatro puertas ojivales. Como Arévalo, tiene cerca de 4.000 habitantes y fué solar de nobles y caballeros en la Edad Media: aquí nació en un palacio, hoy convento, la reina Isabel la



Católica; y aquí nació también «el Tostado». Viene después *Fontiveros*, antigua residencia de familias nobles. Merecen además citarse: *Sanchidrián*, *Adanero* y *Velayos*, estaciones sobre el ferrocarril del Norte, y *San Pedro del Arroyo* y *Crespos* en el ferrocarril de Avila a Salamanca, todos los cuales tienen movimiento de exportación de cereales. No muy lejos de Avila está *Cardeñosa*, donde se ha descubierto un antiguo castro céltico. Y en las tierras que vierten al Tormes se encuentra *Diego Alvaro* como pueblo importante.

**Comunicaciones.**—Por el E. de la llanura sube desde Avila a Arévalo el ferrocarril de Madrid a Irún. Por la parte S. atraviesa el ferrocarril de Avila a Salamanca. Atraviesan también la llanura varias carreteras, como las dos de Avila a Arévalo, la de Peñaranda de Bracamonte a Medina, la de Villacastin a Vigo, la de Madrid a la Coruña, la de Cañizal a Piedrahita y otra de Avila a enlazar con ésta.

## LA CRUZ DEL RETO

Cuenta la tradición, y se lee en viejos cronicones, que, cuando la ciudad de Avila entregó rehenes al rey Alfonso I, el Batallador, esposo de doña Urraca, como garantía que nada había de sucederle al entrar en la ciudad para convencerse de que el Rey Niño vivía y lleno de salud, aquél, indignado ante la lealtad de los abulenses, degolló, de vuelta a sus campamentos, a los sesenta caballeros de Avila recibidos en rehenes, hirviendo sus cabezas en aceite, a la vista de la ciudad, en el lugar conocido allí con el nombre de *las Hervencias*, no obstante haber jurado solemnemente respeto para ellos, si con él le tenían.

Reunido el pueblo de Avila con su gobernador Blasco Jimeno para encontrar el medio de castigar el bárbaro crimen del rey aragonés, un caballero propuso «que pues un hombre solo había sido el perjuro y felón, ya que los demás eran su instrumento, uno sólo debía ser el abulense que había de ir a retarle a singular batalla, echándole en cara su alevosía. Así se ganaba tiempo y pronto se podía dar alcance al rey—que con su ejército marchaba hacia Zamora—y resolver el caso cual cumple a caballeros y es debido a la honra de la ciudad».

Mereció aprobación unánime la proposición del caballero, y Blasco

Jimeno se levantó reclamando para él la representación de la ciudad ofendida y la honra de batirse en desafío con el rey.

Al día siguiente, cuando amaneció, salió Blasco Jimeno a todo golopar de su caballo camino de Fontiveros, y acompañado de su sobrino Lope Núñez, que se había empeñado en seguirle. Cuando llegaban los abulenses a la vista de los ejércitos reales, éstos acababan de levantar sus tiendas, pues habían acampado más allá de San Pedro del Arroyo, pasado el río Arevalillo. Adelantóse el joven Lope Núñez para dar alcance al rey, el cual, como viera venir de hacia Avila un jinete con tal prisa, esperó su llegada.

—Un caballero —dijo el recién venido— os trae una embajada de la ciudad de Avila. Esperad un momento para oírle, pues se acerca a todo correr.

Llegado que hubo Blasco Jimeno ante D. Alfonso, con gran entereza y dignidad le echó en cara su villano proceder para con la ciudad de Avila y le retó en nombre de la misma, esperando hacerle conocer cuán alevoso, traidor y perjuro había sido.

Montó el rey en ira; y para castigar la osadía del gobernador abulense ordenó que no peleasen con él los caballeros, pues este honor no lo merecía aquella provocación, según el rey. Y un escuadrón de ballesteros arremetió contra Blasco Jimeno y su sobrino, los cuales se batieron como bravos hasta caer muertos en la desigual pelea.

Allí donde cayeron—al lado del camino que une Fontiveros y Cantiveros—les dieron sepultura algunos vecinos piadosos, y allí, para perpetuar su memoria, se colocó—y aún existe—una gran cruz de granito con los brazos en forma circular o de pandero. En esta cruz, llamada *la cruz del reto*, se lee esta inscripción: «Aquí retó Blasco Jimeno, hijo de Fortun Blasco, al rey D. Alfonso I, de Aragón, porque contra su palabra y juramento hirvió en aceite a sesenta caballeros avileses, que la ciudad le dió en rehenes, ofendido de que no le entregó al rey D. Alfonso VII, que tenía en guarda; y acometido del ejército real murió como gran caballero, vendiendo muy cara su vida, dejando a los venideros memoria de su valor.»

En recuerdo de ambos mártires se dió a dos pueblos del partido de Piedrahita los nombres de «Blasco Jimeno» y «Concejo de Sobrino» que aún existen. Y el Concejo de Avila acordó que, «siempre que hubiese que ir gente de esta ciudad al servicio de los reyes de Castilla, hubiera de ser su caudillo o adalid un descendiente del noble Blasco Jimeno, el reptador, e no de otro linaje. E otrosi que su pendonero o alférez que sea de la tal generación.»

# ANECDOTARIO DEL TOSTADO

## ALONSO TOSTADO RIVERA

Alonso Tostado Rivera—quinto obispo de Avila—es el escritor fecundo que, sobre teología principalmente, escribió obras en fabulosa cantidad, por lo cual alguno de sus biógrafos afirma, con bastante hipérbole a nuestro juicio, «que la vida del hombre más longevo sería corta para leerlas con entretenimiento». Nació el Tostado en Madrigal de las Altas Torres el año 1400 de padres humildes, y estudió en Salamanca teología, ordenándose luego de sacerdote. Destacó pronto por su talento excepcional y fué en aquella Universidad profesor de varias Cátedras a la vez.

En calidad de sabio teólogo español asistió, invitado por el Papa, al Concilio de Basilea, en cuyas deliberaciones tomó parte activa. De regreso a España fué nombrado, a propuesta del rey D. Juan II, obispo de la diócesis que regentó hasta su muerte.

De sus obras—27 volúmenes—se han hecho varias ediciones que se conservan en las Bibliotecas de El Escorial, Catedral de Avila y Universidad de Salamanca.

Murió en Bonilla de la Sierra, en cuyo palacio pasaba escribiendo muchas temporadas, el día 3 de septiembre de 1455.

## ELOGIOS

Grandes alabanzas se han hecho del sabio obispo abulense. Se atribuye a un gran doctor de la Sorbona el siguiente elogio: «Este hombre es la admiración del mundo, el cual escudriñó; y aprendió todo lo que puede saberse.»

\* \* \*

Está enterrado Alonso de Madrigal—asi se le llama también al Tostado—en la girola de la Catedral, detrás del altar mayor. Al lado del hermoso sepulcro de alabastro hay una tablilla con un elogio poético, que elogia muy poco y que debiera haber desaparecido de allí en atención al Tostado y a la poesía. Son unos malos versos de un mal poeta, que dicen así:

Aquí yace sepultado  
quien Virgen vivió y murió.

En ciencias más esmerado  
es nuestro obispo Tostado,  
que nuestra nación honró.

Es muy cierto que escribió  
para cada día tres pliegos  
de los días que vivió.  
Su doctrina así alumbró,  
que hace ver a los ciegos.

\* \* \*

Alguien ha llamado al Tostado, por la universalidad de sus conocimientos, el «Salomón Hispano». Y el pueblo que con un instinto certero sabe sintetizar en una frase, y a veces en una palabra, toda una vida o toda una obra, en memoria del obispo abulense ha incorporado al idioma castellano la frase *escribir más que el Tostado*, que aplica unas veces al escritor fecundo y otras al escribiente contumaz.

## ANECDOTAS

Saliendo un día, al rayar el alba, el rey D. Juan, a la caza de volatería, que era su favorita, se rompió una garra el mejor de sus halcones. Contrariado volvió al Real Alcázar D. Juan y contaba a los palaciegos el percance, hallándose presente el privado y maestro de Santiago D. Alvaro de Luna, poco amigo del obispo abulense. Cuando más animados eran los comentarios y todos lamentaban el suceso, sin conocer ni poner remedio a él, entró en la real cámara El Tostado; entonces el de Luna dijo zumbón al rey, aprovechando la ocasión de burlarse: «Explique vuestra alteza al Bachiller (como llamaba al Tostado en tono burlón) lo ocurrido; y él, que todo lo sabe, le facilitará pronto remedio para el pájaro». Enterado del caso el obispo, empezó en el acto, con reposado tono, un razonado y elocuente discurso relativo al arte de la caza, a los halcones, modo de cuidarlos, alimentarlos y curarlos en sus enfermedades y lesiones, que dejó atónito al auditorio de próceres cazadores; seguidamente hizo una minuciosa cura al pájaro perniquebrado, con lo que en breve espacio sanó y pudo volver a la caza. Aún más hizo: escribió «El libro de la caza», que fué conceptualizado en su tiempo por lo mejor sobre esta materia; y así fué el Tostado quien dejó corrido y malparado al altivo condestable.

En su viaje a Roma pasó por la ciudad italiana de Bolonia, donde descansó tres días. En la casa donde se alojó había en un estante un voluminoso libro que era «Las morales de San Gregorio», obra que halló intere-



Sepulcro del Tostado.

santísima y mostró deseos de copiarla; mas como el tiempo apremiaba y el dueño no se mostró propicio a tal concesión, la leyó con detenimiento día y noche, robando horas al descanso que bien necesitaba.



Durante el no muy sobrado tiempo que luego permaneció en Roma, la recordó y escribió tan exactamente que, cotejada con el original a su regreso por Bolonia, nada tuvo que corregir; era su trasunto exacto.

\* \* \*

Su modestia grande, a la que ajustaba el ajuar de su casa y el vestido de su persona, empleando todas sus rentas y haberes en socorrer a los necesitados, corría parejas con su proceder austero y rígido, hasta el extremo de que habiéndole expuesto su hermano D. Andrés la idea de que comprase unas fincas en el término de Madrigal para fundar sobre ellas un mayorazgo que asegurase un porvenir para éste y sus hijos, le arguyó con severidad:

—Quitate de delante; ¿piensas por ventura que los bienes de mi obispado son tuyos o imaginas que has de ser rico con los bienes de mi iglesia? Para comprar lugar, pide dineros al rey D. Juan a quien sirves (1).

## LOS MERCADOS DE AREVALO

Todos los martes del año, la llanura, en cinco o seis leguas a la redonda, se pone en movimiento y viene hacia la ciudad por los cauces de los caminos. Son gentes de tres provincias: de Avila, de Valladolid, de Segovia. Muy de mañana los caminos — caminos pardos, anchos, sin recodos — empiezan a animarse. Y avanzan por ellos largas filas de carros levantando polvaredas, gentes caballerías en mulas de vivos movimientos. Así este camino, y este otro, y aquél, y todos. Es un desfile sin límites, como la llanura misma, toda camino.

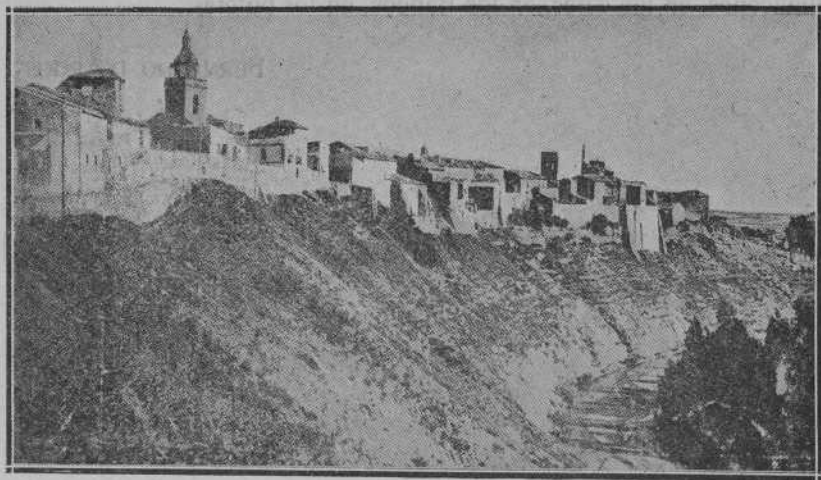
He visto el mismo espectáculo muchas veces y siempre me ha producido la misma sensación de angustia, pues evoca en mí, sin poderlo remediar, aquellos tiempos de la Edad Media en que Arévalo era castillo roquero, plaza guardiana de las brechas que conducen a Castilla la Nueva y al Andaluz. Y me imagino que aquel avanzar por los caminos que convergen en la ciudad es de escuadrones guerreros, obedientes a un plan de estrategia para tomarla a toda costa...

Al poco rato el contenido uniforme de la llanura se vuelca en Arévalo

(1) Notas tomadas de «Cosas de Avila» de S. G. Dacarrete.

con uniformidad. Por todas las calles entran carros iguales, de pértiga y yugo, pintarrajeados de añil o de amarillo vivo, con dibujos geométricos simples—franjas horizontales, triángulos en friso, alternativamente invertidos, circunferencias aprisionando estrellas de arcos convergentes—. Y mulas iguales, de pelo reluciente, nerviosas y metidas en carnes, todas al mismo trote; y el mismo tableteo ensordecedor del carro sobre la dureza del pavimento; y a lomos de la mula de la misma mano, el mismo labriego con su traje de pana de color terroso—acaso curioso mimetismo—, y del cuello la misma tralla. Y dentro del carro los mismos sacos o mujeres de igual indumentaria...

Se van alineando los carros, en filas simétricas, en esta amplia plaza



Una vista interesante de Arévalo. (Márgenes del Adaja).

que tiene Arévalo. Muchos carros, innumerables carros. Se llevaron las mulas a las cuadras de los paradores. Ya, al estruendo del rodar de los carros, ha sucedido el rumor del gentío que va y viene, y viene y va, llenando las calles, los comercios, las paneras, los Bancos, el Juzgado de Instrucción. Han venido a eso; a dejar en las paneras el trigo, la cebada o los garbanzos, y llevarse las telas, el vestido o el abono; han venido a pagar deudas o adquirirlas, o a consultar sus pleitos. Aquí, en la plaza, se hacen las ventas y algo más, pues yo he visto hoy profesionales de la política de la capital, de corro en corro, dando palmadas y repartiendo sonrisas.

El estruendo, y la gritería y el movimiento crecen y marean. Hay hasta

altavoces que aquí y allí aturden a los transeúntes anunciando saldos o elogiando mercancías. Y este olor penetrante a tostón asado, que sale de los figones... Habrá momento en que el ruido y las voces se habrán refugiado en los refectorios y en los cafés. Allí se ultimarán algunas ventas, se enredarán algunos pleitos, se urdirán tretas políticas. Pero otra vez saldrán a la calle, a la plaza, a los comercios, a los almacenes; y pronto a los caminos, que volverán a llenarse de carros, de mulas y de polvo, como si el ejército que había invadido por la mañana la ciudad hubiera tenido que retirarse, después de saquearla, obedeciendo a la misma estrategia de conquista.

Y la ciudad se queda aturdida, sucia, oliendo aún a tostón, pero satisfecha en las posadas, en los figones, en las panerás, en los comercios, en los almacenes, en los cafés, en los Bancos, en los bufetes...

FERNANDO D'ARGOS

REVISTA ROMANA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

# ALGUNAS CANCIONES POPULARES DE LA PROVINCIA





# VERATA O RONDEÑA

(CANCIÓN DE RONDA DE ARENAS Y CANDELEDA)

*Allegro*

*Copla*  
A re nas tie se la ja ma

A re nas tie se la ja ma -- de las na je ras lo si tas -- A re nas  
tie se la ja ma -- -- Ban de le da se la qui ta -- A re nas tie se la ja ma --

*Estribillo*  
A ri ma te -- pa lo ma a mi que go so pa do ri vir ju ti vi vir su  
ti -- no pul do ya a noi pa lo ma te has de ir mar

# ¡AY, SERRANA MÍA!

(CANCIÓN GREDEÑA)

*Moderato*

*rit...*  
¡Ay! que me se la boca ¡Ay! que me se la boca que no ¡Ay! que me se la boca ¡Ay! que me se la boca

¡Ay! que me se la boca -- ¡Ay! que me se la boca -- -- e chovió la barca se nor ma -- no me ro --

*Copla*  
O rilla del bormari a mi se na ma -- -- lavando tu ro pa cual nie vi -- de lluvia

## COPLAS

Son sus manecitas  
perlas en el agua  
y su cara hermosa  
aurora rosada.

(Al estribillo)

¡Ay, Serrana mía!  
Serrana del alma  
échame siquiera  
solo una mirada.

(Al estribillo)

LA FUENTE  
(CANCIÓN DEL VALLE DEL TORMES)

Los caños i ranas de plata --- los cantaros de cristal ---  
 y el rodillo que lleuaba --- de se de muhura  
 bor di --- ba mi morena con gran tal ro i  
 ba por a gu al ra moreno

CANCIÓN DEL BARCO Y DE GREDES

*Allegro*  
 Vi melbar con su ri le ra --- o te ---  
 ya mi ni --- ra el Tormes y el con ce jil ---  
 y la que te que ha ce cuar tos --- el le ya ---  
 me ni --- ra --- con a lu bis en Ma drid ---

LA MOLINERA  
(CANCIÓN DEL TORMES)

Es ta ha la mo li ne ra sen --- ta di ta en u  
 na si lla ga nam do se treim ta rea les y o le  
 y una pa rre lo de Ma nila que ven go de moler mo re na

# LA PALOMA

(CANCIÓN BARQUEÑA)

U na pa ño mi ta blanca -- que ha bi ta de ba jo el a gua  
 can ta ba en me dio del ri do ya lli can ta ba el a  
 mor mi o -- ¡ay! que se la lle va el a -- -- qua  
 ¡ay! que se la lle va el ri do

# LIMPIATE CON MI PAÑUELO

(CANCIÓN DE GREDOS)

*Moderato*

*P* Limpiate con mi pa ñue lo -- yo lo la va -- ri ma  
 ña na --- a la ori lla ta del ri o -- en la co rrien -- te del a gua ---  
 And a res a la de res a la de res a la de res -- -- And a res a la de res a la de res a la de res -- --

## COPLAS

Tendido está en los zarzales  
 el pañolito de seda;  
 aquél que me regalaste  
 para los días de fiesta.

(Anda resalada, etc.)

Son la corriente del río  
 y tu amor cosa de un día,  
 que llega, pasa y se aleja  
 y ya no vuelve en la vida.

(Anda resalada, etc.)



# I N D I C E

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA .....	3
OBRAS CONSULTADAS.....	4
PREFACIO .....	5
<b>Avila y la Meseta Central.</b> —Estudio geográfico de la Meseta.....	7
LECTURAS: Pueblos y ciudades de la Meseta.....	16
<b>La provincia de Avila.</b> —Regiones naturales.—La Sierra.....	19
LECTURAS: El Circo de Gredos.—Las Cinco Lagunas.—Caza mayor. En Gredos con la cabra montés.—Cumbres de Gredos.—El Ameal de Pablo. ....	25
<b>El Valle Amblés.</b> —Estudio geográfico.....	34
LECTURAS: Avila.—Avila y su Valle.—Historia y leyenda. Ximena Blázquez, Teresa de Jesús.—El escudo de Avila.—Historia. Los Comuneros.—Dos monumentos.—El Castillo de Malqueospese.—Apogeo histórico de Avila..	38
<b>El Valle del Alberche.</b> —Estudio geográfico.....	58
LECTURAS: Ronda en Burgohondo.—Los toros de Guisando.—Serranillos, pueblo sin hombres.....	64
<b>El Valle del Tiétar.</b> —Estudio geográfico.....	72
LECTURAS: Contrastes en los Valles de Gredos.—El Castillo de Arenas.—Chilla y su leyenda.—El sastre Peri-casca.—San Esteban del Valle.....	78
<b>El Valle del Tormes.</b> —Estudio geográfico.....	91
LECTURAS: Desde las cumbres. Del Tiétar al Tórmes.—Mercado en el Barco.—La puerta del Ahorcado.—Don Pedro Lagasca.....	96
<b>El Valle del Corneja.</b> —Estudio geográfico.....	106
LECTURAS: Tres tradiciones del Valle del Corneja.—El gran Duque de Alba.	109
<b>La Llanura.</b> —Estudio geográfico.....	117
LECTURAS: La Cruz del reto.—Anecdotario del Tostado.—Los mercados de Arévalo.....	121
<b>Algunas canciones populares de la provincia</b> .....	130















1927